



# BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

“NOS UNE EL ENCUENTRO”. CONFIGURACIONES  
IDENTITARIAS RURALES ESPACIALIZADAS EN UN GRUPO  
DE VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO EN RIONEGRO,  
ANTIOQUIA, COLOMBIA.

TESIS

PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
MAESTRA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

PRESENTA

NATALIA NOREÑA OSPINA

COMITÉ TUTORIAL

DIRECTORA: DRA. ROSALBA RAMÍREZ RODRÍGUEZ

DR. ERNESTO LICONA VALENCIA

DR. ABILIO VERGARA FIGUEROA



OCTUBRE DE 2024

**Esta investigación fue realizada gracias al  
apoyo del Consejo Nacional de Humanidades,  
Ciencias y Tecnologías**

## Agradecimientos

A la memoria de Marta Castaño de Castaño

Son mi familia y mis amigos/as quienes acompañan y motivan mis caminos. Gracias a César, mi pareja, por suavizar mis miedos y mis fantasmas mientras lucha con los suyos. Además, ha sido mi primer lector, asistente de investigación y fotógrafo. También agradezco a Nico por su contribución en las fotos. A mi mamá que siempre me apoya y me da fuerza; a mis hermanos Marce y Alejo y mis sobrinos Thomy y Emma por su amor incondicional. A Juli por su acompañamiento en los talleres y su lectura de mi tesis, y a todas/os quienes me alentaron y escucharon durante este proceso.

A las personas de la organización ASODER por permitirme ingresar en sus espacios y significaciones y hacerme sentir parte del grupo. De manera muy especial a Flor, Martha y Amparo que facilitaron todo mi proceso y por sus amistad. Si las palabras escritas en esta tesis resuenan en sus vidas será suficiente.

A los/as profesores/as del Colegio de Antropología Social con especial mención a mi tutora, Rosalba Ramírez, por su paciente acompañamiento, recomendaciones y dedicación. A los profesores Ernesto Licon y Abilio Vergara, les agradezco por sus lecturas y respetuosos aportes a esta tesis. También agradezco a Maru por facilitar todos los procesos administrativos.

Al Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia y al profesor Luis Antonio Ramírez, que permitieron el desarrollo de mi pasantía e iluminaron de forma crítica y sensible este proceso.

Finalmente, a los/as amigos/as que conocí en México quienes llenaron mis días de alegrías, comidas y aprendizajes: Xanath, Samuel, Dul, Pam, Gaby, Rubén, muchas gracias.

## Tabla de Contenido

Introducción .....	6
Referentes Teóricos.....	10
Trazos metodológicos y consideraciones éticas.....	17
El texto en su estructura .....	22
Capítulo 1. Acercamiento reflexivo al escenario social de Rionegro: entre el conflicto y la identidad.....	24
Una investigación situada.....	24
Acercamientos a la comprensión de las violencias y del conflicto armado .....	27
El desplazamiento forzado como experiencia situada.....	35
El Oriente Antioqueño en las dinámicas del conflicto armado.....	42
Rionegro: territorio de encuentros y desencuentros .....	48
La ciudad del arribo.....	54
Distintas trayectorias que confluyen en un mismo territorio .....	61
Capítulo 2. Los emplazamientos de la identidad campesina .....	65
A modo de introducción.....	65
Configuraciones identitarias.....	66
Los posicionamientos ante nombramientos como víctimas y desplazados/as .....	70
Acercamientos a la ruralidad y las identidades campesinas.....	82
Una visita a la finca de el Carmen de Viboral - un lugar prestado .....	89
Identidades Campesinas en Resistencia .....	93
El sistema de lugares y sus ritmos - lo emplazado.....	101
Los lugares habitados y reclamados .....	103
Capítulo 3. La organización, sus sentidos y resistencias .....	121
Un acercamiento a la historia de ASODER .....	122
Actualidad y sentidos de ASODER .....	126
La Identidad en el encuentro: participación y memoria en el sistema de lugares.....	131
El asunto de la mesa .....	132
Hacia la comprensión de los sentidos del encuentro de ASODER.....	136
Conmemorar la memoria en los márgenes de la oficialidad y las apropiaciones.....	152
Un Dios presente ante las ausencias .....	159
Conclusiones .....	165

Bibliografía .....	175
--------------------	-----

### **Índice de fotografías**

Fotografía 1. Afiche conmemorativo. Álbum familiar .....	105
Fotografía 2. Carta. Álbum familiar.....	107
Fotografía 3 Finca Cocorná y entorno.....	112
Fotografía 4. Antigua casa familia Castaño.....	112
Fotografía 5. La casa reclamada.....	119
Fotografía 6. Lugar de encuentro 2022, por Nicolás Meneses .....	142
Fotografía 7.Fotografía 7. Los lugares de encuentro, por César Meneses J.....	143
Fotografía 8. Un grupo de hombres comparten, por Nicolás Meneses .....	144
Fotografía 9. Una de las mujeres de ASODER mantiene el fuego, por Nicolás Meneses .....	146
Fotografía 10.Manos de mujer picando cilantro, por César Meneses J. ....	147
Fotografía 11. El momento de la alimentación, por Nicolás Meneses .....	148

### **Índice de ilustraciones**

Ilustración 1. Mapa Oriente antioqueño en Antioquia, Colombia.....	43
Ilustración 2. Diagrama El sistema de los lugares. Elaboración propia.....	117

## Introducción

Una niña observa desde su casa el paso de tanquetas de guerra por la autopista Medellín-Bogotá. No entiende lo que significan estos instrumentos en las vidas de las personas; ya está acostumbrada a escuchar helicópteros y a ver noticias sobre la violencia, pero ella todavía puede visitar la tierra de su familia, recorrer los montes e inventar mundos. Al mismo tiempo, en las montañas alejadas de Oriente Antioqueño, una mujer campesina huye con sus hijos. Antes, su esposo había sido asesinado y ahora ella se ve amenazada por miembros del mismo estado que, camuflados con otros grupos, intentaron abusarla sexualmente. No tiene más opciones, ya no puede confiar en que alguien llegue a salvarla. Atrás están su tierra, sus recuerdos, sus amigos, su trabajo, las noches en familia. La niña tampoco está a salvo. La pobreza y la cercanía con otras violencias la rodean, pero tiene otras posibilidades que la alejan de esas realidades.

Una y otra coinciden en Rionegro. Para la niña es su lugar conocido, donde se ubican su casa y sus afectos. En su escala<sup>1</sup>, Rionegro es su territorio; ha sido habitado y simbolizado como tal por ella y su familia. Para la mujer es lo desconocido, donde tiene que empezar desde cero en una casa pequeña en la que su hermana la recibió porque también ella había tenido que huir. Como ellas, millones de personas han sufrido desplazamientos forzados en Colombia por efectos del conflicto armado y las violencias, mientras otras observamos este fenómeno con diferentes niveles de implicación. Yo, al igual que la niña de la narración, como observadora, un tanto cercana y al tiempo ajena a la experiencia, por algunos años estuve al margen del tema, pero luego me vinculé en el ejercicio de mi profesión y escuché narraciones, como la que antecede este párrafo, en las que aparecía como factor común, además de los padecimientos como consecuencia de las

---

<sup>1</sup> En la investigación retomamos el análisis del espacio en escalas, en concordancia con lo que plantea Vergara (2013) en su texto *Antropología de los lugares*.

violencias, el hecho de que muchas personas provenían de contextos rurales y ahora transitaban por oficinas y calles de la ciudad donde reconstruían su vida.

Estas observaciones me condujeron a plantear una investigación antropológica, en el proceso para obtener el título de maestría en Antropología Social, en la cual definimos como objeto de estudio: la configuración social de las identidades rurales espacializadas en un escenario de tensión por el uso compartido del territorio en Rionegro, Antioquia, que a partir de la confluencia entre experiencias de personas víctimas del desplazamiento forzado, en diálogo con prácticas organizativas de resistencia ante la violencia, pérdida y desarraigo, construye un sistema de lugares (habitados y reclamados) donde se manifiesta el encuentro de alteridades. Con este objeto definido nos preguntamos ¿qué procesos simbólicos, posicionados y estratégicos intervienen en la configuración de identidades rurales espacializadas insertas en un sistema de lugares habitados y reclamados de los que participan las personas vinculadas a ASODER y residentes en Rionegro?, de donde se desprende que estaremos analizando procesos propios de la configuración identitaria y los lugares en que estos procesos se materializan.

El objeto de estudio ubica la investigación en el contexto territorial del Municipio de Rionegro en el Departamento de Antioquia, Colombia y se basó en un modelo de análisis que partió de dos conceptos centrales: identidad y espacio. A partir de estos dos conceptos, propusimos categorías, variables e indicadores de análisis que nos acercaran a comprensión de significados, expresiones y procesos que emergen de los cambios espaciales atravesados por hechos de violencia como los mencionados. Las categorías fueron construidas en función de la relación de coproducción entre las identidades y el espacio, entendiendo a este último como eje donde se articulan y expresan las construcciones de sentido de un grupo de personas, que manifiestan las formas de reconocerse, las emociones, los habitares, las relaciones, necesidades e intereses

comunes, como elementos que denotan configuraciones identitarias. Todo lo anterior lo pensamos en lógicas relacionales, donde los espacios físicos y simbólicos posibilitan los intercambios y las miradas compartidas con los que se consideran los/as otras/as. Dichos intercambios pueden ser de confluencia o por el contrario estar envueltos en conflictos y tensiones, un aspecto que hemos tenido en cuenta a lo largo de la investigación y que aflora en los diferentes apartados.

Del mismo modo, definimos como variables las expresiones de las identidades y los lugares habitados y reclamados. Las identidades que llamamos en principio rurales, en el avance de la investigación las puntualizamos como campesinas, dado que el grupo de personas con las que nos vinculamos se reconocen como tal. Como indicadores de las identidades ubicamos a la Asociación de Desplazados de Rionegro – ASODER – la cual, pensamos como un referente de ejercicios de resistencia identitaria, al reconocerla como promotora de la generación, articulación y sostenimiento de prácticas y significaciones asociadas con la identidad rural. Así mismo, buscamos analizar narrativas y momentos que denominamos apropiaciones temporales, expresiones socioculturales y los afectos que les rodean. Por su parte, en el referente espacial desarrollamos las categorías de lugares habitados y lugares reclamados/prestados, como construcciones propias de esta investigación, que derivaron de la cercanía con el grupo de personas víctimas y desplazadas y del reconocimiento de sus búsquedas y apropiaciones de espacios como la casa, el cuerpo, los barrios o veredas, tanto en lo real como desde las añoranzas, así como de la emergencia de necesidades de nuevos lugares, destinados a la memoria, el encuentro y la participación.

Con el planteamiento del objeto de estudio y de la pregunta de investigación definimos la hipótesis que las identidades rurales espacializadas se configuran a partir de procesos de emplazamiento, donde se evidencian negociaciones, reclamos y resistencias en una red de relaciones horizontales y verticales, que cobran sentido en escalas espaciales (sistema de lugares),

desde donde es posible situar un conjunto de expresiones que manifiestan construcciones de sentido relativas a la diferenciación, pertenencia y adscripción, elementos base de las configuraciones identitarias rurales en el grupo ASODER. Esta hipótesis, además de considerar los constructos del espacio en términos del emplazamiento de las identidades, introduce la importancia de la red de relaciones en los procesos de configuración y expresión de las identidades.

Por otra parte, buscamos que el modelo permitiera un análisis interseccional – situado, a partir del reconocimiento de las interrelaciones que se producen entre las configuraciones identitarias y aspectos como el sexo, género, edad, escolaridad y territorialidad del grupo de análisis, así como de los posicionamientos que asumen las personas con quienes dialogamos y mis formas particulares de acercamiento al objeto de estudio, a partir de las cuales se enfocan los análisis de esta investigación. Lo situado, de hecho, es evidente en los referentes teóricos y metodológicos que aquí presentamos y puede leerse de formas explícitas en posturas y experiencias. Más complejo fue dar alcance al referente interseccional. Si bien, no lo dejamos de lado, es posible que no alcancemos el nivel de profundidad que demanda.

Dicho lo anterior, nos propusimos como objetivo general de la investigación: desarrollar un modelo de análisis antropológico, interseccional situado que permita la comprensión de las configuraciones identitarias rurales espacializadas a partir de un sistema de lugares en relación con un grupo de personas desplazadas pertenecientes a la organización ASODER y residentes en Rionegro, Antioquia. A este, le asociamos tres objetivos particulares a saber: a). reconocer etnográficamente las prácticas, significados y estrategias identitarias rurales en un grupo de personas miembros de ASODER; b), analizar las relaciones entre la pertenencia a la organización, los lugares y las resistencias identitarias rurales por medio de la implementación del modelo de análisis; c). delinear un proceso de investigación colaborativa con el grupo de personas

pertenecientes a ASODER a fin de contribuir a las necesidades de la organización, así como a la generación de teoría antropológica.

Con estos propósitos, trazamos unas rutas teóricas y metodológicas, que enunciaremos brevemente a continuación, partiendo del hecho que nos propusimos que los elementos etnográficos y teóricos sean puestos en diálogo de forma directa a lo largo del texto y en tal sentido, no presentamos un capítulo teórico por separado. Lo anterior lo planteamos como estrategia, no para evadir el desarrollo del modelo de análisis, sino para contextualizar las evidencias obtenidas durante el trabajo de campo, en el marco de los constantes cuestionamientos producidos por la observación, el acompañamiento y los ejercicios metodológicos en distintas escalas y tiempos, lo que nos animó a establecer un ejercicio de ida y vuelta entre lo emic y lo etic.

### **Referentes Teóricos**

Dado que el núcleo de esta investigación es la identidad, revisamos diversos desarrollos teóricos elaborados en torno al tema, a fin de comprender cómo se ha entendido y abordado, encontrando clasificaciones al interior de las ciencias sociales (Cuche, 2002; De la Garza, Gayosso Ramírez, & Moreno, 2010; Valenzuela Arce J., 2013) desde posturas objetivas, subjetivas y relacionales; las primeras centradas en aspectos observables que se asumen como determinantes o marcadores identitarios, otras que por el contrario asimilan la identidad con procesos subjetivos, cuya ruta de configuración está inscrita en las simbolizaciones, mientras los estudios relacionales y situacionales de la identidad, la reconocen como un proceso de construcción que atiende a aspectos estructurales y a la agencia de los/as sujetos/as para la definición de estrategias identitarias.

En este último enfoque centramos la investigación, en tanto que se reconoce como una construcción y reconstrucción constante que se origina en los intercambios sociales, en los cuales identidad (lo propio) y alteridad (lo otro) entran en una relación dialéctica. En este aspecto es relevante resaltar que el análisis está atravesado por el lugar que ocupa la persona en ese proceso, lo cual le da su carácter relacional, así como por las diferencias que se pueden generar al interior de marcos sociales diversos, es decir, lo situacional. Estas posturas ponen de manifiesto elementos como la heterogeneidad cultural, la posibilidad de construir identidades múltiples e incluso dobles (Cuche, 2002, pp. 116-117).

Otras perspectivas son tomadas en cuenta, como es el foco en los estudios culturales que identifican dinámicas históricas, sociales y políticas de los discursos de dominación, con un interés específico en la deconstrucción de estos discursos, por medio de investigaciones sobre las culturas locales, en contraposición a las dominantes. Desde estos estudios se ve a la identidad como una construcción en la que es necesario reconocer los “nuevos ámbitos identitarios y nuevos procesos de producción de lo social” (Valenzuela Arce, 2013, pp. 23-24) en los que se relacionan las estrategias individuales y comunitarias de identificación.

A partir de estos referentes identificamos algunas premisas en el proceso investigativo. La primera es que la identidad debe ser estudiada desde los ejes tiempo y espacio (Portal, 2003), que se articulan a las estrategias y prácticas en las miradas grupales. La identidad vista de este modo no es ajena al cambio, por ello no es posible entenderla como determinada, sino en la lógica de procesos que traen consigo transformaciones implícitas (Portal, 2003, p. 48). No significa esto tampoco que en un contexto de cambio social o histórico los referentes identitarios desaparezcan, puede incluso que ante estos cambios los referentes se realcen.

Una segunda premisa es que las identidades son estratégicas y posicionales (Hall S. , [1992] 2010 ), lo cual se conecta con los estudios culturales y ubican a la identidad como un concepto fundamental para entender la agencia y la política (Hall S., 2003, p. 14), ya que localiza al sujeto en un entorno histórico y centrado en prácticas discursivas. Siguiendo la discusión de Eduardo Restrepo (2014), en su texto *Sujeto e identidad* en el que toma como referencia las teorías de Stuart Hall sobre las identidades, nos basamos en tres planteamientos asociados. El primero reconoce que las identidades no son terminadas, cerradas o estables. Si bien pueden tener ciertos contornos, no significa que sean límites determinantes. En segundo lugar, el concepto de identificaciones da pistas sobre la ambivalencia y la multiplicidad de identidades con relación a momentos, contextos y situaciones. Finalmente, que la identidad debe ser pensada desde las formas de narrar sobre sí mismo, los cambios, transiciones y que dichas formas tampoco pueden considerarse como estables o producidas exclusivamente desde el sujeto, sino más bien mediadas por las relaciones sociales. Todo esto, sumado a la concepción de que la identidad no es una estructura, sino un discurso que se construye de forma estratégica y posicional (Hall, [1996] 2003, p. 17, citado en Restrepo, 2014 p. 105) y la visión de identidades construidas siempre en un proceso dialéctico entre lo similar y lo diferente (Restrepo, 2014, p. 111), nos orientó a puntualizar las observaciones en los ámbitos de las relaciones, incluidas las relaciones de poder, así como en las representaciones y lo discursivo.

Por otra parte, en relación con el espacio pusimos énfasis en los constructos de territorio y lugares para abordar la categoría de emplazamiento. Iniciando con el espacio, es importante reconocer que diversos autores han afirmado que no pueden ser entendidos solo desde sus referentes físicos y geográficamente localizados, sino que pasan por procesos de construcción y apropiación que les dota de características, formas de interacción, prácticas, simbolismos, a la vez

que están insertos en contextos históricos, políticos y económicos que se relacionan con estas construcciones y apropiaciones. Ejemplos de esto son las teorías de Lefebvre (2013), de Certeau (2000) o Bourdieu (1996) quienes proponen distintas formas de estudiarlos.

Sin embargo, como ya lo dijimos, pretendimos enfatizar en el concepto de emplazamiento, que parte de los referentes de territorio y el sistema de lugares. Para su conceptualización tuvimos en cuenta lo planteado por Lefebvre (2013), según lo cual, el emplazamiento está relacionado con la apropiación del espacio, con otorgar sentidos que van más allá de sus funciones primarias. Este concepto es ampliado y ejemplificado a lo largo del texto, al igual que la producción del sistema de lugares que toma como referente la “red de lugares” de Abilio Vergara (2013). Espacio, territorio y lugar, son presentados por el autor como una escala, en la que el primero es denominado la materia prima, mientras el territorio es una escala menor que está atravesado por prácticas y significados, y el lugar es traducido al espacio construido con los otros/as. Al respecto, el autor afirma que en los casos de migraciones (para esta investigación se trata del desplazamiento forzado), las personas buscan y logran de hecho la reconstrucción de los lugares en los nuevos espacios. Así, los lugares habitados y reclamados son pensados aquí como reapropiaciones de los espacios, de lo que se extrae que, si los lugares son una producción, existe entonces la posibilidad de reinventarlos y resemantizarlos por parte de los sujetos/as, en torno a características de similitud y/o diferencia, constituyéndose como espacio de relacionamiento (Vergara F., 2013, p. 13).

Ahora bien, introdujimos el tiempo, elemento que por ser intangible puede llegar a ser dejado a un lado o pensado sólo a partir de características cuantificables, pero que guarda una estrecha relación con procesos sociales en tanto es también una construcción social que a su vez regula las demás construcciones (Castro, 2002). Es común que diversos autores retomen los usos y percepciones del tiempo como aprendidos y modulados en los contextos sociales, lo que

manifiesta diversidades culturales. Tanto Castro (2002), como Beriain (1997), Edwar Hall (1990) y Leach (1961) abordan estas particularidades que producen distintas comprensiones del tiempo según las épocas o según los espacios que se analice, comprensiones que a su vez están mediadas por formas de interactuar con los/as otros/as.

Al respecto de estas formas, por ejemplo, Hall (1990) piensa el tiempo como algo que comunica en la cotidianidad, que como lo diría Castro, se percibe natural para quien se ha desarrollado en un contexto determinado, pero que puede llegar a confrontarse con otras formas de hacerlo cuando se cambia el contexto. De aquí que nos interesáramos por identificar cómo se modifican las relaciones sociales de las/os sujetos de mi investigación, comprendiendo las diferencias que devienen de los cambios espaciales en las percepciones y el uso del tiempo, pues como expresaría Beriain “[l]a relación es una construcción humana portadora de temporalidad” (1997, p. 115), siendo este último término, es decir, el de temporalidad un demarcador de diferenciación.

Lo anterior conecta a su vez con uno de los principales atributos que se le otorga al tiempo, siendo este el ritmo. Para Leach, el ritmo es uno de los marcadores de nuestra experiencia del tiempo, que junto con la percepción de repetición y de envejecimiento o entropía (1961, p. 205) podemos percibir y nos hablan de su presencia, aunque no sea en sí mismo tangible. El ritmo para este autor se relaciona con la regularidad y la velocidad como constructos que responden a formas de organización de las sociedades o comunidades.

Ahora bien, algunos acercamientos plantean desde el principio relaciones temporo – espaciales que tienen la propiedad de ser indisolubles, es decir, se requiere de ambos para la comprensión compleja del hecho, fenómeno o situación de análisis. Un concepto reconocido es el cronotopo, desarrollado por Mijaíl Bajtín (1989). Su planteamiento es tomado de las matemáticas

y más precisamente de la teoría de la relatividad de Einstein, pero lo reelabora como una cuasi metáfora, en relación con las formas del espacio-tiempo en las que transcurren obras literarias de diferente tipo, mostrando que ocurren con una cierta unidad. Uno de los cronotopos analizados por el autor es especialmente llamativo, denominado “motivo del encuentro” (Bajtín, 1989, p. 250) que responde a las lógicas de estar en un mismo lugar en un mismo tiempo. Si bien el encuentro puede ser fortuito, también existen aquellos planeados, que se vinculan con ejercicios de coordinación y ponen de manifiesto intenciones de parte de los/as sujetos/as para que estos se den.

Ya Bajtín manifestaba que “[e]n las organizaciones de la vida social y estatal, el cronotopo real del encuentro tiene lugar permanente” (1989, p. 251). Estos encuentros suceden bajo unas formas concertadas en las que se cumplen roles, como es el caso de los encuentros analizamos en esta investigación. Adicionalmente, este motivo también podría decirnos cosas sobre eventos no planeados, pero que manifiestan la sincronía espacio temporal de un suceso. Hablo de hechos como los que produjeron los desplazamientos forzados que implican la confluencia de unos actores antagónicos en sitios y tiempos específicos. En todo caso, los encuentros acá no suceden como un hecho más y aislado, sino que guardan relaciones y sentidos para el grupo social.

Finalmente, recurrimos a las discusiones sobre las resistencias que se entrecruzan con lo común, en los procesos organizativos que adelanta ASODER. Para hablar de estas resistencias retomamos a Holloway cuando afirma que:

La invisibilidad de la resistencia es un aspecto que no se puede erradicar de la dominación.

La dominación no implica que se ha superado la resistencia, sino que esa resistencia (o por lo menos parte de ella) está sumergida, invisible. La opresión siempre implica la invisibilidad del oprimido. Por el hecho de que un grupo se vuelva visible no se supera el problema general de la visibilidad. En la medida en que lo invisible se vuelve visible, que

el volcán silencioso se convierte en militancia manifiesta, ya se está enfrentado con sus propios límites y con la necesidad de superarlos (Holloway, 2005, p. 63)

Esta afirmación que surge en el contexto de un análisis del poder y otras formas de actuación frente al mismo, pone de manifiesto la relación entre visibilidad e invisibilidad que se dan en las lógicas entre el poder y la resistencia. Al respecto, James C. Scott (2000) en su texto *Los dominados y el arte de la resistencia*, manifestaba que mientras más fuertes sean los ejercicios de represión impuestos por el poder, más velada será la resistencia de los dominados, pero encontrará formas de emerger que pueden evidenciarse en diversas prácticas cotidianas que parten principalmente de lo discursivo. Así, el mismo Scott afirma que “una de las destrezas críticas de supervivencia en los subordinados ha sido el manejo de las apariencias en las relaciones de poder” (2000, p. 25). Entretanto, se hacen muy evidentes los biopoderes ejercidos por la institucionalidad hacia estas personas empobrecidas, precarizadas, silenciadas y acalladas, a quienes se han invisibilizado en su participación real en escenarios para la construcción de políticas para la reparación, con métodos arteros de borramiento, es decir, negarles su existencia como colectividad y como sujetos.

En consecuencia, son diversos los ejercicios de resistencia que aquí se discuten, evidenciados en narrativas de reclamo en las líneas del infrarrelato y que surgen en contextos específicos como los actos conmemorativos. La existencia de ASODER es analizada como una forma de resistencia que coexiste con la institucionalidad, y que a pesar de que busca un cierto reconocimiento del sistema, resiste a sus imposiciones y a sus formas de dominación. Así mismo, aparecen acciones y propuestas directas, todas ellas con continuidad durante años.

En estas lógicas, conceptos como la *Bioproximia* y las *Biorresistencias* que en palabras de Valenzuela Arce (2019), redundan en la dimensión simbiótica de la relación cuerpos/espacios nos

acerca al emplazamiento buscado en Rionegro, que remite a su vez a una reconfiguración del territorio corporal y de otros elementos para cargar de sentido los espacios que habitan. Se discuten pues, resistencias que toman la característica de persistencia o reiteración y búsquedas constantes, que como lo apreciaría Holloway en relación con las dinámicas de poder, pueden parecer invisibilizadas, pero no por ello dejan de existir.

Como ya lo expresamos, estos referentes teóricos, sumados a otras investigaciones y desarrollos sobre los temas que aquí analizamos, son abordados en tesis para afirmar, explicar o discutir los hallazgos de campo.

### **Trazos metodológicos y consideraciones éticas**

El hilo conductor de esta investigación es la etnografía, la cual, en palabras de Eduardo Restrepo (2016), es un oficio que solo se aprende en la práctica, lo que supone que cada actividad etnográfica esté marcada por las improntas accidentales que le rodean, es decir, cada investigación tiene sus propios matices y se diferencia circunstancialmente de otras, a pesar de ubicarse en un horizonte metodológico similar. Esta etnografía, por ejemplo, ha tenido condiciones y matices particulares, como la densidad emotiva que trae consigo una investigación realizada con personas que han experimentado violencias y el vínculo que yo, como investigadora, tengo con el grupo y con el territorio.

Esto remite a mi implicación, lo que deja en evidencia que es difícil hacer etnografía sin comprometer el plano personal (Restrepo, 2016). Pero a su vez, no se puede desconocer que esta relación puede producir transformaciones en las dinámicas de los grupos y las relaciones antropólogo/a – comunidad. Por esto, a lo largo del proceso, ha sido importante dilucidar que los

acercamientos previos con ellos/as, me ubican en un lugar y generan en mí percepciones y preconcepciones, que es preciso tener presente.

Las discusiones de esta investigación fueron tejidas a partir de experiencias propias y de los/as interlocutores, entre los que se incluyen personas desplazadas y otras residentes de Rionegro y el Oriente Antioqueño. Para el acercamiento a residentes de Rionegro y conocedores del tema, que no se reconocen como víctimas del conflicto, utilizamos dos herramientas: las entrevistas semiestructuradas y el grupo focal, con el propósito de conocer perspectivas externas al grupo. A partir de lo encontrado, construimos discusiones sobre las construcciones del territorio y los heterorreconocimientos, como aspectos configurativos de las identidades.

Con el grupo de personas víctimas y desplazadas por el conflicto el uso de metodologías fue diverso. Realizamos talleres participativos con miembros de la organización ASODER, buscando acercarnos a una mayor diversidad de voces, percepciones y experiencias, y a su vez que el conocimiento sobre el grupo y sus miembros se construyera de manera colectiva. Para su desarrollo pactamos el uso de una parte del tiempo de las reuniones ordinarias de la organización que osciló entre una hora y media y dos horas, lo que favoreció la asistencia de un promedio de 30 personas por taller, dado que es un encuentro al que acuden con regularidad, a pesar de los procesos de cambio y adaptación que vive la organización. Es de resaltar que cerca de 90% de quienes asistieron a los talleres fueron mujeres, con edades entre los 17 y los 96 años, pero con una mayor prevalencia de personas entre los 60 y los 80 años. Así mismo, 11 de ellas/os manifestaron tener algún tipo de discapacidad o enfermedad crónica, el 80 % se desplazó desde contextos rurales, con excepción de 4 personas, 3 de ellas que vivían en la ciudad y una más que no había nacido cuando su familia sufrió el desplazamiento, pero ahora forma parte del grupo y se reconoce como víctima del conflicto.

En total, cuatro talleres en los que usamos técnicas como la línea de tiempo, los mapas mentales, y la cartografía social, que sirvieron como provocadores de las conversaciones. En los talleres partimos de una actividad inicial, que cumplía las veces de detonadora de los diálogos y la simbolización por medio de la escritura, la palabra o el dibujo. Buscamos con esto puntualizar sus concepciones sobre la identidad y el territorio en asocio con las violencias, para pasar posteriormente a un momento de socialización e identificación de aspectos comunes y diferenciales. En todos los casos las participaciones fueron muy activas y permitieron recoger diferentes experiencias, a la vez que llegamos a algunos consensos. Fue notable que los talleres produjeron expresiones de emocionalidades como la tristeza, manifestada en llanto o verbalizaciones que buscamos abordar con respeto y no generar más daños, lo cual no significa que consideremos que las expresiones emocionales deban acallarse, por el contrario, son necesarios más espacios para poner en común los sentires.

Por otra parte, aplicamos entrevistas semiestructuradas con cinco personas afiliadas a ASODER, cuatro de ellas mujeres y un hombre, de edades entre los 40 y los 68 años. Una de las mujeres trabaja de forma independiente en labores agrícolas, las demás, actualmente se dedican a labores de cuidado, domésticas y en dos de los casos a liderazgos en distintos grupos, mientras que el hombre es empleado en espera de su jubilación. Las entrevistas las realizamos en sus contextos cotidianos, fueran estos sus casas, sus sitios de trabajo o un lugar público de su preferencia, para estar en espacios de confianza y observar los lugares y las dinámicas de las cotidianidades, dado que la observación también fue una herramienta metodológica fundamental.

Partiendo de las consideraciones éticas, en todos los casos sometimos a acuerdo el uso de grabadora, así como el de sus imágenes y nombres en la escritura de la tesis y demás documentos que puedan producirse asociados a la investigación. Estos acuerdos fueron diversos según las

personas e incluso los momentos. Un ejemplo es que una de ellas aceptó la grabación, pero manifestó que deseaba primero conversar sin la grabadora, sin embargo, finalmente prefirió que no la usáramos en ninguno de los casos, dado el nivel de intimidad de sus relatos, pero permitió que tomara algunas notas que me pudieran guiar en la recuperación de sus testimonios.

En lo que respecta a las formas de nombrar a las/os interlocutoras/es, se presentan diferencias en función de lo que hayamos acordado. Algunos/as prefieren mantener sus datos reservados por lo confidencial de sus relatos, porque pueden resultar incómodos o porque aún tienen miedo de ser reconocidos/as. Al contrario, hay personas y conversaciones específicas en las que esos sentires no son predominantes y no encuentran conflictivo ser reconocidos por su nombre. Esto también puede dar cuenta de maneras de posicionarse y de las relaciones de las cargas emosignificativas presentes en las configuraciones identitarias.

Las entrevistas tuvieron un número de encuentros variable, oscilando entre 2 y 5, de acuerdo con las dinámicas de cada conversación. Pese a que se trataba de indagar por asuntos de la identidad campesina, al recurrir a los recuerdos y las historias personales, muchos otros temas y sentires afloraron, aspectos a los cuales no lograremos dar completo alcance con esta investigación, pero que abren otras posibilidades y necesidades para futuras indagaciones. Ejemplo de esto son los asociados a las violencias de género o las dimensiones del daño psicosocial y colectivo, que si bien, son temáticas abordadas en otras investigaciones, parecen requerir un mayor énfasis y entendimiento.

Como parte de la observación participante y dadas las dinámicas de la confianza construida con algunas interlocutoras, realicé recorridos a espacios relevantes para ellas, como sus casas, lugares de trabajo y las tierras donde antes vivían. Del mismo modo, participé en espacios colectivos como las reuniones propias de la organización, que como ya lo mencionamos, se

realizan una vez al mes, siendo la primera de las reuniones en que participé, una pensada en conjunto con su actual presidenta, para homenajear la memoria de Martha Castaño, la fundadora de ASODER, que falleció durante el periodo de esta investigación. En este caso tuve la oportunidad de presentar mi investigación, el rol de dirigir el homenaje y luego fui una invitada en escucha. Esta dinámica se repitió en las demás reuniones donde realicé talleres en una parte de la reunión, pero se abordaron adicionalmente otros temas, sobre todo relacionados con la reconstrucción de sus dinámicas organizativas.

También fui observadora en la conmemoración del día internacional de las víctimas de desapariciones forzadas, del día de Memoria y la Solidaridad con las Víctimas y de dos encuentros de fin de año de ASODER. En el primer caso, se trató de un evento propuesto por la institucionalidad en articulación con la Mesa de Participación Efectiva de Víctimas<sup>2</sup>. Como la mayoría de las conmemoraciones en que este grupo de personas tiene participación activa, tuvo un momento religioso, puntualmente una eucaristía desarrollada en la catedral del municipio, para luego pasar a un momento simbólico en el cementerio del municipio, puesto que en este caso se trata de un lugar relevante para las víctimas, dado que en la época de mayor algidez del conflicto armado en la región, se llevaron hasta este cementerio un alto número de cadáveres de personas no identificadas, principalmente después de combates entre la fuerza pública y los grupos guerrilleros (HRDAG, 2023). Hoy se presume que se puede tratar de las personas desaparecidas que sus familiares siguen buscando y después de muchos años de visibilización por parte de los grupos de víctimas y defensores/as de derechos humanos, la Jurisdicción Especial para la Paz - JEP- y la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas – UBPD-, que forman parte

---

<sup>2</sup> La Mesa de Participación Efectiva de Víctimas fue creada a partir de la Ley 1448 de 2011. Se trata de un espacio de participación al cual se accede por medio de elección democrática, de personas que ha sido víctimas del conflicto armado, se encuentran organizadas y representan a otras víctimas en diferentes escenarios. También pueden participar de estas mesas organizaciones defensoras de derechos de las víctimas.

de la institucionalidad creada con posterioridad a los acuerdos de paz con las FARC, lo priorizaron para hacer una intervención integral de identificación de los cuerpos (UBPD, 2023). El día de la Memoria y los encuentros de víctimas serán objeto de un análisis más detallado en el último capítulo.

### **El texto en su estructura**

En el primer capítulo introducimos algunos planteamientos que dan hilo a las discusiones en torno las configuraciones identitarias como constructos estratégicos y posicionales (Hall S. , [1996] 2003), que guardan estrecho vínculo con las dimensiones del espacio y el tiempo. El primero de ellos es el análisis de las violencias de una forma estructural<sup>3</sup> que permea la vida de las personas de diversas maneras, es decir, no solo a partir de acciones armadas, sino en relación con las cotidianidades y con diversas manifestaciones de poder que tienen impactos en sus vidas. En este sentido, buscamos ampliar la visión hacia las relaciones con la institucionalidad, con otros habitantes y con las políticas construidas en torno al tema.

Un segundo acercamiento discute el desplazamiento forzado como una experiencia situada, lo que pretende distinguirse de definiciones normativas y da cuenta de una multiplicidad de impactos y formas de vivenciarlo por parte de personas que son también diversas y están insertas en espacios de tensión ante formas dispares de entender el territorio y sus vínculos con él. En este sentido, se le da un papel central a tensiones, poderes, desigualdades y constructos contrapuestos.

---

<sup>3</sup> La siguiente caracterización contribuye a resaltar parte de la intención con la que aquí se usa la expresión violencia estructural: “se refiere a la organización económico-política de la sociedad que impone condiciones de dolor físico y/o emocional, desde altos índices de morbosidad y mortalidad hasta condiciones de trabajo abusivas y precarias” (Ferrándiz M. & Feixa P., 2004, pág. 162).

El capítulo se divide en secciones, siendo la primera dedicada a abordar el posicionamiento del modelo teórico, la segunda un acercamiento a las violencias en Colombia, seguida de un análisis de la escala territorial que aborda al Oriente Antioqueño en las dinámicas del conflicto armado y a Rionegro como territorio, desde sus complejidades y como lugar de residencia de los/as sujetos/a de esta investigación, a partir de lo cual, analizamos sus trayectorias y asentamiento.

El segundo capítulo inicia con una definición de aquello que entendemos por identidades y el papel que las configuraciones tienen, para dar paso a dos discusiones que consideramos centrales. La primera en relación con los nombramientos y posicionamientos como víctimas y/o desplazados/as en dinámicas entre las formas en que son nombrados/as y aquellas que ellos/as reconocen y asumen, resaltando que no se trata de una forma única. Luego pasamos a una segunda discusión en la que se abordan las identidades campesinas a partir de experiencias, prácticas y discursividades de las/os interlocutoras/es y que se ponen a su vez en diálogo con las construcciones de los lugares, puesto que no consideramos que sean dos procesos separados sino complementarios. Pese a esto, le damos también relevancia a las discusiones sobre el sistema de lugares y lo emplazado, expresados en prácticas y significaciones que se tejen con datos etnográficos y permiten resaltar aspectos como las memorias y las cotidianidades en tanto resistencias.

Finalmente, el tercer capítulo nos acerca a las dinámicas organizativas de ASODER como experiencias de resistencia y de comunidades de sentido, al ser la organización un espacio que permite compartir sentidos comunes sobre el mundo. En estos acercamientos retornamos a pensar los emplazamientos y las identidades con el matiz de lo colectivo. Para esto iniciamos con el reconocimiento de la historia de su conformación y los procesos de cambio y reestructuración, por los que actualmente atraviesan. Identificamos aspectos cohesivos como el reconocerse iguales

(identificarse) en términos de sus experiencias, tanto previas como posteriores al conflicto armado y sus visiones compartidas sobre lo común. Recogemos en este capítulo elementos etnográficos de momentos de encuentro, diálogo y reunión que dan cabida a discusiones sobre la memoria y la participación, en escenarios de reclamación de derechos.

Las discusiones tejidas en los diferentes capítulos nos permiten extraer conclusiones sobre los temas centrales de la tesis, al tiempo que introducen líneas temáticas no contempladas previamente o que, aunque se hubieran considerado, no se les logra dar alcance con esta investigación, convirtiéndose así en posibilidades para futuras indagaciones. Sea pues esta una invitación para continuar pensando otros horizontes e imaginado otros mundos, como los que seguramente imaginó la niña del relato inicial.

## **Capítulo 1. Acercamiento reflexivo al escenario social de Rionegro: entre el conflicto y la identidad**

### **Una investigación situada**

La noche anterior a mi primer día de trabajo en la Alcaldía de Rionegro como coordinadora del Programa de Víctimas, o enlace, como también se le conoce, tuve algo parecido a una crisis de ansiedad. No podía dormir, tenía pesadillas y palpitaciones, pensaba recurrentemente en por qué había tomado esa decisión, cómo era posible que yo, que me consideraba correcta, hubiera pasado por el típico y bien conocido proceso de solicitar que un funcionario firmara mi hoja de vida para ratificar, no mi idoneidad para el cargo, sino “mi compromiso con su causa política”; ¿cómo iba a hacer luego para sostenerme ahí, cuando ya sabía que no compartía sus ideales? Estas y muchas otras preguntas me daban vueltas.

En mi primer día de trabajo inicié el proceso de presentación; uno de los lugares que visité fue la oficina de la Personería Municipal, entidad que forma parte del Ministerio Público y se encarga, entre otras cosas, de velar por los derechos humanos. Para mi sorpresa una de las preguntas a las que me enfrenté fue “¿de quién es usted?” para hacer referencia a quién había avalado mi llegada allí. Quise sortear esta pregunta, pero no me fue posible. Ya intuía que no importaba mucho mi experiencia, ni mis proyectos para la oficina (salvo para algunas personas) y, esto se fue ratificando con el paso del tiempo. Por una parte, era un trabajo que pocos querían hacer, pero que a su vez no formaba parte de la agenda de prioridades de esa administración y podría decir que de ninguna de las anteriores ni las posteriores. Podemos permitirnos la duda y partir del hecho de que mi experiencia y la lectura que hago de la situación no define el entramado de relaciones y la historia del municipio con respecto a aquellas personas que han sido reconocidas como víctimas del conflicto armado, pero ¿qué es entonces lo que representaban y representan las víctimas del conflicto y, de manera más puntual, las personas desplazadas para el establecimiento y la sociedad rionegrera? y ¿cómo esto se relaciona con los procesos de configuración identitaria?

Estas preguntas y la anterior narración nos ubican en el contexto del Municipio de Rionegro en Antioquia y nos llevarán a pensarlo en relación con sus dinámicas históricas y políticas, por ser el territorio donde se asentaron las personas con las que construimos esta investigación, partiendo de la premisa de que la comprensión de las configuraciones identitarias requiere analizarse insertas en un espacio-tiempo específicos (Portal, 2003). A su vez, me sitúan a mí en un momento puntual de la historia en este territorio e introducen formas de entender el fenómeno y relacionarme con el espacio y sus agentes, que no son las únicas, pero indiscutiblemente permean la elección de la temática y los análisis que de ella se desprenden. Traen también a sujetos/as desplazados/as en

dinámicas de conflictos múltiples, violencias armadas y otras expresiones de estos fenómenos, pero más allá de esto, pretendo hablar sobre sus agencias.

Lo dicho puede ser pensado en relación con los planteamientos de Haraway (1991) acerca de la objetividad, quien lo aborda a partir de los conocimientos situados. Desde esta perspectiva el conocimiento se construye con base en formas de investigar que se ubican en un lugar de análisis desde el cual se despliegan los sentidos puestos en este ejercicio, hacia aspectos puntuales y específicos de ciertos fenómenos. De aquí se desprende que los resultados estarán mediados por esos lugares y por formas de dimensionar los problemas de estudio. En este sentido, se involucra necesariamente a la persona que investiga, ya no de forma difusa y exclusivamente imparcial, sino inmersa en el proceso. Así mismo, la autora trae a la discusión la relación con los/as sujetos/as que participan en la investigación y manifiesta que “[l]os conocimientos situados requieren que el objeto del conocimiento sea representado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca como esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría del conocimiento «objetivo” (Haraway, 1991, p. 341).

Estos planteamientos sirven de base para la construcción del modelo de análisis propio de esta investigación, al que buscamos darle la característica de situado. Si bien, esto hace referencia a posicionamientos de orden epistémico con respecto a quién investiga, entendida como una agente que se involucra y tiene posturas con relación a los/as sujetos/as y la forma de abordar el objeto de estudio, en este caso buscamos, de forma adicional, ubicar el fenómeno en un contexto particular.

Así las cosas, pretendemos reconocer las posiciones desde donde se vivencian y analizan las configuraciones de las identidades de personas que atravesaron un desplazamiento forzado, así como las dinámicas territoriales y relacionales de las que forman parte al llegar a nuevos espacios. No obstante, no pretendemos con esto abarcar la historia de las violencias en Colombia, ya que

este tema desborda el objetivo de la investigación y ya ha sido trabajado desde perspectivas antropológicas, sociológicas, psicológicas, entre otras ciencias que han aportado a su estudio<sup>4</sup>, pero sí vemos necesario entender las experiencias y dinámicas de quienes han atravesado por este fenómeno y que se constituyen en parte de sus trayectorias de vida. Tampoco es nuestro propósito reconstruir la historia del Oriente Antioqueño, territorio de donde mayormente fueron expulsadas las personas que ahora residen en Rionegro, ni la de este municipio, pero sí reconocer sus dinámicas en relación con el conflicto armado y con los procesos de acogida hacia las personas desplazadas. Iniciaremos entonces por introducir el contexto de violencias en Colombia.

### **Acercamientos a la comprensión de las violencias y del conflicto armado**

El himno nacional de Colombia se repite diariamente por disposición legal<sup>5</sup> en emisoras y canales nacionales en horario matutino y en las tardes; en las instituciones educativas se invita a estudiantes a cantarlo con respeto; en los eventos públicos es obligada su inclusión dentro de la agenda, mientras que en eventos deportivos es un motor de las actividades, así como en la enseñanza de niñas y niños en escuelas y colegios. Nos repetimos diariamente este canto que glorifica la libertad de la patria. En su primera estrofa se puede leer: “¡Cesó la horrible noche! / La libertad sublime/ derrama las auroras/ de su invencible luz”.

Sin embargo, cabe preguntarse ¿qué tan real es que ya “¡Cesó la horrible noche!” como cantamos en el himno, cuando a diario presenciamos los horrores de las violencias que se han posado en estas tierras? Si vemos la televisión, leemos noticias o nos acercamos a las historias de las personas que han experimentado de manera directa el conflicto armado y otras formas de las

---

<sup>4</sup> Por nombrar algunas/os de las/os investigadoras/es: María Teresa Uribe, Alfredo Molano Bravo, Daniel Pecaúlt, Gonzalo Sánchez, Orlando Fals Borda, Alejandro Castillejo.

<sup>5</sup> Ley 198 de 1995

violencias, parece que esta no es la realidad, si se toma en cuenta lo que proponen autoras como Elsa Blair (2005) y Rossana Reguillo (2021) al decir que las violencias son múltiples, recurrentes e intensas manifestaciones que se circunscriben al ámbito de lo cotidiano y operan como un lenguaje ante el colapso de otros sistemas de representación. Es decir, la “horrible noche” de la que habla Rafael Núñez en su poema, de hecho, se ha prolongado en Colombia durante casi toda su historia.

Son diversos y muy complejos los procesos de violencias por los que el país ha atravesado. Podríamos empezar este recuento a partir de las disputas contra el tirano español, pasando por las pugnas entre partidos políticos de ideologías liberales y conservadoras<sup>6</sup> que supusieron largos y álgidos periodos de guerras civiles, llegando luego a la aparición de grupos insurrectos en busca de una nueva repartición de la tierra y mejores condiciones de vida para poblaciones rurales, lo que dio lugar a las guerrillas, que pronto encontraron un violento muro de contención conformado por el estado y grupos paramilitares financiados por grandes poderes económicos y políticos; a su vez se vieron confrontados por estructuras nuevas con poderes narcotraficantes y bandas delincuenciales que se apoderan de los territorios y los controlan. Pareciera pues que no existen momentos en los que la violencia no ocupe un importante apartado en la cotidianidad del país, como si sólo cambiaran los actores, se renovaran los motivos, se ocuparan una y otra vez los mismos territorios con banderas distintas, marcas en las paredes que se borran para poner otras, mientras las comunidades permanecen en medio.

Así, las violencias no son simples datos, cifras o resultados de políticas y formas de relaciones humanas. Las violencias confrontan, atraviesan, desconfiguran las vidas de las personas, o plantearían Ferrándiz y Feixa que se trata de “relaciones de poder y relaciones políticas

---

<sup>6</sup> Se le llamó “La Violencia” al periodo ocurrido entre mediados de los años 40 y finales de los 50 marcado por confrontaciones entre partidos que alcanzaron las ciudades y el campo colombiano.

(necesariamente asimétricas), así como a la cultura y las diversas formas en las que ésta se vincula con diferentes estructuras de dominación en los ámbitos micro y macrosocial (en términos de Gramsci, es hablar de relaciones de hegemonía y subalternidad)” (2004, pp. 159-160).

En este sentido, si planteamos un acercamiento antropológico al tema, tendremos que cuestionarnos no sólo sobre qué es, cuáles son sus expresiones o cómo surge, sino también por las vivencias, emociones y construcciones de sentido que emergen a partir de ellas, o diría Elsa Blair (2005), será necesario pensarlas en relación con la cultura, pero no viéndola en términos esencialistas sino permitiéndonos el análisis de las producciones de significados.

A propósito de esto, un fragmento de narración de Flor María, una mujer campesina del Oriente Antioqueño, que enfrentó desplazamientos forzados con su familia y ahora reside en Rionegro, nos permite volver sobre las nombradas vivencias, emociones y sentidos. Ella nos cuenta:

todo lo que uno sentía al llegar las noches, uno sentir ladrar un perro, ese miedo que le cogía a uno, los tiempos de luna eran los días peores, porque uno sabía que en tiempos de luna siempre iban a llegar la gente que nos querían hacer daño, tan solo por vivir en el campo, porque uno nada tenía que ver con nada (F. Castaño, comunicación personal, 2023)

Si lo pensamos nuevamente en torno al himno nacional, la horrible noche se presenta como metáfora que parece decirnos que ya pasó la subyugación, no obstante, lo que manifiesta Flor María introduce otras formas de ejercicios violentos sobre las poblaciones, que ocurren sin un sentido aparente. Como ella misma lo expresaría le hicieron daño, aunque no “tenía que ver con nada” o, dicho de otra forma, aunque no pertenecía a un grupo en conflicto. Para ella se trató del hecho de “vivir en el campo”, lo cual no dista de las conclusiones a las que han llegado

investigaciones acerca de los orígenes del conflicto armado en Colombia, que ubican parte de sus raíces en la apropiación de la tierra y los territorios de comunidades étnicas y campesinas por distintos agentes, entre los que se encuentra el estado, empresas y otros grupos con poder (GMH, 2013).

Flor también nos habla de miedo, de un tiempo que se ubica en el pasado, en sus memorias, nos dice que hubo personas que hacían daño y que esto lo asociaban con las noches, de hecho, como ella, otros/as cuentan que no se podía dormir esperando que algo pudiera pasar. Todos estos significantes entran a formar parte de las experiencias personales e indudablemente permean la vida en general, pues ese miedo que relata no se va del todo, como ella lo diría “a uno nunca se le quita el miedo” (F. Castaño, comunicación personal, 2023). Pero Flor dice noche, luna, miedo, palabras estas que remiten no solo a las realidades que ellas mismas portan, sino a las realidades que atraviesan a Flor en tanto es una mujer que experimentó el paso del conflicto armado. Me refiero a los múltiples nombres que podrían remitir a la violencia, pues se trata de una carga simbólica que se acomoda a la experiencia humana.

Ahora bien, aunque es cierto que el país se ha visto envuelto en constantes procesos violentos, como si fuera un péndulo que nunca para, vamos a centrarnos en un recorte de tiempo. Hablamos del periodo comprendido entre 1995 y 2005, uno de los momentos más álgidos de lo que conocemos como conflicto armado interno. Se trata de un periodo recortado, pues, aunque el estado colombiano delimitó a través de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, que se entenderá como víctimas del conflicto armado a quienes sufrieron violaciones a los derechos humanos o al derecho internacional humanitario a partir de 1985 (Congreso de Colombia, 2011). Nos interesa dialogar de manera directa con quienes experimentaron de cerca estos hechos, que se caracterizaron por la multiplicidad de actores en confrontación (guerrillas, paramilitares, fuerza

pública), agentes en pugnas territoriales, que dejaron en medio de sus poderes a población civil de gran parte del territorio nacional. También es nuestro interés pensar los cambios que operan en el tiempo, así, no buscamos trabajar con quienes aún están en un estado de emergencia por lo reciente de los hechos que les afectaron, sino con aquellos que ya han construido otros vínculos con el lugar de arribo posterior al desplazamiento.

Volvamos sobre la multiplicidad de agentes que han operado en los territorios. Es importante comprender que además de generar violencias manifiestas de gran magnitud, ocasionaron un desconocimiento acerca de quién era quién en el conflicto, es decir, las poblaciones se enfrentaron constantemente con el no saber quién es su victimario o si este podría ser un “protector” en determinado momento. Esto es en gran medida un resultado de la ausencia estatal, estratégica la mayoría de las veces, producto a su vez de una distribución desigual de la riqueza y del acceso a los derechos, que hace que en unos territorios los efectos de la violencia se expresen con más fuerza. Además de esto, el peso de estos poderes se remite a la visión del enemigo, la mirada del otro, distinto, que justifica el uso de la fuerza, en unos casos, y el abandono en otros, de ahí que los procesos de desigualdad, políticos siempre (Reygadas, 2019), estén acompañados de procesos de deshumanización que fomentan y facilitan la destrucción de ese otro construido como enemigo y como un objeto destructible, desplazable, asesinable (Reguillo Cruz, 2021).

Todo lo anterior nos habla de las implicaciones de ubicarnos en el contexto de lo que se ha denominado conflicto armado interno, pues requiere el reconocimiento de que no sólo se trata de una guerra contra estructuras delincuenciales o terroristas como se llegó a llamar, sino que supuso un proceso multicausal, con participación de diferentes agentes y con repercusiones de largo alcance en personas y comunidades.

El estado colombiano, después de negarlo por mucho tiempo, reconoció a través de la ya nombrada Ley de Víctimas que también tuvo participación en este conflicto armado, es más, lo llamó de esta forma dejando de lado los eufemismos de “guerra contra el narcotráfico”, “lucha contra la ilegalidad” “disputas con grupos terroristas”. Si bien, esto puede verse como natural, adquiere una gran relevancia, como nos diría Rossana Reguillo, “nombrar es un acto político” (2021, p. 106), lo que en este caso manifiesta una redistribución de las responsabilidades, posiciona de forma distinta a todos los actores en confrontación, implica el reconocimiento de intereses políticos y sobre todo le da existencia, derechos y un nombre a quienes se vieron afectados/as por estos hechos, llamándoles en adelante víctimas del conflicto.

Ya tendremos la oportunidad de discutir ampliamente las implicaciones de las formas de nombrar que trajo consigo, es decir, qué ocasiona en las personas el hecho de que ser “víctima” se convierta en una categoría identitaria; por ahora podremos reconocer que, en principio, cumple una función en términos de la búsqueda del reconocimiento del sufrimiento de personas, territorios y comunidades inmersas en dinámicas del conflicto que se emparejan con horror, degradación, muerte, despojo, desarraigo, entre muchos otros significantes. En este sentido, este marco normativo, junto con los procesos de cara a la construcción de paz en el país<sup>7</sup>, nos permiten continuar cuestionando nuestra historia, nuestras formas de relacionarnos con la diferencia y de construir el territorio. Por otra parte, implica procesos en los que quienes han sufrido por el conflicto armado deben someter su historia a revisión y validación del estado<sup>8</sup>, que puede

---

<sup>7</sup> En el año 2016, después de amplias negociaciones, se firma el acuerdo para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera con las FARC-EP. En la actualidad se plantean nuevas negociaciones con diferentes estructuras con poderes armados dentro de lo que el gobierno denomina la paz total.

<sup>8</sup> La Ley 1148 (Congreso de Colombia, 2011), en su artículo 155 define el procedimiento para las declaraciones y el reconocimiento en el Registro Único de Víctimas -RUV.

reconocer o desconocer a partir de actos jurídicos que insertan o excluyen a sujetos/as del sistema de reparación propuesto por la Ley de víctimas.

En este orden de ideas, la denominación de víctima o desplazado/a, para el caso de quienes padecieron este hecho, pareciera constituir una nueva categoría social producida a partir de las violencias y que, como ya se dijo, requiere un reconocimiento de la institucionalidad, es decir, no basta con haber experimentado directamente el conflicto, es necesaria una validación. Es esta una categoría a partir de la cual agruparse, como sucede con la generación de organizaciones como ASODER – Asociación de desplazados de Rionegro-, también puede activar solidaridades y apoyos como en muchas oportunidades sucedió, pero al tiempo puede segregar y diferenciar a otros/as que ya no son sólo los vecinos o los amigos, sino también las víctimas, los recién llegados, los pobres, los sospechosos.

Esto último, es decir, los sospechosos, adquiere relevancia si se toma en cuenta el hecho de que la denominación de víctimas no lograba -incluso aún no logra- delimitar una diferencia con los actores del conflicto, o como diría Castro Neira “era difícil entender las distancias entre enemigos y las víctimas, por lo que todo el mundo parecía estar involucrado de algún modo” (2012, p. 45), haciendo referencia también al papel que el estado y los medios de comunicación tuvieron durante mucho tiempo para señalar en noticias, discursos y diversas comunicaciones a personas, organizaciones y territorios que eran abarcados como criminales. Es decir, bastaba por ejemplo con que alguien manifestara que provenía de un municipio determinado para que se cargara de sospechas de ser “guerrillero/a” o paramilitar, lo que es manifestación de su otrorización, una que permanece en las mentes de muchas personas y son reflejo de construcciones de más larga data en relación con el “enemigo”, este que se ha venido construyendo desde esas primeras expresiones de violencia que mencionábamos anteriormente.

Entrar en la categoría de sospechoso/a, que pareciera ser sinónimo de enemigo, devino en asesinatos, desapariciones, torturas y muchos otros ataques con diversas intensidades. Al respecto de esto recuerdo los relatos de una de las personas desplazadas que ahora habitan Rionegro, quien narra cómo a uno de sus hermanos lo asesinaron porque su cuerpo tenía marcas producidas por cargar cosas pesadas, lo que para otros significaba que habría cargado un fusil, o cuando escuchaba comentarios que aseguraban que una de las líderes del movimiento de víctimas en Rionegro había sido guerrillera y esto justificaba que no se le tratara como una interlocutora válida, se le ignorara, se borrara simbólicamente y silenciara.

Podemos ver que ser víctima, en cuanto construcción social, da cuenta de diversos sentidos que aparecen a partir de distintos lugares de enunciación y a su vez entran en vínculo con distintas formas de relacionarse. Esta diversidad implica miradas desde dentro, es decir, desde las mismas personas que han sido denominadas como tal y desde afuera: sus vecinos, el estado, los actores armados, la comunidad internacional, los académicos, entre otros. Estas miradas interactúan y aportan a las configuraciones identitarias, ubicándose en los constructos de las auto y heteroidentidades (Cuche, 2002) que pueden revestirse positiva o negativamente, de ahí que sea importante dimensionar en este análisis, a las violencias, partiendo del conflicto armado, pero entrecruzándolas con otras construcciones simbólicas.

Lo anterior implica, entre otras cosas, que los/as sujetos/as con quienes dialogamos en esta investigación, además de haber atravesado por una experiencia de violencia armada, con fuertes intensidades y afectaciones en distintos ámbitos de sus vidas, han estado expuestos/as a procesos de reconocimiento y/o desconocimiento por parte del estado y de la sociedad misma, que en algunas ocasiones valida sus historias, afectos o necesidades y muchas otras invisibiliza, carga de connotaciones negativas e incluso coloca en lugares de dependencia. También ellos/as mismas,

pueden haber apelado al reconocimiento como víctimas o a su ocultamiento, según sean las situaciones y los actores con quienes se establezca relación.

Ahora bien, aunque hasta el momento hemos estado hablando de las víctimas del conflicto de un modo general, nos interesa situar el desplazamiento forzado como una experiencia particular y con repercusiones multidimensionales, que se ubica en los contextos de violencia que venimos introduciendo y genera agenciamientos también diferenciales en la medida que implica las reconstrucciones de los territorios, los lugares y las redes de relaciones. En el siguiente apartado nos ocuparemos de este tema, buscando generar acercamientos para las posteriores reflexiones en relación con las configuraciones identitarias.

### **El desplazamiento forzado como experiencia situada**

Ya hacía muchos meses que toda la familia y algunos vecinos se juntaban en las noches, en alguna de las casas, para dormir juntos y estar atentos por si algo pasaba. Hacía más o menos un mes que corrían rumores de que algo malo iba a pasar. Sabían que no sólo la guerrilla estaba cerca, sino que ya habían llegado los paramilitares al pueblo; incluso se oía que el ejército había entrado con ellos. Siempre habían tenido perros en casa, pero ahora, cuando ellos ladraban en las noches, un miedo que no se puede describir se apoderaba de todo el cuerpo que empezaba a sudar, se ponía tieso, la respiración se agitaba, pero nadie decía nada: no fuera a ser que los escucharan y les hicieran daño. Las luces permanecían apagadas y los oídos atentos. La ropa la tenían puesta, más valía estar listos.

Este relato, que no es más que una reconstrucción de muchos de los colectados en el marco de esta investigación, supone una forma de entender el tiempo-espacio en relación con un conflicto que no se comprende y que, además, se teme en la medida en que la vida siempre está en juego. Ahora bien, es a su vez una génesis del desplazamiento, que, en el caso del conflicto armado

interno colombiano, es motivado precisamente por situaciones de estrés extremo al que sujetos y comunidades se ven enfrentadas constantemente.

No obstante, la movilidad entre territorios forma parte de la historia de la humanidad. Nuestros/as antepasados/as lo hacían, por ejemplo, en búsqueda de nuevas tierras, experiencias y mejores condiciones climáticas o alimenticias. De hecho, en términos biológicos, nuestros cuerpos y cerebro están adaptados para la migración. Los ojos frontales, nuestra espalda erguida, el bipedismo en sí son dispositivos que nos permiten recorrer largas distancias y dar soluciones a conflictos con el medio ambiente que en otras condiciones podrían resultar obstáculos. Actualmente continuamos movilizándonos por razones similares y por otras, como puede ser la búsqueda oportunidades de empleo, de nuevas experiencias, cambios en las configuraciones del territorio, huir de guerras, entre muchas otras.

Sin embargo, cuando hablamos de desplazamiento forzado, si bien se trata de una forma de movilidad, es también un fenómeno con unas características específicas. No es una movilidad o migración cualquiera, como en su momento lo expresarían algunas élites políticas en cuanto al caso colombiano, cuando argumentaban que en el país no existían desplazamientos forzados sino migraciones, haciendo referencia a que se trataba de movilidades por buscar mejores oportunidades, aunque los éxodos de poblaciones enteras fueran evidentes. Tampoco se refiere a los procesos de gentrificación que obligan a campesinos/as y otros habitantes a vender sus propiedades por no lograr sostener los costos de vida en un espacio determinado, como plantean algunos habitantes de Rionegro al referirse a este tema como: “otras formas de desplazamiento” (D. Macia, comunicación personal, 22 de febrero 2023).

Como en el relato, se trata más bien de un proceso inscrito en las lógicas de un conflicto armado de larga duración, en el que distintos actores operan bajo formas del dominio y el terror

llevando a personas, familias e incluso comunidades enteras a abandonar sus casas, veredas, barrios y territorios por medio del uso de las armas, de intimidaciones, amenazas, de la ocupación de los espacios, de abusos sexuales, asesinatos, en fin, una serie de vulneraciones que se emparejaban con el desplazamiento y lo invisibilizaron por algunos periodos, pues lo expusieron como un resultado de los hechos que enuncié anteriormente (CNMH, 2015). Y, aunque es cierto que los desplazamientos ocurrían a la par con estas otras formas de la violencia, los efectos inconmensurables sobre la vida de las personas y de los territorios no pueden ser entendidos sin atender a sus particularidades, que implican historias transformadas por dinámicas en las que las experiencias sobre el territorio y la identidad personal y colectiva se desdibujan, o como lo manifestaría el Centro Nacional de Memoria Histórica -CNMH- “(...) Es una experiencia que implica varias y simultáneas pérdidas y transformaciones: pérdidas económicas y de bienes, de lugares y de relaciones sociales y afectivas” (GMH, 2011, p. 296)

Una de estas particularidades del desplazamiento es que ha tenido mayores afectaciones en territorios y poblaciones rurales (GMH, 2013). Esto no implica que en contextos urbanos no se hayan presentado casos de desplazamiento, sin embargo, los efectos han sido diferenciales y desproporcionados en la ruralidad. En el documento *Una nación desplazada: Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia* (CNMH, 2015) se afirma que más del 80% de los desplazamientos ocurrieron en áreas rurales, lo que a su vez produjo reconfiguraciones del territorio del país, aumentando la presión sobre las ciudades y generando lo que han llamado descampesinización, con relación a la pérdida de referentes y costumbres propias de los campesinos/as y comunidades étnicas. A su vez, las formas en que los desplazamientos se han presentado han sido múltiples y heterogéneas, desde dinámicas que van del caso a caso hasta

procesos masivos, es decir, manifiestan diversas intensidades en el tiempo, en los espacios y en las poblaciones.

A propósito de lo dicho, la investigadora Martha Nubia Bello, ha llamado la atención sobre los impactos que generan los desplazamientos forzados en distintas áreas de la vida de las personas y las comunidades, argumentando que:

El desplazamiento implica un costo social y cultural por cuanto al obligar a los miembros de una comunidad a emprender rumbos distintos de manera individual y fragmentada se rompen las relaciones, destruyéndose no sólo sistemas de producción agrícola sino también de producción social y cultural (2004, p. 2)

Puede leerse en su cita la palabra “obligar”, que habla de un hecho que ocurre por fuera de la posibilidad de elección de las personas, uno de los aspectos fundamentales en los desplazamientos, que de hecho se les ha nombrado forzados. Flor María, hablando al respecto de su experiencia contaba: “...fueron muchos años que nos tocó vivir con mucha zozobra, con mucho miedo hasta que nos tocó salir de la tierrita y venirnos a pasar necesidades” (F. Castaño, Comunicación personal, 2023). En sus comunicaciones está presente que de haber tenido otra posibilidad no habría salido de su territorio y que de hecho resistieron durante mucho tiempo esperando no tener que hacerlo.

Siguiendo en la línea de los impactos podemos reconocer, de la mano de diversas investigaciones (Bello, 2004; CNMH, 2015; Castillejo, 2016; Naranjo, 2001), que son múltiples las transformaciones en los vínculos, en las conformaciones y roles familiares, innumerables las pérdidas económicas, como profundas las afectaciones emocionales, así como se hacen manifiestas las rupturas en las relaciones que se entablan con otros/as sujetos/as y con los espacios, aquellos que les eran cotidianos y conocidos.

En referencia a este tema el antropólogo Alejandro Castillejo Cuellar, en su libro *Poética de lo otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia* (Castillejo, 2016) manifestó que “(...)el fenómeno del desplazamiento, más que un movimiento de lugar, es una reconfiguración del espacio, definido en función del otro como una representación” (Castillejo, 2016, p. 126), refiriéndose a la red de relaciones que se producen en los espacios y las dinámicas y concepciones de lo otro cercano o lejano. Perder aquello que es familiar ubica en el lugar de extraño, de una alteridad que el mismo Castillejo ha denominado como radical, en la medida que los/as desplazados/as se invisibilizan, se les resta subjetividad, se les carga de estereotipos e incluso se les ubica en el lugar del problema (Castillejo, 2016) por parte de la sociedad y del estado, que termina midiendo números, historias, cifras y perdiendo los rostros de quienes están en medio de esta situación.

En lo que tiene que ver con esos rostros, es decir, quiénes son los/as desplazados/as, cuáles son sus identidades, hay mucho que pensar. Es este el tema principal sobre el que estaremos indagando en esta investigación; no significa que no haya sido ya explorado, es más, las investigaciones nombradas redundan en parte sobre este tema, sin embargo, nos interesa preguntarnos si existen otras formas de comprensión, si el paso del tiempo y la ubicación en contextos puntuales pueden generar diferencias o transformaciones. Castillejo por su parte había planteado, con respecto al tiempo que “(...) Devenir desplazado, es ingresar a un mundo cuya temporalidad se maneja sobre la base de la transitoriedad” (2016, p. 226), es decir, estar de paso, en un sin lugar, pero nos interesa pensar si esa transitoriedad puede tener un fin, o, por el contrario,

aún con el paso del tiempo los/as sujetos/as siguen en situación de liminalidad<sup>9</sup>, como lo describe el autor.

Del mismo modo, la investigadora Gloria Naranjo (2001), afirmó que los desplazados/as son un grupo con características heterogéneas, con muy pocas cosas en común, más allá del hecho de ser víctimas. Según su análisis, las personas desplazadas carecían de una categoría identitaria previa que uniera y favoreciera encarar esta situación desde ejercicios de lo común. Al respecto afirma que las poblaciones no fueron desplazadas a razón de su nacionalidad, pertenencia étnica, orientación sexual, afiliación religiosa, estrato socioeconómico u otro elemento en particular, aunque estas pertenencias sí ocasionaron efectos diferenciales como lo profundizarían otras investigaciones. Sin embargo, si lo vemos con detenimiento, es posible encontrar al menos una generalidad que, si bien, no engloba a todos los sujetos/as desplazados/as, sí se trata de la mayoría. Como mencionábamos, gran parte de las personas vivían en territorios rurales y aunque al interior de este grupo hay gran diversidad en edades, etnias, género, adscripciones políticas, religiosas, entre otras, es posible que el hecho de ser poblaciones rurales pueda ser un elemento que genere unidad y posibilidades de construir relaciones en los lugares de arribo, no sólo a partir del hecho de compartir una experiencia común, sino de otros elementos de sus repertorios culturales.

Todo lo dicho hasta el momento nos lleva a pensar el desplazamiento como una experiencia situada, lo que manifiesta la necesidad de profundizar en las formas en que es vivido, sentido y significado por distintas personas y cómo se relaciona con modos diferenciales de construir estrategias, no sólo para sobrevivir, sino también para reconstruir la vida en diferentes dimensiones, entre ellas en relación con las identidades. A su vez, esa experiencia forma parte de

---

<sup>9</sup> Según Víctor Turner, el sujeto liminal se encuentra en un estado de ambigüedad, al margen de un orden establecido. Se trata de un estadio transicional, es decir, de transformación ritualizada entre dos estados definibles socialmente. Radica en la movilidad y en la ambigüedad de sus representaciones y definiciones. Está asociado con lo fronterizo. Para ampliar este concepto se recomienda leer: (Turner, 1980).

un espacio del que participan otros/as sujetos/as, con experiencias similares de desplazamientos y violencias, como las enunciadas hasta ahora, que se convierten en un denominador común para un grupo de personas, junto con otros/as cuyas experiencias vitales son muy diversas. Del mismo modo forman parte de una temporalidad y de constructos históricos, políticos y económicos específicos que se entretajan con emocionalidades, sucesos y sentidos compartidos y no compartidos.

Esta búsqueda de comprensión del desplazamiento como experiencia nos conecta con la producción discursiva, que está en relación con dinámicas de conflicto y demandan una interpretación, pues como diría Scott “La experiencia es, a la vez, siempre una interpretación y requiere una interpretación” (Scott, 2001, p. 73). Así, entender la experiencia conlleva a pensar discursos que son producidos por ella y aquellos que a su vez la producen.

Para el caso del conflicto armado colombiano, remite a la construcción de otredades radicales (Castillejo, 2016) expuestas anteriormente, que pueden colocarse en las bases de estas interpretaciones. Estas construcciones de categorías para nombrar a los/as otros/as, que producen formas de entendimiento de la otredad y la mismidad, en la discusión de la historiadora Joan Scott guarda relación con las construcciones identitarias, en la medida que estas son atravesadas por las experiencias, pero también por los discursos que se construyen alrededor de ellas, dos elementos que no son separables. Diría la autora que:

Tratar la emergencia de una nueva identidad como un evento discursivo no es introducir una nueva forma de determinismo lingüístico ni privar a los sujetos de agencia. Es rehusarse a una separación entre la “experiencia” y el lenguaje, y en su lugar insistir en la cualidad productiva del discurso. (Scott, 2001, p. 65)

Desde esta perspectiva podríamos entender las configuraciones identitarias de personas que han atravesado por la experiencia del desplazamiento forzado en vínculo con sus diferentes ámbitos de producción y con las interpretaciones que de ella se hacen, lo cual se constituye en un fundamento de análisis.

Ahora bien, la experiencia situada, como se ha venido esbozando, remite al contexto en el que esta se produce. Un contexto que tiene que ver con aspectos del territorio, definido a su vez por prácticas, significados y construido a partir de redes de lugares (Vergara F., 2017, p. 24), que igual que la experiencia no se desligan del lenguaje ni de las estructuras de poder. De este modo, es preciso ubicar el Oriente Antioqueño y el Municipio de Rionegro, siendo este último el lugar donde construyen su vida las personas con las que dialoga esta investigación después de desplazamientos forzados ocurridos, en la mayoría de los casos, desde municipios de la subregión del Oriente Antioqueño. A su vez, Rionegro forma parte de esta subregión y ocupa un lugar clave en sus dinámicas económicas y políticas. En los siguientes apartados buscaremos acercarnos a estos territorios.

### **El Oriente Antioqueño en las dinámicas del conflicto armado**

La primera vez que visité el Municipio de Granada no podía creer que, yendo desde Rionegro, me había tomado menos de una hora en llegar. Antes de conocerlo imaginaba algo lejano, como si hiciera parte de otro territorio. Hacia finales de los 90 e inicios de la década del 2000, cuando las olas de violencia se hacían más fuertes en todo el Oriente Antioqueño y la vereda donde yo vivía se poblaba de nuevas personas, algunas que hacían casitas improvisadas con banderas de Colombia simbolizando que habían sido desplazadas, yo empecé a participar en *sembradores de paz*, un movimiento liderado por la iglesia católica, en el que salíamos a marchar

para pedir que la violencia cesara, pero creo que no lograba dimensionar el territorio del que hacía parte.

Tengo algunos recuerdos borrosos de la época en que las FARC se tomaron a Granada con un carro bomba y una acción armada que duró por lo menos 20 horas, dejando su casco urbano destruido (El Colombiano, 2017). Pocas nociones tenía de que antes también se lo habían tomado los paramilitares, masacrando población civil, ni que la fuerza pública brilló por su ausencia en estos momentos. Recuerdo historias similares con municipios como San Francisco o Nariño que padecieron situaciones parecidas, también lo que llamaban pescas milagrosas para referirse a retenes en los que secuestraban personas, o del paso de los tanques de guerra por la autopista, imágenes repetitivas de la violencia que, aunque fueran tan cercanas, yo sentía que en cierta medida no me tocaban. Es que la historia de la configuración del Oriente Antioqueño ha estado plagada, como en el resto del país, por la desigualdad.

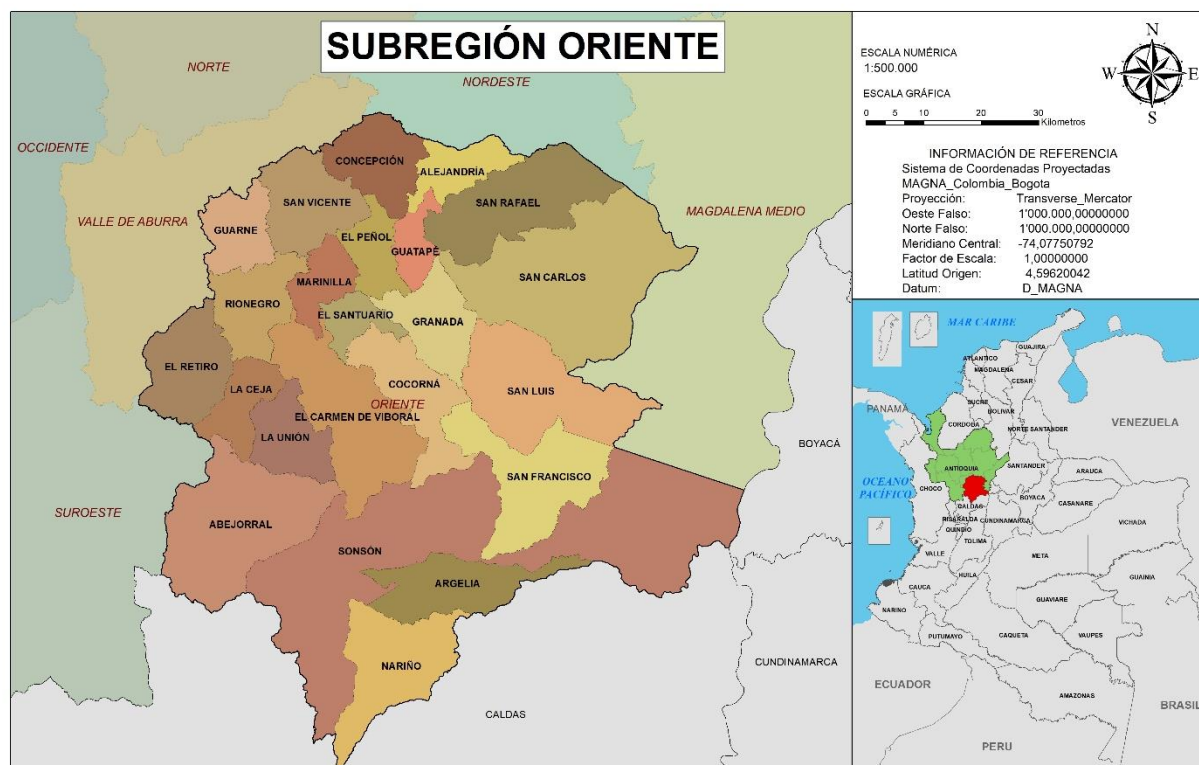


Ilustración 1. Mapa Oriente antioqueño en Antioquia, Colombia

El anterior mapa nos permite ubicarnos en este territorio, una región conformada por 23 municipios y dividida en 4 zonas: Páramo, Bosques, Embalses y Altiplano, en donde se evidencian amplias diferencias en aspectos geográficos, económicos y políticos que propician otra forma de clasificación, una que distingue entre el oriente cercano y el oriente lejano, siendo estos adjetivos demarcados por un “centro” construido en torno a Rionegro y Marinilla.

Pero más que a una configuración, en investigaciones sobre el territorio (García, 2007, García & Aramburo, 2011, Ospina V, 2012) se apunta a una reconfiguración, pues evidencian cambios presentados alrededor de los años 60 donde confluyen procesos económicos como el cambio en la vocación agrícola de una proporción de la región, ampliando las brechas entre una parte industrializada y urbanizada del territorio y otra incomunicada y ajena a esos procesos, la construcción de centrales hidroeléctricas en los municipios de San Rafael, San Carlos, y El Peñol, así como otros proyectos “de desarrollo” que eran leídos por las comunidades como impuestos y ajenos a sus decisiones, dando origen a la creación de movimientos sociales como el Movimiento Cívico<sup>10</sup> y a la figura de la Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Ríos Negro y Nare – CORNARE. En ambos casos se trata de respuestas, por una parte, cívica y por otra institucional, a las formas en que los poderes económicos y estatales construían el territorio.

En otras palabras: mientras la fuerza de la dinámica económica fracturaba el territorio, las fuerzas de la producción discursiva y de la gestión del Estado lo unificaban, al igual que lo hacían –con otros sentidos– los pobladores con sus reivindicaciones y movilizaciones. Esa es la tensión básica que constituye a la región del Oriente antioqueño a partir de los años 60 y que va a tener

---

<sup>10</sup> Se trató de un movimiento originado desde las comunidades como respuesta a la segregación, la imposición de proyectos, el abandono estatal. Tiene sus primeras expresiones en la zona que ahora se conoce como embalses y en Marinilla, pero se extiende al resto del territorio en la década de los 70. Sin embargo, gran parte de sus militantes son asesinados en los 80 (Ospina V., 2012).

incidencia en los procesos político-militares y político-sociales del presente. (García & Aramburo, 2011, pp. 46-47)

Este breve acercamiento a los elementos que configuran y reconfiguran el Oriente Antioqueño, son analizados por las autoras García & Aramburo, (2011) en relación a los conceptos de lugar y región como equiparables, lo que guarda diferencia con esta investigación, puesto que lo entendemos en escales del espacio (Vergara F., 2017), donde el Oriente antioqueño es leído como un territorio con distintos poderes y actores que influyen en él, mientras los lugares en nuestro caso, son analizados en escalas más pequeñas. Sin embargo, estas lecturas exponen particularidades que indiscutiblemente tienen todo que ver con las formas en que el conflicto armado se instaló y ha operado allí. En las memorias de habitantes de la subregión y estudiosos del tema, aparecen recurrentemente las situaciones mencionadas (hidroeléctricas, “desarrollo”, desigualdad, industrialización), sumadas a las condiciones físicas del territorio y la presencia de recursos naturales que se convirtieron en una fuente de conflictividad.

Ante la situación de violencia del país y bajo las nombradas coyunturas, el Oriente antioqueño fue un epicentro del conflicto por muchos años, a partir de la presencia y el accionar de todos los actores en conflicto. Desde la década de los 80 ingresaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC-EP con el frente noveno; luego también ingresarían el frente cuarenta y siete y estructuras urbanas como el frente Jacobo Arenas y Aurelio Rodríguez (UdeA & IPC, 2023); el Ejército de Liberación Nacional – ELN, ingresa en los 90 con el bloque Carlos Alirio Buitrago (PNUD, 2010) y luego tendrían influencia otros frentes. Ambas guerrillas confluían en partes de los territorios y se enfrentaban entre sí y con el ejército, mientras la población civil estaba en medio.

Pero este panorama se agudizó con la llegada de estructuras paramilitares (Autodefensas campesinas del Magdalena medio, Bloque José Luis Zuluaga, Bloque Cacique Nutibara, Bloque Metro) a distintos municipios de la subregión a mediados de los 90, alcanzando control en las zonas urbanas de los municipios (PNUD, 2010). Estas estructuras, según se ha documentado a través de versiones libres de exparamilitares en el marco del proceso de justicia y paz, operaron de la mano con la fuerza pública y promovidos incluso por personas de la sociedad civil (VerdadAbierta, 2009) y buscaron no sólo el control militar del territorio, sino también el control político con apoyo a personas y grupos de los que eran partidarios. Ya en los años 90 el Oriente Antioqueño “se convierte en su integralidad en objetivo militar de las guerrillas y de los paramilitares, y a comienzos del nuevo milenio encabeza las estadísticas de muertes violentas y desplazamiento en el país” (García, 2007, p. 142).

Parece evidente que, ante esta diversidad de actores con distintos intereses, el conflicto se tornaba cada vez más agudo y atroz. Lo que no se alcanza a dimensionar son las afectaciones a las personas y al territorio. Masacres, ataques con bombas, siembra de minas antipersonales, abusos sexuales, entre muchos horrores forman parte de las narraciones de poblaciones que estaban en medio de estas confrontaciones. En este proceso, casi la totalidad de municipios como San Carlos, Granada, San Francisco, San Luis, Cocorná, Argelia, Sonsón y Nariño vieron a sus poblaciones marcharse desplazadas hasta diferentes zonas del departamento y el país, siendo el Municipio de Rionegro uno de los lugares donde se dio un importante asentamiento. Luis Fernando Calle, sociólogo de la región y magister en temas de paz, al respecto de esta época cuenta que:

En la década del 95 al 2005 hay una gran crisis humanitaria, muy difícil, por la disputa territorial de estos actores, esa disputa puso en medio a la gente y de las cuatro zonas en las que está dividido el territorio, uno puede resumir en que las zonas de páramo, embalses y

bosques se volvieron expulsoras de población desplazada, miles de cientos de personas llegaban a los cascos urbanos y posteriormente esas mismas personas llegaban a los municipios del altiplano como Rionegro, Marinilla, etc. (L. Calle, comunicación personal, 22 de marzo de 2023)

Frente a esta crisis que desbordaba las capacidades del estado, distintas organizaciones buscaron mecanismos de respuesta. Entre ellas, la iglesia católica se convirtió en un referente para las comunidades, desarrolló diferentes procesos y constituyó organizaciones como la Corporación Vida, Justicia y Paz y el Programa de desarrollo para la paz – Prodepaz, que aún hoy tienen acciones en el territorio. La iglesia asumió el rol de reunir distintos actores e intervenir en favor de las comunidades y se nutrió de la experiencia de la subregión del Magdalena medio liderada por el sacerdote jesuita Francisco de Roux para promover un laboratorio de paz en la subregión (L. Calle, comunicación personal, 22 de marzo de 2023).

Algunos actores políticos, la sociedad civil, organizaciones no gubernamentales, el sector cooperativo y la cooperación internacional aportaron a generar estrategias para atender la situación y reconstruir este territorio. Se resalta la conformación de la Asociación de Mujeres del Oriente – AMOR - que lideró iniciativas como las Promotoras de vida y salud mental – PROVISAME-con Conciudadanía; el desarrollo del segundo laboratorio de paz, proceso que tuvo varias líneas de intervención con financiación de la Unión Europea (Ospina V., 2012), entre muchas otras.

Es en estas dinámicas que nace la organización ASODER, que en principio recibe apoyo de Conciudadanía y Prodepaz para su conformación, según nos narró Martha Castaño, su fundadora (M. Castaño, Comunicación personal, 2022), lo que nos habla no sólo del conflicto sino de las capacidades de organización y del movimiento social en la región, temas que se vinculan con las formas en que las personas desplazadas que residen en Rionegro configuran sus identidades

y sus perspectivas del territorio y los lugares. Los acercamientos al Oriente antioqueño nos permiten entonces situar el territorio en sus procesos de configuración y gestión, donde diferentes actores tienen presencia y actúan según sus poderes, intencionalidades y comprensiones del espacio. A continuación, pretendemos bajarlo a la escala del Municipio de Rionegro.

### **Rionegro: territorio de encuentros y desencuentros**

Hace mucho tiempo tengo interrogantes sobre lo que significa habitar en Rionegro. Se me dibuja un complejo contraste de percepciones, prácticas y sentimientos en torno a este territorio. La mayor parte de mi vida he habitado en este municipio y mis ancestros también lo hicieron, de hecho, presenciaron algunos de los momentos históricos que han tenido incidencia en la modificación de sus dinámicas. Eventos que constantemente aparecían en las conversaciones y memorias familiares, principalmente cuando mi abuelo vivía y buscaba cada mañana su “tinto<sup>11</sup>” para conversar. Entre estos se encuentran las construcciones de la autopista Medellín – Bogotá y del Aeropuerto José María Córdoba, el asentamiento de empresas y los periodos de violencia, incluido aquel que en el país se conoció como “La Violencia” y, aunque estas son memorias familiares, como venía contando con relación al Oriente antioqueño, otros acercamientos al tema recurren también sobre varios de ellos.

Mi abuelo comentaba que en los años 50 las familias y los municipios se dividían en la militancia entre los partidos liberal y conservador, así, por ejemplo, se entendía que “Rionegro era liberal” y “Marinilla conservador”, sin embargo, esto no era del todo así, porque en cada municipio había grupos de personas y familias cercanas a ambos partidos. Él, que era arriero y liberal, se habría salvado de ataques usando el conocimiento del territorio y presentándose como lo uno o

---

<sup>11</sup> En Colombia usamos este término para hacer referencia al café.

como lo otro, según el grupo con el que se encontrara; nos contaba cómo en una oportunidad cuando iba a buscar una partera para el nacimiento de mi papá, tenía que pasar por un territorio conservador y unas vacas que se movieron le hicieron pensar que lo iban a matar. Es que en este periodo los vecinos podían ser incluso un peligro para la vida.

Entre las historias de la familia, también se contaba el paso de la autopista en la década de los 70 que atravesó el terreno que habitaban mi bisabuelo, mi abuelo y sus hermanos, la escuela de cartón donde estudiaron mis padres que luego se convertiría en el colegio donde también yo estudié y que por mucho tiempo fue marginado, los recuerdos de las visitas al aeropuerto los fines de semana para ver despegar los aviones, la carretera “vieja” por donde pasaba el tranvía, la chiva<sup>12</sup> de don Tomás que transitaba entre Guarne y Rionegro como casi único transporte público durante muchos años, la bonanza de las empresas textiles, la minería que practicó mi padre en la quebrada<sup>13</sup> La Mosca, las formas en las que consiguieron sus tierras. Estas y muchas otras historias configuran hitos sobre los cuales mi familia construyó unas relaciones específicas con el Municipio y que se han ido modificando conforme pasan los años y cambian los eventos, al igual que las personas.

Lo anterior, además de seguir hablando de mi posicionamiento, nos lleva a pensar este territorio, lo cual implica reconocer que está construido y constituido por actores diversos que interactúan en un espacio geográfica y administrativamente delimitado, pero en el que las formas de habitar son múltiples. Para comprender este concepto, Francisco Ther, nos diría que:

El territorio es espacio construido por y en el tiempo. De esta manera, cualquier espacio habitado por el hombre es producto del tiempo de la naturaleza, del tiempo de los humanos, de las distintas formas de organización, y de la concepción cosmogónica del tiempo. Es decir, en lo fundamental, el territorio viene a ser producto del conjunto de relaciones que a

---

<sup>12</sup> Es un autobús colorido típico de Colombia.

<sup>13</sup> Arroyo o riachuelo.

diario el hombre entretejió entre todos los suyos con la naturaleza y con los otros (2012 , p. 4).

Ahora bien, en esta cita el autor manifiesta que se trata de una construcción que se enmarca en unas lógicas temporales y que está inserto en relaciones sociales y con la naturaleza, de ahí que implica una confluencia de actores. Sin embargo, aunque el autor no lo menciona, vale la pena destacar que esa confluencia manifiesta unas dinámicas de interacción que no necesariamente se dan en un nivel de acuerdo, sino que en muchas oportunidades se produce en medio de múltiples tensiones y conflictos.

En línea con los estudios en relación con los conflictos por el territorio, el antropólogo Arturo Escobar ha aportado elementos muy interesantes que indagan en formas que podríamos llamar dispares o desiguales en que los territorios son pensados y vividos, según sean los sujetos o las estructuras que se relacionan con él. Así, Escobar (2015) plantea que las luchas por el territorio se dan en lógicas ontológicas o formas de comprensión del existir, que para el caso de la “modernidad” se trata de una “ontología dualista” (2015, p. 29) que parte de concepciones del mundo a través de dicotomías como naturaleza y cultura y unas relaciones enmarcadas en la explotación, la mercantilización y las búsquedas de unificación de las formas de vida.

Estas concepciones entran en disputa con otras ontologías como las relacionales que, en sus palabras, “(...) puede definirse como aquella en que *nada* (ni los humanos ni los no humanos) *preexiste a las relaciones que nos constituyen*. Todos existimos porque existe todo” (Escobar, 2015, p. 29). Como podrá observarse, se trata de formas muy disímiles de entender el territorio y que en esta medida produce tensiones entre significados mercantilizados de apropiación y otros que se posicionan en relaciones de interdependencia. Si bien, estas ontologías expuestas por Escobar se presentan donde existe una fuerte relación entre comunidades étnicas con sus territorios

y al tiempo se expresan conflictos por procesos extractivistas, valdría la pena preguntarnos qué ontologías están presentes en las relaciones que los habitantes establecemos con Rionegro como territorio y cómo esto interactúa con los procesos diferenciales que construyen las personas que atravesaron por un desplazamiento forzado que los llevó hasta allí.

Para pensar estas relaciones partimos del supuesto que, las personas desplazadas, al arribar a Rionegro, ingresan en procesos de interacción con este espacio, que podríamos leer en torno a lo que Escobar ha llamado como ontologías, que pueden llegar a ser contradictorias, pero son también desiguales, dado que se producen bajo condiciones en las que aquello a lo que se pertenece y las cosas que les pertenecían, no son ya las mismas. Ambas cosas se ponen en tensión ante los desplazamientos, de donde aparece el interés por analizar cómo ante estas tensiones también surgen estrategias de apropiación del espacio y de reconfiguraciones identitarias.

En los discursos institucionales y empresariales Rionegro es un municipio próspero y desarrollado, haciendo alusión a su crecimiento económico y de infraestructura. Constantemente se recurre a resaltar las bondades de la vida en este municipio y sus características por medio de adjetivos relacionados con la modernización, la seguridad y el acceso a bienes y servicios. Basta ver la expansión de los proyectos de vivienda en el territorio y los modos en que estos se ofertan, o acudir a las páginas oficiales de la administración municipal para reconocer los mencionados discursos.

Acontecimientos como la construcción del Túnel de Oriente, el asentamiento de empresas, la presencia de diversas instituciones de salud, educación, financieras, los desarrollos viales, forman parte de los atributos que se resaltan, sumado a que Rionegro en 2017 entró a formar parte del programa del Banco Interamericano de Desarrollo -BID- de Ciudades Emergentes Sostenibles

junto con otras 15 del país que tienen entre 100.000 y 2.000.000 de habitantes y con crecimiento demográfico y económico por encima de la media (BID, 2023).

Este posicionamiento de Rionegro, además se complementa con las dinámicas de crecimiento económico de otros municipios de la subregión, como lo refleja un estudio realizado por la Cámara de Comercio para el Oriente Antioqueño, tomando como temporalidad de medición desde 2009 hasta 2020, que resalta un crecimiento del 174% a nivel del producto interno bruto - PIB- de la subregión, cifras superiores al promedio nacional en la tasa de participación en el mercado laboral y crecimiento en la constitución legal de nuevas empresas (CCOA, 2022). Pese a esto, cabe pensar cuál es el desarrollo que se propone y si este es entendido de la misma forma por los diferentes grupos de personas que habitan este territorio, pues si retomamos la definición de Lins Ribeiro, el desarrollo se trata de la “expansión económica adorándose a sí misma” (2007, p. 175), lo cual se parece a las justificaciones y las formas de entendimiento expresadas, que no obedecen sólo a los enfoques de los últimos años, sino que se insertan en procesos de más larga data.

Conectando estos discursos con las perspectivas de los habitantes, encontramos relaciones en torno al posicionamiento del municipio a partir de estos mismos referentes. Así, por ejemplo, Wilmer Mesa, una persona que ha habitado el municipio durante toda su vida, comparte que:

Yo diría que es un municipio privilegiado y a partir de las obras que se han desarrollado, se ha generado mucho desarrollo. Me refiero por ejemplo a la construcción de la autopista Medellín – Bogotá, el Aeropuerto José María Córdoba, entonces se han asentado también muchas industrias, lo que ha generado mucho empleo y vemos cómo ahora uno de los indicadores más importantes que es un sitio ameno para la mayoría de personas y que lo consideran agradable, es que muchas personas del Área Metropolitana se están

desplazando, entre comillas, se están trasladando también a vivir en este sector, por las facilidades y digamos por todo el entorno. (W. Mesa, comunicación personal, 11 de marzo de 2023)

Puede leerse en esta cita la palabra privilegio, que denota una comparación y ubicación en un lugar superior en referencia a otros espacios, que se refleja también en una mayor ocupación del municipio y la producción de otras dinámicas económicas. Al respecto Clara, una mujer campesina, propone un contraste que, si bien no deja de hablar del “privilegio”, también evidencia afectaciones producidas por el desarrollo a la población campesina.

yo considero que yo amo tanto a Rionegro que no le veo casi ni el feo a pesar de que algunas cositas del desarrollo, yo como buen campeche<sup>14</sup>, ya las siento desagradables para mí, como es el desarrollo tan amplio que tiene Rionegro, porque es realmente un municipio muy privilegiado, sin embargo, me entristece que en momento estoy viendo que hay ya es otro desplazamiento del campesino nativo al área urbana y a otros municipios, porque hoy el campesino nativo se ha visto en la obligación, prácticamente de salir (C. Osorio, comunicación personal, 11 de marzo 2023)

Al respecto de este tema, distintas personas del municipio han coincidido en evidenciar que a la par que llega el desarrollo, también ocurren fenómenos como la gentrificación que opera como una forma de expulsión, denominada por ellos/as como “desplazamiento”, pero que ahora se focaliza en las personas que no tienen la capacidad económica para hacer frente a los costos de vida que significa habitar este municipio, mostrando posiciones que aunque no son del todo contrarias a las perspectivas de desarrollo antes mencionadas, sí reconocen otras caras de la

---

<sup>14</sup> Hace alusión a una forma coloquial de referirse a una persona campesina.

situación que genera afectaciones sobre unas poblaciones específicas. Con referencia a este tema, uno de los interlocutores decía “no sé qué sirva para el estudio que estás haciendo, pero hoy hay un desplazamiento ya desde lo económico que lo llamamos gentrificación y que ha hecho que mucho nativo de Rionegro se tenga que desplazar a pueblos cercanos porque el costo de vida acá ya no es sostenible para muchas familias” (D. Macia, comunicación personal, 22 de febrero de 2023). Sin embargo, consideramos que los procesos políticos y económicos que afectan a aquellos que se denominan nativos tienen también incidencia en las vidas de las personas desplazadas y esto nos conecta con las distinciones que demarcan diferencias entre unos y otros. Nativos y desplazados, figuran como dos categorías que parecen hablarnos de una relación diferente con el territorio y respecto a los derechos sobre este.

Las identidades rurales espacializadas se configuran a partir de procesos de emplazamiento, donde se evidencian negociaciones, reclamos y resistencias en una red de relaciones horizontales y verticales, que cobran sentido en escalas espaciales (sistema de lugares), desde donde es posible situar un conjunto de expresiones que manifiestan construcciones de sentido relativas a la diferenciación, pertenencia y adscripción, elementos base de las configuraciones identitarias rurales en el grupo ASODER.

### **La ciudad del arribo**

En la Ciudad de Rionegro, el 31 de marzo de 2023, falleció Martha Castaño luego de atravesar por una enfermedad sorpresiva. En las redes sociales de la Alcaldía y la Personería de este municipio, así como en los perfiles de diferentes políticos, se observaban mensajes de pésame y agradecimiento por sus liderazgos: “estamos de luto”, “Gran líder comunitaria, mujer incansable al servicio de quienes la necesitaban”, decían. Ella, que era oriunda del municipio de Cocorná,

pasó los últimos 20 años de su vida en Rionegro, ciudad a la que llegó después de ser desplazada de su territorio natal por causas del conflicto armado. Allí ejerció liderazgos como promotora de derechos de las personas desplazadas desde aproximadamente el año 2005, cuando junto con otras personas constituyó la organización ASODER. Desde entonces fue siempre un referente para otras víctimas del conflicto y para la institucionalidad, aunque también se expresaran tensiones en torno a lo que representaba y en las relaciones con ella.

Rionegro fue escenario de sus luchas buscando que, como lo repetía constantemente, “nos den los derechos”, frase que la cobijaba a ella y a muchas otras personas que también llegaron desplazadas por el conflicto armado a este municipio. Pero además de un escenario de luchas, fue su espacio de vida, siendo presidenta de ASODER, madre, abuela, esposa, amiga y contradictora, roles que se complementaron o ampliaron con respecto a los que ya tenía en Cocorná. Esta historia de Martha, que es reflejo de otras historias de personas desplazadas, remite de nuevo al territorio en tanto es ocupado, significado, apropiado y reclamado. Pero ¿cómo podemos entender la construcción del territorio a partir de esta narración y de los vínculos con el espacio en dinámicas de copresencia? Para dar respuesta a estas preguntas continuaremos con el acercamiento al contexto territorial en las lógicas del conflicto y en torno a las emoseñificaciones que emergen en las relaciones con los/as otros/as.

Empecemos por reconocer que en Rionegro no se presentaron situaciones de desplazamiento tan complejas como las que observábamos en sus vecinos, pero sí estuvo inmerso en dinámicas de control territorial y homicidios, con una presencia más demarcada por el paramilitarismo. Como contábamos anteriormente, en la década de los 90 el paramilitarismo alcanzó todo el Oriente Antioqueño y este Municipio no fue la excepción, aspecto que resalta

Diego Macia, al evocar el recuerdo de la situación del municipio, como puede leerse en la siguiente cita:

la verdad, murieron muchos amigos en las esquinas de cada barrio, de hecho, pues este proceso paramilitar acaba con la vida de mi hermano y de mi mejor amigo en el mismo día y eso precisamente hace que uno se interese por cambiar la situación y se meta en tantas cosas. (D. Macia, comunicación personal, 22 de febrero de 2023)

En el recuerdo de Diego, también las personas que arribaron al municipio en condición de desplazamiento, desde municipios como San Francisco, San Luis, San Calos, San Rafael, Guatapé, El Peñol, Granada, eran revictimizados por estructuras paramilitares. Las personas arribaban en condiciones económicas precarias y entraban a habitar en lugares donde, según lo expresa, eran utilizados para venta de drogas e ingresaban nuevamente en el ciclo de violencia. Diego manifiesta que “desaparecieron y murieron muchos jóvenes en el municipio de Rionegro y muchos fueron revictimizados: huían de una violencia y se encontraban con otra” (D. Macia, comunicación, 22 de febrero de 2023).

Como se puede ver, la llegada de las personas desplazadas al territorio también estuvo atravesada, en muchos casos, por estas lógicas de violencia que les alcanzaban en los espacios que ahora ocupaban. Sin embargo, no solo se trató de las violencias armadas, sino que también se expresaron conflictos que involucraban representaciones diversas sobre lo que significaba su llegada, formas de ver la situación desde la institucionalidad, pero también por parte de los/as habitantes. Un ejemplo de ello es lo dicho por Clara Osorio cuando refiere que:

Muchas veces critiqué, ¡pero hombre, por qué a los desplazados!, pues se generó, como un, como, ver cómo decimos, un rechazo, un rechazo, porque nosotros decíamos bueno,

nosotros los nativos empezamos a perder derechos con la llegada de los desplazados y a ver qué, con el SISBEN<sup>15</sup>, con las empresas de salud, hospitales, había mayor aceptación para el desplazado que para nosotros los campesinos, o yo lo hablo como campesina y que estaba en ese entonces en los grupos de usuarios campesinos, en grupos realmente campesinos, entonces empieza uno como a tener ese rechazo porque ve que hay unas mejoras de vida para los desplazados y nosotros los nativos empezamos a estar desfavorecidos, ya en consecuencia (C. Osorio, comunicación personal, 11 de marzo de 2023).

Esta cita, plantea una realidad en torno a la tensión que experimentaron algunas personas habitantes ante la llegada de otros/as”, que desde su percepción ponían en riesgo su acceso a derechos, conllevando a una sensación de competencia y, como la misma Clara lo menciona, de rechazo, que podría limitar la empatía. Ya Castillejo, hablando del tema, había dicho que las comunidades receptoras se veían afectadas por la llegada de las personas desplazadas y percibían la situación como una invasión de su territorio. Al respecto afirmaba que “[e]sta “invasión”, como aquel otro “rechazo”, es la primera cristalización, en una dinámica de mutua constitución, de las transformaciones del espacio entendido en función del otro como representación” (2016, p. 176). Para el caso de lo observado en Rionegro, si bien el rechazo no es ni permanente ni unívoco, manifiesta una de las formas en que son vistas las personas desplazadas, ubicándoles en un escenario de marginación, que se complementa con el hecho de que realmente no se da un verdadero acceso a derechos, ante una situación que, como ya decíamos, desbordaba a la institucionalidad e implicó a las personas desplazadas y demás víctimas del conflicto ejercicios de reclamo constante frente a las gestiones que resultan insuficientes para dar alcance a sus

---

<sup>15</sup> Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales.

necesidades y generar una reparación completa, pues si bien, hay avances en este proceso, no son completos ni suficientes.

En este sentido, desde su experiencia en movimientos sociales y como concejal de Rionegro, Diego Macia manifiesta: “yo el rechazo directo no lo he visto, he visto es más la omisión que es un rechazo, pero soterrado, pero se celebra el día de las víctimas, pero solo no pasa de una celebración y de cosas, como digo, muy incipientes” (D. Macia, comunicación personal, 22 de febrero de 2023). Invisibilidad y omisión figuran como dos formas de desconocimiento del otro/a y sus derechos que operan en Rionegro, como decíamos en principio, posiblemente vinculadas con las formas de otrorización que desconocen las causas y consecuencias profundas del conflicto hacia la vida de estos/as sujetos/as. Expresiones como que dentro del grupo de desplazados/as “hay oportunistas, yo conozco mínimo tres familias que son oportunistas(.) personas que se hicieron las víctimas” (C. Osorio, comunicación, 11 de marzo de 2023) complementan este panorama presentando una visión negativa construida en relación con una parte de las personas desplazadas, que luego podría poner en tela de juicio la historia de otras que se veían también como sospechosas de mentir. Esto no significa que no sea cierto que algunas personas se hayan presentado como desplazadas sin serlo, pero a su vez tiene implicaciones que impactan más ampliamente al grupo de quiénes sí lo fueron.

Camila Castañeda, una mujer residente en el área urbana de Rionegro, plantea relaciones con la idiosincrasia de los/as rionegros/as y estas situaciones de exclusión, ubicando su análisis a partir del tradicionalismo:

Yo veo a las personas de Rionegro a veces y me siento como en un municipio todavía muy tradicionalista, o sea con unas costumbres muy arraigadas y con mucha dificultad para cambiar y para vivir la diferencia de una manera más amplia. Yo creo que, a pesar de que

Rionegro ha sido tan receptor de tantas personas no ha estado preparado como, políticamente si se puede decir, o los gobernantes yo no sé, no he visto como un impulso que nos ayude como a ser más inclusivos (C. Castañeda C, comunicación personal, 11 de marzo de 2023)

Estas lecturas permiten también introducir comprensiones sobre el territorio y sobre sus gentes que entran en diálogo con los “otros extraños” y también se miran hacia adentro planteando una interrelación con respecto a la copresencia y cómo esta se vivencia y se gestiona.

Lo dicho contrasta con formas de interacción y de recuerdo que implican el despliegue de solidaridades y reconocimiento de los actos violentos por los que pasaron. Son visibles las anécdotas de habitantes que registran casos cercanos en torno a realidades de conocidos/as que padecieron asesinatos, despojos y desplazamientos, así como los apoyos que en su momento se generaron ante esta situación. Por ejemplo, Camila Castañeda, recuerda que siendo adolescente llegó a su casa una familiar, tras el asesinato de su padre por parte de un grupo armado:

Una primita llegó a la casa con las cositas en un costal, con una notica de la mamá, como que no pretendía mandarla para la casa, a la niña, pero que en vista de que los habían sacado de allá, le había tocado literalmente repartir a los niños en las casas como que ella veía, digamos que los podían proteger mientras tanto. (C. Castañeda, comunicación personal, 11 de marzo de 2023)

Otras historias de un señor que antes era un comerciante reconocido en su municipio y ahora vendía tamales en las calles de Rionegro para subsistir, de un vecino que huyó de Nariño ante el asesinato de sus amigos y amenazas contra su vida, de la señora que vende empanadas en la vereda pero que antes vivía en San Carlos, múltiples historias que aparecen en el discurso de

los/as interlocutores/as sobre al menos alguien conocido, amigo, cercano que pasó por experiencias de desplazamiento, manifestaciones todas de lo desproporcionado de la situación, pero también de lo cercano y cotidiano que puede llegar a ser en este contexto. Del mismo modo, muestran a Rionegro como un lugar de destino que era percibido como seguro, un lugar donde se podría estar a salvo.

Ahora bien, cuando se indaga por los imaginarios y conocimientos sobre barrios y veredas en los que residen las personas desplazadas en el Municipio y donde se les veía mayormente en el momento de su llegada, surgen asociaciones con lugares como la Pastoral Social, coliseos, la autopista, la plaza de mercado y con calificativos como zonas periféricas, subnormales e inseguras: “si podemos darnos cuenta y vemos algo en común, decimos que son partes como periféricas y que entonces también están asociadas, lógicamente, al día de hoy con problemas de violencia” (W. Mesa, comunicación personal, 11 de marzo de 2023) o “en Galicia, hay un pedacito que es rincón santo, que una que otra familia desplazada estuvo allí y fue donde empezaron a formarse también esos asentamientos subnormales” (C. Osorio, comunicación personal, 11 de marzo de 2023), son expresiones de esos imaginarios, que resaltan lugares como Alto Bonito, Los Tanques, Las Playas, El Alto del Medio, el sector Los Peñoles, Cuatro Esquinas y les vinculan con problemáticas de inseguridad, violencia o problemas de saneamiento básico. No aparecen alusiones a lugares como el barrio El porvenir o San Antonio de Pereira, donde pese a que residen muchas personas desplazadas, no se les asocia con su presencia, de ahí que resulta interesante indagar en el desarrollo de esta investigación por las diferencias en la construcción del territorio entre las personas que arribaron con algunos capitales económicos y quienes no los tenían.

Finalmente, ante la pregunta por lo que significa ser Rionegrero/a o quiénes pueden llamarse de este modo, los/as interlocutores/as que se autodenominaron como nativos mostraron

un giro en su discurso al plantear que no sólo se trata de haber nacido allí, sino que está asociado con otros aspectos como el tiempo de residencia que, en todos los casos, es variable desde sus perspectivas, oscilando entre 10 y 3 años. El tiempo entonces, como noción creada por los humanos (Castro, 2002) no da cuenta de algo uniforme u homogéneo, sino que puede tener representaciones múltiples según las sociedades, lo que deviene en una interpretación de este y construcción de temporalidades que se negocian entre los grupos (Beriain, 1997). En este sentido, si bien el tiempo es una medida en relación con el territorio, no representa por sí solo un vínculo, sino que requiere de otros elementos, que en las perspectivas de los/as interlocutores/as son el sentirse parte, participar en distintos ámbitos y cuidarlo. Pareciera entonces que hay una aceptación de los/as otros que tienen relaciones positivas con el espacio, sin embargo, esto parece operar en el ideal, pero se demarcan unos límites que siguen manifestado diferencias entre ser nativo como una relación de mayor arraigo y ser una persona que se incorpora luego.

### **Distintas trayectorias que confluyen en un mismo territorio**

Ahora nos interesa acercarnos a las trayectorias, es decir los movimientos físicos, simbólicos y emocionales, en un grupo de personas pertenecientes a ASODER. Aunque en esta investigación proponemos trabajar con quienes fueron víctimas del conflicto entre 1995 y 2005, para este caso, construimos cuatro intervalos de tiempo: entre 1980 y 1990, de 1991 a 2000, de 2001 a 2010 y de 2011 a la actualidad, con la intención de reconocer sus lugares de residencia, con quién/es vivían, sus relaciones (personas o instituciones), así como emocionalidades y sucesos vitales asociados con estos periodos de tiempo. Para ello, realizamos un taller con un grupo de 30 personas en el que, a partir de convenciones, construimos en subgrupos diversas líneas de tiempo que fueron puestas en común y ampliadas con las experiencias de los/as distintos participantes.

Con estos insumos vamos a presentar algunas generalidades y conclusiones que nos ubican en redes de relaciones con territorios, organizaciones y personas.

En el intervalo de 1980 a 1990 fueron destacadas las asociaciones con la vida familiar, la participación en ámbitos comunitarios y religiosos, que en algunos casos empezaban a transformarse, pues las expresiones del conflicto armado ya tocaban las vidas de una parte de los/as participantes de ASODER, lo cual se corresponde con la historia del territorio. Paramilitares y guerrillas, empiezan a sobresalir como otros actores en los territorios y su presencia a generar efectos, como los que describen las siguientes enunciaciones rescatadas del taller: “1980-1990 era feliz con mi vida matrimonial y personal. 1990 asesinaron a mi esposo” (Participante de ASODER, comunicación personal, 2023), “vivía con mucho miedo debido a grupos armados” (Participante de ASODER, comunicación personal, 2023) y “durante estos años perdí a varios miembros de mi familia, tuvimos que salir de nuestras tierras y empezar de cero con la familia incompleta” (Participante de ASODER, comunicación personal, 2023). En las conversaciones de este grupo, se marcó el año 1987 como el momento en que la emocionalidad positiva se transformó. Esto, asociado a las experiencias de las personas que en esta época empezaron a percibir el conflicto; otros tantos, siendo este el número mayor, todavía relacionaban este periodo con tranquilidad y seguridad.

En lo que respecta a los territorios y lugares de residencia, una parte significativa del grupo continuaba en sus Municipios de origen, esto es: San Luis, San Francisco, San Carlos, Granada, San Rafael, San Vicente, Argelia, Nariño, El Peñol y Guatapé, todos estos ubicados en el Oriente Antioqueño; Caucasia, Urumita en el departamento de Antioquia, en otras subregiones e incluso en otros departamentos como Cundinamarca, Caldas o Tolima. Otros cuantos salían de sus municipios y veredas y empezaban a ubicarse en otros territorios.

Después de esta década, los escenarios se vuelven más contrastantes y las expresiones de violencias adquieren mayor presencia. Una de las personas asistentes lo resume así: “entre 1990-1995 fueron años muy bonitos, mucha bonanza, desarrollo, mucha alegría. Entre 1995-2000 fueron años duros, mucha zozobra, tristeza, impotencia” (Participante de ASODER, comunicación personal, 2023), lo que se relaciona con el incremento de la presencia y el control de los diferentes grupos armados en conflicto en el territorio. Otra de las asistentes recoge elementos también contrastantes de las dinámicas de su territorio que se vinculaban con el desarrollo de su vereda y a nivel personal y luego se transforman en escenarios de conflicto: “Llegó la carretera a la vereda, empecé mis estudios, se pudo fundar la nueva capilla y la escuela. Llega la violencia, tomas armadas, desplazamientos, masacres” (Participante de ASODER, comunicación personal, 2023). Desde su expresión, “llegó la carretera”, y “llega la violencia”, son dos elementos que ingresan desde afuera, pero ambos tienen unos efectos en lo personal. Estos efectos pueden evidenciarse en las emocionalidades manifiestas en enunciados como “en ese entonces se sentía alegría, después tristeza y nostalgia porque al estar todos juntos era muy agradable y después tristeza por la familia dispersa” (Participante de ASODER, comunicación personal, 2023).

Si bien ya se presentaban estos conflictos, muchas personas aún no se ubicaban en Rionegro. Algunos de ellos víctimas de más de un desplazamiento, y de otros hechos violentos, en sus trayectorias primero se movilizaron desde las zonas rurales de sus municipios hasta los cascos urbanos o centros poblados, en donde percibían mayor seguridad. Eran pues unos movimientos más cortos en el tiempo y en distancias, marcados por las esperanzas de poder mantenerse en sus lugares. Estos movimientos también pudieron desembocar otros lugares antes de llegar a Rionegro, como los casos de algunas personas que primero estuvieron en Medellín e incluso en Bogotá.

En términos de la presencia de actores, con el paso del tiempo se disminuyen los comunitarios y ganan relevancia los actores armados y la institucionalidad. Los/as asistentes definen este periodo como uno de muchos silencios y pocas ayudas, principalmente en lo referido al estado, que no estaba preparado para enfrentar una crisis humanitaria como la que se vivió. Reconocen ayudas y solidaridades propias de otros/as miembros de las comunidades.

Para el siguiente intervalo de tiempo (2001 a 2010) todos/as estaban radicados/as en Rionegro por el desplazamiento forzado. Barrios como El Porvenir, Las Playas, El Alto del Medio, Juan Antonio Murillo, Alto Bonito, Quebrada Arriba, Cuatro Esquinas, Santa Ana, El Alto de Mosca y algunas veredas como Las Cuchillas de San José, Abreito, La Playa, Cimarronas y Ojo de Agua, son algunos de los lugares donde se ubican. El 2002 es el año en que más miembros de la organización llegan al Municipio y aparece como lugar de residencia de algunas personas el inquilinato o una habitación en alquiler o préstamo, que se asocia con situaciones de hacinamiento, pérdida de las privacidades y de la propiedad. En el grupo destacan las ausencias o presencias de la familia como detonantes de dolor o de motivaciones, según sea el caso. Avanzada esta década algunos reconocen en las posibilidades de estudiar, ellos/as o sus familias/as, conseguir empleo, capacitación o una vivienda como factores de felicidad, también reconocen la participación en proyectos y la vinculación en ASODER como sucesos importantes.

Existe sin embargo la percepción de estar “estancados/as” con respecto al reconocimiento de sus derechos, principalmente quienes a la fecha no han logrado conseguir una casa propia, recibir las indemnizaciones que reclaman del estado, o mejorar su situación económica o emocional. Esto se repite en los intervalos de 2001 a 2010 y de 2011 en adelante. En este último periodo se expanden las relaciones, siendo posibles las participaciones en grupos de mujeres, de adultos mayores, evidenciando un ejercicio como ciudadanos/as y no sólo referido a su

reconocimiento como víctimas del conflicto, lo que también manifiesta la construcción de otros vínculos con el territorio que habitan.

Hasta ahora, este acercamiento al territorio y al contexto propone líneas de análisis, así como nuevas relaciones temáticas e interrogantes conceptuales que pretendemos profundizar en los siguientes capítulos. Como mencionábamos en la introducción, nos interesa partir de las experiencias de los/as sujetos con que dialogamos en esta investigación y dar cabida a un discusión y análisis más profundo sobre la identidad en estas dinámicas contextuales, espaciales, temporales y relacionales.

## **Capítulo2. Los emplazamientos de la identidad campesina**

“Uno nunca olvida sus raíces”<sup>16</sup>

### **A modo de introducción**

En el capítulo anterior planteamos vínculos entre las violencias armadas y otras formas de violencias con las configuraciones de las identidades campesinas de personas que han sufrido desplazamientos forzados, así como con las diversas maneras de entender y construir los territorios. Sin embargo, más que profundizar en estas configuraciones, nos proponíamos ubicar el fenómeno en contexto, es decir, en el tiempo y las complejidades de las relaciones con los/as otros/as. Este análisis nos permitió plantear que las/os interlocutoras/es han experimentado diversas violencias en tanto hay expresiones estructurales que trascienden lo evidente del conflicto armado e intervienen en los diferentes ámbitos de la vida, así mismo que el desplazamiento es una

---

<sup>16</sup> Participación en taller, febrero 2024

experiencia situada en el sentido que son disímiles las formas en que se experimenta, como diferenciales sus impactos.

Identificamos igualmente que todo lo anterior está atravesado por procesos de apropiación de los espacios en los que interactúan agentes con visiones dispares e incluso contradictorias. A estos espacios ingresan quienes han sufrido desplazamientos forzados y se relacionan con los/as que ya los habitaban, construyendo formas de dimensionar y vivenciar el territorio que son también diversas, en ocasiones contrapuestas y enmarcadas en procesos de desigualdad social. Son entonces relevantes las percepciones no solo del territorio, sino de los/as otros/as desplazados/as y víctimas que se crean en estas dinámicas, en tanto a partir de ellas se producen relacionamientos, alianzas, conflictos y estrategias que tendrán todo que ver con los procesos configurativos de las identidades. De lo que se desprende que, en este capítulo, pretendamos abarcar elementos que nos permitan comprender las dinámicas de configuración de las identidades en lógicas de diálogo entre espacios y tiempos diversos, centrándonos en las experiencias de quienes atraviesan los desplazamientos forzados y las demás formas de violencias que se le asocian.

### **Configuraciones identitarias**

Abordar etnográficamente las configuraciones identitarias resulta un ejercicio complejo, es decir, no se trata de dar cuenta de los desarrollos teóricos sobre el tema y tampoco es el resultado de plasmar los testimonios o prácticas que se infiere están relacionadas con el proceso configurativo. Más bien es un ejercicio en el que teoría y datos etnográficos se relacionan dando pie a nuevas preguntas, caminos de análisis y discusiones que se ubican en un contexto. De aquí que esta investigación, que partió desde una perspectiva de análisis un tanto romántica, en la que la observación de expresiones culturales asociadas a las ruralidades y lo campesino, que se repetían

en los nuevos espacios de vida invitaba a pensar en “identidades campesinas”, haya terminado dirigiéndose hacia un complejo entramado de relaciones, prácticas y emosignificaciones (Vergara, 2019).

Lo enunciado no significa que se desconozcan las prácticas culturales, más bien que no pueden pensarse sin tomar en cuenta elementos como los que menciona Héctor Mora en sus discusiones sobre el método etnográfico, según quien “El método es estratégico, y debe ser entendido en una triada en la cual dialogan tradición disciplinaria y formativa, el investigador como ser social o persona y el contexto social de investigación; he aquí su impronta creativa y artesanal” (Mora N, 2010, p. 14). Así al ser esta una investigación etnográfica, atraviesa mi experiencia y descoloca las ideas de sentido que traía en mi estructura de pensamiento y me invita a pensar en otras perspectivas e interrogantes como los que emergen de personas con quienes dialogo sobre esta tesis, entre ellas mis lectores, interlocutores/as, así como de mis propias dudas, al detenerme en aspectos teóricos y en el ejercicio de campo, y que se pueden condensar en preguntas como: ¿por qué investigar las identidades? ¿será mejor pensar lo subjetivo? ¿qué hay de la experiencia? ¿será que las personas buscan o defienden sus identidades o, simplemente, se ubican en formas de identificarse? y ¿si mejor hablamos de las memorias? Interrogantes que, por cierto, dan cuenta de posibilidades diversas de comprender este fenómeno.

Ahora bien, se me presentan como posibilidades cuestionar la pertinencia de partir del concepto identidad o seguir intentando entenderlo a la par que investigo. En efecto, me decanto por lo segundo, partiendo de una pista que da pie para continuar. Esta es que estaremos pensando las configuraciones, lo que manifiesta una visión procesual en la que entran en relación tanto las subjetividades de las personas con quienes dialogo, como aspectos externos, entre ellos, lo que se ha denominado políticas identitarias, que por cierto generan controversia en la medida en que, al

tiempo que buscan reivindicaciones para algunos grupos poblacionales, construyen entendimientos estandarizados acerca de estos grupos, que no dan alcance a las diversidades, como puede suceder con políticas de género que no reconocen distintas formas de ser mujer. En este sentido, Crenshaw (1991) nos llamaría la atención sobre la interseccionalidad de las identidades, lo que implica que no puedan pensarse de forma aislada, tomando en cuenta aspectos como el género, la clase o el hecho de ser víctimas del conflicto, sino reconociéndoles como parte constitutiva de esas configuraciones.

Dichas configuraciones remiten a pensar la relación entre los/as sujetos/as con sus circunstancias históricas, así como en las interdependencias, las posibilidades de cambio y movimiento (Elias, 1995). En este sentido, retomamos las discusiones de Schuttenberg, cuando aborda este tema y manifiesta que “[e]ntender la identidad como una configuración permite concebirla como un proceso móvil que articula elementos heterogéneos que tendrán distintos lugares en las cadenas significantes en las distintas coyunturas” (2011, p. 2-3), lo que a nuestro modo de entender tiene que ver con el hecho que pensar las configuraciones identitarias posibilita un análisis que reconoce las implicaciones del conflicto armado y las violencias en las vidas y las construcciones sociales de los/as sujetos/as, pero que se amplía a partir de la interrelación entre esas violencias y otras experiencias, como pueden ser las formas de vida en las ruralidades, el ser campesinos/as o las nuevas dinámicas que construyen a partir del desplazamiento forzado.

Si bien apelamos a tener presente las formas en que son nombrados/as o ellos/as mismos/as se reconocen, más allá de esto, nos interesa comprender la función social que dichas formas adquieren y cómo son usadas por unos/as y otros/as, siendo esos/as otros/as la institucionalidad, las organizaciones y la sociedad en general. De esta manera, pretendemos identificar las posiciones que los/as sujetos/as toman con respecto a los condicionamientos que se les impone, lo que en los

planteamientos de Hall (2003) constituye una de las características de las identidades. En este sentido, la identidad responde a discursos y prácticas en las que los sujetos/as asumen posición, de ahí que no se parta de una identidad definida, sino de identidades plurales en las que intervienen múltiples procesos de subjetivación.

Así, las identidades no serían singulares sino construcciones que resultan de discursos y prácticas cruzadas y antagónicas que no responden a una esencia, sino a procesos de elaboración activos. En este orden de ideas, se configuran de maneras complejas por medio de diversas categorías que localizan a los/as sujetos/as socialmente en posiciones marginales y de subordinación; pero al tiempo estas localizaciones son subjetivadas asumiendo lugares y formas de relacionamiento diversas. Con respecto a este tema, Hall manifiesta:

Uso «identidad» para referirme al punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan «interpelarnos», hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de «decirse». De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas (Hall S. , 2003, p. 20).

Es precisamente de este modo que planteamos retomar el concepto de identidades y que estaremos poniendo en diálogo con los hallazgos de campo. Entender las identidades en plural y no en singular, del mismo modo que expusimos con las violencias, iluminan la cuestión. De manera explícita, el antropólogo ecuatoriano Patricio Guerrero, enfatiza este aspecto en su texto *La cultura. Estrategias conceptuales para entender la identidad, la alteridad, la diversidad y la diferencia* (2002). En él manifiesta que “La identidad es itinerante, fluctuante, multidimensional, tiene distintos niveles, rasgos y formas. Por eso no se puede hablar de identidad sino de

identidades, puesto que estas son múltiples, fragmentadas y diferenciadas” (2002, p. 106). Esto se conecta con la idea de no buscar esencias y de ubicar las configuraciones identitarias en sus contextos de producción.

El nombrado autor toca otro tema fundamental para la investigación en relación con la cuestión del poder. Guerreiro afirma que “todo proceso de construcción de la identidad es un territorio en donde se expresan luchas sociales, luchas de sentido en las que inevitablemente se hace presente la cuestión del poder” (Guerrero A., 2002, p. 119). Este aspecto es relevante para el estudio de las identidades del grupo de personas desplazadas, dadas la existencia de construcciones basadas en nociones negativas y el involucramiento de actores con poderes diversos que ejercen influencia sobre sus vidas.

Para ahondar en el tema, vamos a enfatizar en dos categorías identitarias, la de ser víctimas del conflicto armado o desplazados/as y la de ser campesino/a, que procuraremos desarrollar en los siguientes apartados dialogando con las narraciones de las personas entrevistadas, las teorías y otras experiencias de campo, buscando evidenciar la dinámica subjetiva de las/os interlocutoras/es, no como representantes de una determinada identidad, sino desde sus singularidades, a su vez como adscritos al colectivo y participes de un tiempo y espacio, es decir, remite la importancia de la configuración

### **Los posicionamientos ante nombramientos como víctimas y desplazados/as**

Entendemos las denominaciones de víctima y desplazado/a como categorías producidas en contextos de violencias a partir de hechos que subyacen las formas del nombrar. Estas categorías pueden cumplir funciones de agrupar, dar existencia, reconocer o desconocer y son resultado de discursos y políticas oficiales que anclan y tienen el poder de construir auto y

heterorreconocimientos, que desde diferentes teorías de las identidades constituyen elementos fundamentales para su configuración (Cuche, 2002). A su vez, brindan cierta estabilidad en el orden social, dando lugar, por una parte, a dinámicas de exclusión/ inclusión, pero por otra a reconocimientos políticos e incluso económicos. A partir de esto nos interesa entender las formas que tienen los/as sujetos/as de posicionarse y de actuar en consecuencia con ello, pensando también qué relaciones guardan con las identidades.

Así, y retomando lo dicho en el capítulo anterior en torno a la otrorización, propuesta por Castillejo en su libro *Poética de lo Otro. Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia* (2016), entendida como la construcción de un/a “otro/a radical” en el sentido de la segregación y de las cargas simbólicas y semánticas negativas alrededor de las personas desplazadas por el conflicto, la ampliación del diálogo con mis interlocutores/as me ha permitido reconocer cómo esto fue experimentado por ellos/as, pero a su vez cómo han interactuado con esas construcciones según los momentos y contextos en que se desenvuelven, lo que da cuenta de posicionamientos (Hall S. , 2003) y del uso de tácticas, que en el sentido otorgado por De Certeau (2000) manifiestan formas del hacer en el cotidiano que se resisten ante las imposiciones del poder; son formas creativas, que si bien no cambian las estructuras, interactúan con ellas desde otros puntos.

Partimos así por reconocer que el temor a la repetición, el desconocimiento o la falta de reconocimiento de sus derechos, así como la vergüenza y el miedo ante las formas de ser visto por los otros/as en relación con el hecho de ser desplazados/as y víctimas del conflicto, llevó a muchas personas a mantener en silencio lo que les sucedió durante largos periodos de tiempo. Ya otros autores (da Silva Catela, 2004; Castillejo, 2000; Meneses J & Agudelo L, 2018) se han referido a

los silencios en situaciones relacionadas con las violencias que operan de diversas formas, pero que tienen unos profundos significados que es importante reconocer y recuperar.

Para dar cuenta de lo dicho, recuperamos el testimonio de Jacinto, un hombre adulto, desplazado del área rural de Sonsón, quien refiriéndose a su llegada al empleo que conserva desde hace 18 años nos contó: “yo al principio cuando entré yo allá no dije, me daba como pena, ya a los días me preguntaron y dije- sí, yo fui desplazado, -por qué- por esto y esto y ya” (J, Hernández, entrevista, agosto 14 de 2023); aquí se puede encontrar una referencia a la pena o vergüenza que hizo que sólo contara su situación cuando le preguntaron. Así mismo, una de las mujeres con las que dialogamos, cuenta que cuando llegó al municipio de Rionegro prefirió decirle, incluso a sus familiares, que su esposo la había abandonado, porque estos podían temer por su seguridad y no recibirla; así mismo ella sentía miedo de encontrarse nuevamente con quienes le hicieron daño pues percibía su presencia por todas partes, aun en quienes la ayudaban, pero también estuvo callada porque creía que las demás personas podían juzgarla o tratarla mal, ya que lo había observado a través de la experiencia de otras personas.

Estos silencios no fueron iguales para todos/as, pues algunos buscaron ayuda desde los primeros momentos y otros solo los rompieron con el paso del tiempo, en principio con personas que también habían pasado por situaciones similares, hasta llegar al momento en que decidieron contar lo sucedido ante el Estado e incluso involucrarse en otros espacios comunes. Sin embargo, esto no significa que el silencio se haya roto completamente, pues como muestra el ejemplo de Juanita, una mujer que sufrió desplazamiento desde el departamento de Nariño, aún en muchos contextos prefiere callar.

Yo le digo una cosa mi amor, yo a casi nadie le cuento, yo mantengo mi boca callada, me puse a estudiar. Yo no me siento, no es que digamos, es que a un desplazado lo tratan como

popó, como lo peor, como, yo no sé, es muy maltrato, muy duro, muy pesado. (J. Martínez, entrevista, septiembre 14 de 2023)

Como lo expresa Juanita, otras personas manifestaron que, ante los acercamientos con la institucionalidad, con funcionarios encargados de atenderles, incluso con algunos políticos en particular, recibieron malos tratos desde los momentos de su llegada y posteriormente se mantuvieron. Un ejemplo es lo narrado por una interlocutora, cuando cuenta que al acercarse a la Personería a declarar los hechos que le ocurrieron y teniendo presente que nombró que sabía que sus victimarios estaban en el Municipio de El Santuario, recibió como respuesta del personero de la época que por qué no se acercaba entonces a la Fiscalía de ese municipio a denunciar; ella le respondió: “si no tuviera miedo no estaría aquí”. Y es que decirle eso, en cierta medida, es desconocer la intensidad de los sucesos que vivió y sus emociones. A ella misma, una psicóloga a la que visitó en los momentos en los que se sentía más mal, cuando estaba hablando y aparecieron las lágrimas, le dijo que no debería llorar, ni estar triste por algo que ya había pasado.

Aunque nuestra interlocutora puede cuestionar y reflexionar sobre las actitudes de estas dos personas frente a su dolor, cuando en otros momentos en los que está hablando conmigo se le asoman las lágrimas no se permite llorar. Ella, como otras/os considera que llorar la hace ver débil y vulnerable y esto no le gusta, lo que nos da pista de una emosignificación configurativa de sus relaciones y expresiones. En relación con este tema, ya Abilio Vergara había manifestado en sus análisis sobre las emosignificaciones que se trata de la “intensificación del significado del signo que produce la intrusión de una emoción” (2019, p. 24), lo que nos lleva a comprender la negación de las expresiones de dolor, que surge a partir de negaciones externas sobre la validez de estas emociones y pasan a cargarse con sentidos como el de ser fuertes o mostrar valor y valentía, que pareciera ser contrario al percibirse como víctima, producto de formas de censura de los sentires

que podrían pretender acallar los dolores y con esto terminan por desconocer las experiencias y trayectorias de estas personas.

Pero la anterior no es la única forma de expresión; el caso contrario se hace evidente con otras personas cuyo llanto se desborda cuando intentan recordar o hablar de lo que ha significado “ser víctimas”. Las conversaciones con Juanita exponen un poco sobre esta otra forma de emosignificar que podrían manifestar una carga de emotividad expresada en un llanto que aflora ante los primeros recuerdos y se mantiene presente durante toda la conversación. Es un llanto que puede mostrar tristeza, pero también agradecimiento, puesto que en varias oportunidades aparecía cuando iba a expresar que alguien le ayudó después de su llegada a Rionegro o que algo bueno le sucedió. Con respecto a la tristeza, la siguiente narración de Juanita nos da un ejemplo:

Pero Dios mío bendito, esto es muy duro, (llanto) esto es como si le arrancaran el corazón a uno, uno dejar los hijos por allá, es como si le metieran la mano y le arrancaran el corazón a uno, ay yo no, quiero no acordarme de eso porque todavía me lastima madre, todavía me lastima (J. Martínez, entrevista, septiembre 14 de 2023).

La emotividad aparece ante aquello que ella significa como lo “duro”, que en este caso tiene que ver con situaciones difíciles de transitar y que cuestan todavía ahora cuando sus hijos ya han crecido y podría suponerse que esta situación ya cesó; pero ella misma diría “todavía me acuerdo y me duele, no debería de dolerme porque ya es una familia grande que tiene hijos y todo, pero eso está como por acá adentro ¿no?” (J. Martínez, entrevista, septiembre 14 de 2023), es decir, el paso del tiempo no elimina la intensidad de la emosignificación, lo que también evidencia que las formas en que se vive el tiempo son diversas y que incluso puede ralentizarse cuando un suceso traumático opera.

Por otra parte, una referencia sobre el agradecimiento la encontramos en “Lo que era los Osorio que ellos tenían carpintería, ellos fueron demasiado hermosos (llanto), me guardaban la leña a mí y me compraban empanadas, y ellos no decían que, por la leña, ellos me las pagaban” (J. Martínez, entrevista, septiembre 06 de 2023). Esto que expresa Juanita aparece en muchos momentos, pues ella considera: “las personas de la calle son mi familia”, porque fue vendiendo empanadas y trabajando en la calle como logró sostenerse a sí misma y a su hijo. Pero no puede olvidarse que, para lograrlo, Juanita recurrió a no presentarse en ningún lugar como una mujer desplazada, sino como una madre sola. No podríamos asegurar que si ella hubiera contado sobre su desplazamiento la relación con los/as otros/as habría sido distinta, lo que sí es posible observar es que en su percepción esta era la realidad y fue desde este lugar que construyó sus relacionamientos. Pero más adelante veremos que esto ha sido así parcialmente, puesto que también se ha integrado a espacios donde el juntarse se da a partir de historias comunes en relación con el conflicto armado.

Volviendo sobre las formas en que se sienten mirados/as, para Carmenza, otra de nuestras interlocutoras, el lugar de víctima es “maluco”, es como “ser un bicho” (C, Ramírez, entrevista, entrevista, octubre 05 de 2023). Así, el sentirse percibido como bicho representa una imagen de algo desagradable y en muchos sentidos desechado. Sin embargo, si pensamos los bichos en relación con la función que cumplen en los ecosistemas, son sumamente importantes para mantener los equilibrios ambientales, aunque para muchos no sean bien entendidos. No significa esto que la sociedad necesite producir víctimas para que haya un equilibrio, más bien queremos pensar en formas de entendimiento que pueden ayudar a construir otros imaginarios tanto para las mismas personas como al exterior del grupo, otras formas de posicionarse en una sociedad que es

altamente excluyente, de aquí que plantear ejercicios de resignificación de lo bicho pueda ser un horizonte para explorar.

Nos preguntábamos si habría espacios en los que no aparecieran estos sentires y encontramos que algunos de los proyectos e iniciativas de las épocas en que llevaban poco tiempo de llegados/as a Rionegro, permitieron que se dieran conversaciones horizontales a partir de las cuales transitar los afectos y generar vínculos. Juanita nos cuenta:

A las señoras que sí eran desplazaditas, a esas sí le decía. Nos sentábamos, ellas me contaban a mí y al mismo tiempo yo les contaba a ellas también; a mí me pasó esto y esto, pero yo decía- Dios mío bendito, a ellas les quitaron los hijos, yo todavía tengo mis hijos que es mucho, eso es mucho. (J. Martínez, entrevista, septiembre 14 de 2023)

Estas conversaciones facilitaron encontrar historias y necesidades comunes, también otras ciertamente diferenciadas en relación con las intensidades de los hechos o las estrategias de cada uno/a para sobrellevar estas situaciones, pero al fin de cuentas tejieron procesos que configuran el somos, es decir, formas de reconocerse en vínculo con sus historias comunes. También Flor se remonta al recuerdo de los primeros años de su llegada, cuando a raíz de los encuentros y capacitaciones propuestas por organizaciones como la Pastoral Social, Conciudadanía, La Universidad Católica de Oriente o El Sena, empezaron a problematizar que aunque habían recibido muchas capacitaciones, necesitaban concretar proyectos que les permitieran restablecer sus vidas.

Fue de esta forma que en el 2005 lograron conformar ASODER, como ya nos lo había contado también Martha Castaño, quien fuera su presidenta por más de 15 años. Es que la posibilidad de encontrarse y hablar con otros/as que tienen experiencias de vida similares favorece

la producción de solidaridades e identificaciones, entendiendo estas últimas como las formas en las que se construyen y expresan las identidades, manifiestas en los posicionamientos (Restrepo, 2014).

Estos posicionamientos referencian diversidades en el pensamiento y las acciones, es decir que las identidades no solo manifiestan similitud sino también diferenciación (Hall S., 2003), lo cual aplica tanto para externos, como al interior de los grupos. De este modo, aunque las personas con las que dialogamos pertenecen a ASODER y se siguen encontrando mes a mes, las formas de verse a sí mismos/as no son unificadas. Carmenza, por ejemplo, considera que hay personas que se han quedado en el reconocimiento como víctimas y esto hace que no trasciendan las quejas. Ve a algunas/os incluso imposibilitando el avance de los procesos por los conflictos que se producen en la relación con otras víctimas. Ella y otras interlocutoras hablan de victimizaciones producidas por las mismas víctimas, al presentarse rechazos, juzgamientos y competencias por ocupar ciertos lugares de representación. Por esto y porque no le gusta que sientan pesar de ella, no quiere ni sentirse, ni ser víctima, pero no reconoce otra forma para ser nombrada, pues lo que le ha sucedido continúa teniendo vigencia y relevancia. Nombramientos como el de sobreviviente que toman fuerza en algunos sectores no le representan, puesto que la remiten a la idea de estar viviendo para sobrevivir.

Aunque Carmenza desconoce el calificativo de víctima, asume posicionamientos activos en defensa de los derechos de otras personas, así como reconoce la importancia de las memorias. Es movilizada por emociones como la impotencia ante lo injusto y la esperanza de que no existan más niños/as a la deriva, como le sucedió a ella después de perder a una parte importante de sus familiares en medio del conflicto cuando aún era muy joven. Una esperanza que se traduce en cuidado de otros/as pues desea que “otros no vivan lo mismo o que si hay niños que viven eso

reciban ayuda” (C, Ramírez, entrevista, octubre 05 de 2023). Esta experiencia nos permite enfatizar en lo planteado en principio; esto es que, aunque las formas del nombrar son importantes debido a que constituyen actos políticos (Reguillo Cruz, 2021), pretendemos reconocer las diversas formas de actuar ante esas categorías, lo que nos ha llevado a conexiones con emoseñificaciones que generan similitudes y diferenciaciones de los/as otros/as.

Dicho esto, si retornamos a la experiencia de Jacinto, que ya habíamos dicho líneas atrás que en principio sentía vergüenza cuando le preguntaban si era víctima o desplazado, podemos reconocer que luego dice:

Pero uno se va acostumbrando, al principio siempre se incomoda uno porque ya uno como que se siente apenado que de pronto piensen que fue un cliente sucio<sup>17</sup>. Pero ya uno se acostumbra. Digamos arriba en la empresa hay veces que hacen reuniones o va gente de la alcaldía o así y entonces los nombran por nombres a cada uno, la jefe dice- bueno, fulano de tal es desplazado de Sonsón- y bueno así hacen actividades cada rato y uno ya se acostumbra. (J, Hernández, entrevista, agosto 14 de 2023)

La vergüenza se reemplaza por la costumbre, lo que representa un descenso en la carga negativa y una forma de verlo como “algo que es así”, un aspecto del ser que se resalta en las conversaciones con la institucionalidad. En muchos contextos empresariales o institucionales, de hecho, tiende a mostrarse como ejemplo de políticas de inclusión y, en consecuencia, quien es presentado de esta forma parece estar en la obligación de reconocerse en esta categoría. Pero al preguntarle a Jacinto si no fuera de esta forma, cómo le gustaría que lo presentaran dice, “sería

---

<sup>17</sup> La expresión “cliente sucio” tiene la connotación de una persona que ha hecho algo malo, en este contexto sobre todo expresa alguien que también ha tenido participación activa en el conflicto, por la indiferenciación ya nombrada entre víctimas y victimarios que se ha vivido en el contexto colombiano.

normal o yo no sé, sí, normal” (J, Hernández, entrevista, agosto 14 de 2023), es decir, desprovisto de esta carga.

Ahora bien, en términos de un posicionamiento, Flor, Carmenza y Jacinto manifiestan que, si bien no quieren ser nombradas/o como víctimas, sus trayectorias de vida y sus derechos sí deben reconocerse.

Eso uno siempre va a ser víctima, pero que no lo llamen a uno de continuo víctima, que lo llamen a uno por el nombre, porque eso de todas maneras no le va a uno a reponer el que le digan a uno que es víctima o no es víctima, no le van a reponer a uno en nada; lo único es que al menos lo respeten a uno y de pronto paguen algo de lo que hicieron, porque nunca van a reparar con dinero: con dinero no le van a reparar a uno nada de todo lo que uno vivió, del horror que vivieron todas las víctimas. Entonces yo pienso que al fin eso se acaba, que lo llamen a uno víctima, que lo llamen a uno por el nombre. (F, Castaño, comunicación personal, octubre 10 de 2023).

Todo lo hasta ahora dicho, nos habla de unas categorías sociales, las de víctimas y desplazados, que parecieran tener un peso similar al representar formas de discursos externos que dan nombres a sus experiencias. Estas formas del nombrar, sin embargo, no representan completamente la dimensión de sus pensamientos y sentimientos, pero a su vez sí han generado vínculos grupales que descansan en diversas formas de percibirse, así como varios intereses, entre los que sobresalen las acciones colectivas de reclamación de derechos y el encontrarse entre semejantes. En estas dinámicas de reconocimiento de derechos se juegan también procesos de búsquedas de resignificación de sus lugares en la historia que parecen decir “no somos malas personas” o como diría Jacinto, “no somos clientes sucios”. ¿Puede hablarse entonces de identidades ante tal diversidad?, ¿se tratará más bien de identificaciones?

Si bien, al discutir sobre identidades podría entenderse que buscamos un yo unificado o unas formas únicas de entender la dimensión colectiva, lo planteado por Hall (2003) y retomado por Restrepo (2014), nos permite comprender que no se trata de expresiones que necesariamente guarden coherencia y que es posible que se experimenten diversas identificaciones. Respecto a esto, indiscutiblemente ASODER se constituye a partir de historias comunes de dolor y desarraigo, pero luego las formas en que individualmente esto se transita produce diferenciaciones y otras visiones. Al respecto de esto Agier diría que “la cuestión identitaria se convierte en un problema de ajuste, a la vez social, en su definición, e individual en su experiencia. Es la relación consigo mismo y al mismo tiempo con la cultura la que se vuelve problemática” (2000, p. 8). Esto que dice Agier, frente a lo problemático de conjugar las definiciones individuales y las sociales toma relevancia en esta discusión, puesto que en lo identificado se manifiestan juegos entre los reconocimientos y los desconocimientos tanto internos como externos que resaltan unas cualidades y formas de entendimiento frente a otras.

Este recorrido nos lleva a reflexionar que no es posible definir las identidades del grupo con el que trabajamos solamente apelando al hecho de que se reconocen o no como víctimas o desplazados/as, pues no se puede homogeneizar la experiencia de la mujer que se presentó como madre cabeza de hogar y divorciada, la de quién llegó viuda con muchos hijos y tuvo que empezar de cero, la del hombre que cambió sus dinámicas de trabajo autónomo en el campo para pasar a trabajar en una empresa, la de otra mujer que llegó al municipio sin dinero y a raíz de esto se vio expuesta a dinámicas de prostitución, en principio engañada y luego como única salida encontrada, la de los niños y niñas que crecieron entre las historias de las pérdidas, de los dolores, muchas veces en condiciones de precariedad, pero que sus vínculos se desarrollan en los nuevos lugares y territorios que habitan; los y las jóvenes que fueron a la universidad, las de personas que

envejecieron en Rionegro esperando reparaciones o retornos que muchas veces no alcanzaron, otros/as que por el contrario ya no conciben una vida en los lugares de donde provenían ellos/as mismos o sus familiares; quienes aún viven en barrios que se consideran de invasión y no logran formalizar la tenencia de los lugares que habitan, como quienes viven en espacios que consideran dignos y seguros. Todo esto, y mucho más, representa la diversidad y es lo que tal vez no se entiende cuando se engloba a las víctimas bajo unas premisas socialmente construidas que simplemente estandarizan. Las formas de configuración de esas identidades, son entonces rutas que dialogan con todos estos elementos internos y externos y lejos de presentar una única forma de entendimiento, buscan trazar trayectorias y vínculos con las circunstancias y las formas de subjetivación.

Lo anterior permite resaltar que las identidades, en lo cotidiano, se construyen regularmente en el ejercicio de la confrontación entre lo que es representado (regularmente las instituciones, o los otros cuyo estatus está asociado al poder), con respecto a las adscripciones propias, es decir, aunque exista una imposición de sentido, en el proceso de configuración identitaria, sobresale la distinguibilidad, a modo de tomar distancia, desmarcarse, aspecto que se expresa mediante contenidos simbólicos, emoseñificaciones y formas de actuar.

Vamos entonces a continuar hilando estas historias, pero fundamentándonos en un aspecto, que, a nuestro modo de ver, guarda una estrecha relación con el grupo de ASODER desde sus dinámicas de conformación y aún hoy se reconoce en muchos/as de quienes acuden a la organización. Esto es que, como lo discutíamos en el capítulo anterior, la mayoría de ellos/as provienen de contextos rurales y ahora se desenvuelven en dinámicas urbanas. Nos interesa pensar cómo esto es experimentado y qué relaciones se tejen con las discusiones sobre las identidades.

### **Acercamientos a la ruralidad y las identidades campesinas**

Un planteamiento fundamental en las teorías de las identidades propuestas por Hall y revisadas por Restrepo (Hall, [1992] 2010, citado en Restrepo, 2014, p. 103), es que podemos encontrar contornos, lo que en nuestro caso denominamos persistencias, pero no son cerramientos, en el sentido de que no es algo completamente acabado, es decir, que se conecta con los cambios. Persistencias serían entonces las formas de significar el mundo y apropiarse de él, que se mantienen en el tiempo o que las personas pueden compartir. Formas que, por cierto, a la vez se van modificando, actualizando, afirmando o negando (cambios) en las lógicas de las relaciones con las/os otras/os y con los movimientos históricos y contextuales. Así pues, queremos pensar las experiencias de lo rural atravesadas por el desplazamiento forzado, con relación a los cambios y las persistencias.

Es en este punto donde adquiere relevancia poner en diálogo conceptos como lo rural y el ser campesino/a, es decir, otras formas de entenderse en relación con el desplazamiento. Así, lo rural no nos lleva a pensar en la condición de estructura social, sino que nos permite referir a los escenarios de transición donde se posicionan las personas. Es pertinente referir la definición que sobre lo rural retoma Marlon Méndez, dado que, como veremos en la cita, nos acerca a formas de entendimiento que vinculan representaciones y prácticas de los sujetos.

lo rural como representación social remitiría a una multiplicidad de imágenes, símbolos y significaciones creados y utilizados por los actores sociales para conferir sentido a las vivencias por ellos mismos asumidas rurales. (Méndez Sastoque, 2012, p. 115)

En este sentido, los estudios sobre identidad rural en Colombia nos ubican en discusiones sobre las construcciones de sujetos/as que se entretejen en procesos de conflictos y resistencias de grupos sociales que se han delineado a partir de diferencias y desigualdades en torno a los derechos

sobre la tierra, sus usos y cosmovisiones. Al respecto, Hoffmann (2016, p. 20) en su artículo *Divergencias construidas, convergencias por construir. Identidad, territorio y gobierno en la ruralidad colombiana*, presenta una distinción entre tierras, territorios y territorialidad en la que la primera hace referencia al aspecto objetivo sobre el que se centran las luchas, pasando por los territorios que implican la conjunción de sujetos y subjetividades que los significan y vivencian a través de prácticas y usos, que se refieren a las territorialidades, siendo estas los modos de apropiación de los/as sujetos/as.

Tanto Hoffmann (2016), como Osorio (2014) estudian las identidades rurales en Colombia y coinciden en planteamientos que reconocen la heterogeneidad de los/as sujetos/as rurales, así como el influjo de las políticas del estado sobre sus vidas y sus modos de relacionarse. Sin embargo, en torno a las comprensiones sobre lo rural se han gestado también divisiones en las que se distinguen principalmente a comunidades étnicas (afrocolombianas, palenqueras, raizales e indígenas) y campesinas/as. Pese a que los distintos grupos tienen historias territoriales con múltiples puntos de encuentro, se han delimitado sus diferencias, en cierta medida, con el propósito de reconocer derechos que habían sido negados, como por ejemplo en relación con la autonomía territorial y la tenencia de la tierra para las comunidades indígenas y afrodescendientes. Sin embargo, desde la lectura de Hoffmann (2016, p. 36) es pertinente resaltar que la influencia del multiculturalismo permea las soluciones propuestas por el estado en torno a la tenencia de la tierra, y con esto las visiones que pretenden objetivar las construcciones identitarias en función de la pertenencia étnica, dejan de lado las relaciones sociales que se tejen en los territorios, que sobrepasan estas visiones.

Todo lo anterior nos invita a pensar quiénes son los/as sujetos/as rurales con los que interactúa esta investigación. Encontramos que son predominantemente campesinos/as sin

reconocimiento como sujetos étnicos, lo que a su vez manifiesta unas luchas particulares en lo que se refiere a los derechos sobre la tierra y el territorio, que ha estado influida por desconocimientos de las/os campesinos/as al representar una multiplicidad de seres. Al respecto, Salgado y Prada manifiestan sobre los campesinos/as:

se comprende que manejan conjuntos diferentes de necesidades, se desempeñan en muchas actividades, ven de manera diferenciada las relaciones económicas, sociales y políticas, y reaccionan con justa razón cuando piden se les reconozca la condición de miembros de la sociedad. Se les denomina por esto sujetos “multiactivos”, quizá una de las razones que les ha permitido “durar” (Salgado & Prada, 2000)

Las adscripciones identitarias, como puede verse, tienen un trasfondo político, de ahí que el territorio sea más que un espacio para la lucha social, es decir, se torna un escenario para manifestar la negociación de la permanencia y pertenencia a un espacio social, donde lo propio y lo ajeno se encuentran en constante confrontación (Hoffmann, 2016, p. 34). Las identidades campesinas propuestas en esta investigación entran en relación con estas lógicas de reivindicaciones en las que el énfasis no está puesto solamente en resaltar las diferencias, pero sí implica un reconocimiento de los sujetos/as, sus luchas y trayectorias, de aquí que se nos haga necesario hablar de campesinos y campesinas.

Pero definir qué se entiende por campesinos/as reviste una gran dificultad e incluso ha sido un tema de muchas formas invisibilizado en Colombia. Sólo hasta 2019 el Departamento Nacional de Estadística -DANE- empezó a identificar a partir de un censo datos relacionados con poblaciones campesinas, debido a lo fallado en la sentencia STP 2028-2018 de la Corte Suprema de Justicia, que surge como respuesta a una tutela interpuesta por un amplio grupo de campesinos/as y que ordena al Estado, entre otras medidas, la identificación de la situación del

campesinado. Es a partir de esta sentencia que se crea también una comisión de expertos para construir una definición que aporte a resolver esta complejidad y posibilite el desarrollo de los procesos de caracterización.

De lo anterior surge la inclusión de dimensiones territoriales, culturales, productivas y organizativas (Rincón García, 2020, p. 67) a la definición que reconoce a los/as campesinos/as como “sujetos interculturales”, aspecto que se vincula con los procesos de mestizaje dados en el país. Diría Rincón que “En esta definición se consideran tres atributos relacionales del individuo y de las comunidades: la relación entre distintas culturas; el vínculo con la naturaleza, en el cual se encuentran la tierra y el agua con colectividades socioculturales diversas del mundo rural y urbano-regional; por último, también se reconocen las formas de trabajo familiar y comunitario, remunerado o no” (2020, p. 81). Este proceso destaca que las concepciones de territorio son diferentes según las regiones del país, de donde surge que, para un reconocimiento amplio haya que tener presentes las diferentes geografías, lo cual se asocia con referentes naturales variables y prácticas culturales que también lo son. No es posible entonces pensar sólo la tierra, habrá que tener en cuenta los ambientes acuáticos y las prácticas que de ello devienen. Estas discusiones también ponen de manifiesto que la tenencia o no de la tierra no define al campesinado y que, si bien sus prácticas asociativas han sido diversas, se puede reconocer en la historia diferentes hitos y procesos de trabajo colectivo y lucha por los derechos.

Es pertinente reconocer que las demandas de los grupos y comunidades campesinas por gozar de representatividad y reconocimiento han estado presentes en diferentes momentos de la historia del país y en las últimas décadas ha sido álgida. Los derechos de los/as campesinos/as han sido incluso opacados por procesos de reconocimiento de derechos a comunidades étnicas que como lo manifestaba Hoffmann (2016 ) se constituyeron en políticas identitarias que en cierta

medida segregaron a campesinos/as de territorios y prácticas compartidas, por ello los esfuerzos de distintos sectores para que, en la legislación y censos del país, se les reconozcan sus particularidades. La definición que se retoma de Rincón, relacionada con entender a sujetos interculturales, permite pues resaltar la red de relaciones que se tejen. No les concebimos como estáticos/as o autocontenidos/as sino participativos/as y diversos/as.

Pueden reconocerse las dinámicas entre los autonombramientos y los heteronombramientos en este proceso, lo que da pie a las discusiones sobre la configuración identitaria. Al respecto, Jairo Tocancipá muestra por una parte al concepto de campesino/a como una forma de esencialismo y control, si se lee desde una óptica posmoderna, pero de otro lado manifiesta que “no se puede desconocer tampoco que ese término ha sido empleado también por los mismos actores con el fin, justamente, de legitimar las demandas que hacen por el cumplimiento de sus necesidades sociales. Desde este punto de vista y desde una genealogía del término, este continúa siendo una expresión importante en cuanto a representación política se refiere” (2005, p. 16). Estas luchas, además de la nombrada sentencia, han mantenido el tema en el escenario político actual, consiguiendo el reconocimiento como sujetos de especial protección a través de un acto legislativo<sup>18</sup>, lo que mantiene las discusiones en torno a las identidades campesinas.

En estas lógicas identificamos que no hay un tipo de campesino/a, sino que es susceptible reconocer su existencia y complejidad en el marco de experiencias y condiciones, y no tanto en la suma de rasgos. Sobre el tema Edilma Osorio había manifestado que las identidades “reclaman ser leídas como plurales, multidimensionales y dinámicas, relaciones de pertenencia con los lugares

---

<sup>18</sup> Acto legislativo 01 de 2023 que reforma el artículo 64 de la constitución política de Colombia

que superan el hecho mismo de habitar tales lugares en el presente y que desde la evocación, se mantienen e incluso fortalecen” (2014, p. 570), discusión que se acerca a la experiencia de las personas desplazadas en el entendido que sus relaciones con el territorio y los lugares se han visto transformadas.

Este contexto nos sirve para dar paso a estas discusiones sobre las identidades campesinas. Con este objetivo, quisiéramos empezar por compartir una experiencia de campo en la que exponemos un día de trabajo de Flor María. Consideramos que esta experiencia nos permite comprender aspectos de eso que llamamos identidades, en diálogo con las espacialidades y las temporalidades, desde una óptica de lo vivido, los sentires, los pensamientos, pero también desde las prácticas. Como ya lo habíamos dicho, entender las identidades implica reconocer que se experimentan y configuran en espacios - tiempos (Portal, 2003), que no sólo se vinculan con lo palpable u observable, sino también con lo imaginado (Lefebvre, 2013).

Esta experiencia, cumple una función de ejemplo, pues otras personas de la organización, al preguntarles cómo puede una persona campesina mantener sus prácticas en la ciudad, señalaron que Flor nos podía contar sobre el tema. Ella es entonces un referente de las luchas y la constancia para mantener formas de vida que se vinculan con el ser campesina, pues se reconoce como tal y de hecho manifiesta:

Para mí ser campesina es un orgullo; me siento muy orgullosa de ser del campo; el campo es libertad, es vida, pues es todo lo que uno quisiera tener, pues yo no he deseado vivir en la ciudad, siempre he sido campesina y orgullosa de vivir en el campo. En el campo tiene todo lo que uno quiere tener, tiene toda la riqueza que uno puede anhelar en la vida; no es tener dinero: es tener todas las cosas que uno necesita, es tener el aire puro, el agua que la

recoge uno de un nacimiento, un arroyo en la misma finca donde uno vivía, pues para mí el campo es todo (F, Castaño, entrevista, 2023).

En sus palabras, nunca ha deseado vivir en la ciudad; pese a esto el conflicto armado la llevó a hacerlo. La tierra que cultiva en el Municipio de El Carmen de Viboral es un terreno que le prestó hace más de 10 años un abogado que conoció a ASODER y los proyectos agropecuarios que desarrollaron en sus comienzos, pero cuenta ella, haciendo referencia a las fincas en donde trabajaban: “nos las arrendaban dizque por 3 o 4 años y cuando apenas empezábamos a tener resultados nos quitaban las finca” (F, Castaño, entrevista, octubre de 2023). Ante la pérdida de estos proyectos, él le propuso irse a su finca a sembrar, sin cobrarle dinero. Ella recuerda que no lo pensó dos veces:

Entonces ahí mismo me fui con él pa’ la finca a mirar a ver qué tal era y de una, al otro día ya estaba arrancando maleza, domando un potrero que era lo que había, pero yo dije que yo hacía la tierra, pues (risas) es un decir, porque es que yo hago el compostaje, entonces ya sé que con eso hago una tierra, si la tierra está muy mala uno la hace con la maleza, con abono del *ganao*<sup>19</sup> que tenía ahí en la finca (F, Castaño, comunicación personal, junio de 2022).

La visita a la finca nos ayuda a entender cómo es que ella ha hecho la tierra, es decir, cómo la ha transformado, le ha dado utilidad y vida.

Aunque la experiencia que vamos a compartir está también atravesada por mis sentires, reflexiones y finalmente por un ejercicio de memoria que la organiza en unas cuantas páginas,

---

<sup>19</sup> Esta palabra hace referencia a animales de pastoreo como bovinos o caprinos

también fue compartida y validada por Flor en diálogos posteriores. Ella ya no tiene el miedo de antes de que se conozca su historia.

### *Una visita a la finca de el Carmen de Viboral - un lugar prestado*

Acordamos encontrarnos el 15 de agosto a las 7:00 a.m. en Rionegro para llegar temprano a El Carmen de Viboral<sup>20</sup> y que la mañana nos rindiera, como decimos acá. Cuando iba en el camino me llamó y me invitó a que fuera a su casa primero para que desayunáramos antes de salir porque el cielo estaba bastante gris, era posible que lloviera. Cuando llegué me recibió muy afectuosamente, como siempre lo hace. Aunque ella parece ser una persona seria o incluso parca y aunque en principio nuestra relación no fue muy cercana, con el paso del tiempo empezamos a ganar confianza la una en la otra. Por mi parte valoro profundamente a Flor; la considero noble y honesta en sus palabras y en sus actos; creo que ella también tiene un buen concepto de mí. También como es común, nos tomamos un café mientras llegaba su hermana Sara, que iba a desayunar.

Luego llegó Sara y se pusieron a organizar un viaje a su finca de Cocorná, en el que pretendían medirla nuevamente, pues hubo un error que implica cierta disminución en la extensión de su propiedad, por lo que es prioritario corregir. Tienen que coordinar muchas cosas, entre ellas conseguir un carro que las recoja y las lleve allá porque necesitan llegar temprano y en esos horarios no hay transporte disponible. Para llegar siempre es necesario pagar un vehículo particular. Sara desayuna y Flor y yo nos tomamos un café con medio pastel de pollo. Normalmente a Flor no le gusta desayunar y yo no tengo ganas de comer porque me duele el estómago. Sara me

---

<sup>20</sup> El Carmen de Viboral es un municipio cercano a Rionegro que también pertenece a la subregión del Oriente Antioqueño. Entre ambos cascos urbanos hay una distancia cercana a los 12 kilómetros y la finca que visitamos está ubicada en la zona que hay de camino entre los dos municipios.

recomienda que haga agua de arroz y tome esto todos los días para mejorar, dice que a ella le ayudó porque también estuvo muy mal y se hizo muchos tratamientos, pero este le sirvió.

Aunque el cielo estaba gris, nos fuimos a coger el bus de las 8 de la mañana. Cuando llegamos a la vereda<sup>21</sup> donde está la finca en la que tiene sus sembrados, efectivamente estaba lloviendo, pero entramos con una sombrilla desde la carretera. Es una entrada corta, de sólo unos 5 minutos hasta llegar al lugar. Allí hay algunas casas fincas y una de ellas que está en construcción es por donde se accede al terreno. Se trata de una pendiente toda llena de plantas como pronto alivio, Sidrón, menta, hierba buena, romero, sábila, caléndula, rosas, guayabos, mandarinos, limones, naranjos, aguacates, orquídeas, entre otras y, como diría ella, -todo se vende-, puesto que ella ha logrado establecer relaciones comerciales con una empresa de producción de cosméticos y una microempresa de sus familiares que produce y comercializa productos de aromaterapia, lo que conlleva a que, si bien sus ingresos no son muy altos, es esta su actividad principal para la subsistencia.

Bajamos despacio para no resbalar y llegamos hasta una marquesina (un espacio fabricado en plástico y guadua, con camas altas donde se ponen a secar alimentos y plantas) donde tiene guardados implementos de trabajo, ropa y donde estaba secando pétalos de rosa, romero, pronto alivio y hierba buena. Empezamos a remover las plantas para que se secaran uniformemente, mientras le dábamos tiempo a que la lluvia parara. Como no paró, nos pasamos a otra estructura techada donde almacena la tierra y la gallinaza y donde antes tenía el lombricultivo. Allí nos pusimos a llenar bultos con tierra para luego llevarlos al lugar donde necesitábamos sembrar unas

---

<sup>21</sup>Las veredas hacen referencia a una división político – administrativa de espacios rurales que se reconocen por medio de acuerdos o actos legislativos de orden municipal.

plantas de romero que compró. Ella me va indicando qué hacer, sabe que yo no sé mucho, pero me explica una vez y luego me permite hacerlo con tranquilidad, como en confianza.

Cuando removimos la tierra y organizamos los bultos, nos pusimos a abonar unas plantas ornamentales: primero las desherbamos, las cambiamos de lugar y les pusimos abono, que es la misma tierra que removimos y que está llena de materia orgánica. Ella quería hacer esto desde hace muchos días, pero lo había pospuesto, hoy la lluvia no solo se lo permitió, sino que la llevó a hacerlo. Mientras vamos trabajando conversamos sobre las plantas, sus nombres, para qué sirven, cuándo deben sembrarse, cómo se hace para que florezcan o den frutos y cómo algunas se pierden entre la maleza y hace que quien no las sabe reconocer las arranque, como me estaba pasando a mí con una menta que desenterré sin darme cuenta, mientras desherbaba.

En la tierra las ratas han hecho nidos. Parece que también algún armadillo habita allí. Ella quisiera ponerles veneno a las ratas, pero teme que también se envenenen los perros de la finca. Me decía que le daba mucho pesar, pero “son ellas o somos nosotros”. Las ratas le tumban las plantas, pero también le teme al daño que pueda hacer su orina. Su expresión me hace pensar en cómo funciona el mundo, en mayor o menor escala de la prevalencia de unos sobre otros. Ella misma parece reflexionarlo y me cuenta que muchas veces no quiere comer carne, le da pesar saber que para que ella se alimente, antes un animal ha sufrido, dice – “lo más doloroso, es que lo miren a uno, ellos lo miran a uno”.

Flor me llevó buñuelo<sup>22</sup> y jugo. Para poder comer tuvimos que subir de nuevo para lavarme las manos. Yo, por falta de preparación y experiencia, no llevé guantes y estaba completamente enterrada, también lo estaba mi cara y ella se reía. Debe ser extraño para ella que yo esté allá, yo

---

<sup>22</sup> El buñuelo es una fritura hecha con queso y harina, muy popular en Antioquia

le hablo de mi mamá y su relación con las plantas, tal vez como una forma de decirle que yo también tengo un vínculo con la tierra, aunque sea en parte heredado.

Cuando comimos volvimos a subir, esta vez para que ella bajara las plantas de romero y que yo recogiera rosas, porque el día siguiente se podían caer y perderse, puesto que ella no iba a trabajar. Mi tarea era entonces recogerlas para luego poner a secar los pétalos, es decir, en cierto sentido, teníamos que destruir las rosas para poder usarlas luego. Ella me contó que eso le daba mucho pesar y por eso las contempla antes y también les toma fotos. Me dice - ¿usted ve las fotos de mis estados?, parece que fueran repetidas, pero es que les tomo fotos cada vez que están así, todas florecidas-.

Después empezamos a trasplantar el romero. Ella sembró el primero y me enseñó cómo hacerlo. Para empezar, es necesario abrir un hoyo en la tierra con un palín o un azadón, el cual debe tener un diámetro que permita ubicar la planta completa y en ese momento se le quitan las bolsas en las que están sembradas las plántulas, teniendo cuidado de mantener la tierra compacta cubriendo las raíces; luego de esto se le pone abono (tierra con compuestos orgánicos) hasta cubrir el hueco y se remueve nuevamente la tierra, sobre todo de la parte posterior, para permitir que el abono ingrese a las raíces. Hicimos esto sólo con unas 10 plantas porque estaba tarde y porque le llevaron unas plántulas muy pequeñas, entonces iría a ver si se las cambiaban.

Luego, recogimos las herramientas, nos cambiamos la ropa sucia y me mostró la parte de la finca que no había visto, donde tiene aguacates, plátanos y otros árboles frutales. Yo le hice énfasis en que voy a regresar. En algún momento ella me dice que lo hice bien y que nos rindió mucho, hicimos cosas que no pensaba hacer, como abonar las plantas ornamentales: -“es que sola es diferente”-. Al final recogimos aromáticas secas y nos fuimos a su casa. Antes de salir, ella

recogió unas plantas que quiere llevarse a Cocorná, en este caso para regalarle a un familiar, pero también ha estado llevando para sembrar en su tierra porque quiere que todo se vea florecido.

En su casa comimos el sancocho que tanto me gusta, esta vez lo hizo con pollo y costilla. Lo acompañó, como suele hacerlo, con un plato de arroz, huevo frito y tajadas de plátano maduro. Después de esto salimos, ella a llevar el almuerzo a su hermano y yo a mi casa, no sin que antes me invitara a conocer la tierra de Cocorná.

### *Identidades Campesinas en Resistencia*

Como lo decíamos anteriormente, esta visita pretende guiarnos para entender algunos sentidos de la identidad campesina, unos que se tejen en la experiencia de vida de Flor, pero que queremos poner en diálogo con otras experiencias. Del mismo modo, nos va introduciendo en los vínculos con el espacio, aspecto que adquiere relevancia al tratarse de “un lugar prestado”. Aquí podemos observar elementos que se complementan con las conversaciones que sostuvimos con otras personas de ASODER; tanto en entrevistas como en talleres.

Un primer asunto tiene que ver con la agricultura y en general con el sembrar, una práctica que implica conocimientos de ciclos, es decir, en qué momento sembrar, cuándo trasplantar, abonar o recoger; de las formas en que se debe cuidar una planta según sea su tipo, pues no todas son iguales; cómo mejorar las condiciones del suelo, cómo aprovechar los abonos, cómo cuidar las plantas de las plagas, qué herramientas utilizar, cómo cosechar, en fin, se deben conocer una serie de aspectos que no sólo tienen que ver con lo cognitivo sino con el hacer, que atraviesa el cuerpo y el desarrollo de sensibilidades para entender los signos de la relación naturaleza-cultura. Resistencia y fuerza parecen ser necesarias para hacer estos trabajos. Dos cualidades comúnmente

asociadas a lo masculino, pero que en las prácticas guardan una estrecha relación con lo femenino, como formas de dar y mantener vida.

La agricultura y la siembra surgen entonces en las distintas conversaciones sobre el tema entabladas con los/as interlocutores/as, como lo que se extraña, pero también a lo que se recurre para mantener un vínculo con el ser campesino/a. Cuando hablamos de lo que se extraña aparecen por ejemplo remembranzas de los cultivos de café, de caña, de plátano o yuca, plantas que se producen en terrenos extensos o pisos térmicos diferentes a los de Rionegro; también las cosechas de pescado, que implican un relacionamiento no tanto con la tierra sino con las aguas, pero en todo caso se asociaban a la suficiencia de alimentos o a la estabilidad económica. Por otra parte, cuando nos referimos a lo que se recurre, pretendemos plantear que mantener las prácticas de siembra es un hilo conductor de muchas de las resistencias para continuar sintiéndose campesinos/as. Resistencias que, por cierto, se dan en lo cotidiano y en los lugares en que se los permitan, como nos dijo Alicia:

Ese amor que tiene uno por la tierra, esa felicidad va a donde quiera que le den la oportunidad a uno. Mire la experiencia mía aquí en Rionegro: un tiempo estuve en esta, ahorita pues otra gente quiso intervenir en ella sin decirme ‘váyase’, yo me salí, y a los dos días me resultó otra más grande y más pudiente, donde tengo mis aromáticas, donde tengo mis limones, donde saco unos zucchinis así que queda uno es asustado y ese amor sigue impregnado a donde quiera que uno vaya, siempre y cuando le den las oportunidades a uno (A, Loaiza, comunicación personal, octubre 14 de 2023).

Sucede en estos casos que, al carecer de tierras, se necesita acudir a otras estrategias para poder sembrar. Como sucedía en los primeros momentos de la organización con los proyectos que adelantaron, Flor y Alicia han luchado por tener donde hacerlo y finalmente la alternativa principal

ha sido en lugares prestados, lo que en el caso de Flor le ha permitido autonomía y permanencia durante 10 años, pero en otros casos ha originado que se interrumpa el proceso y, como nos contaba Flor, perdían todo lo que ya tenían sembrado.

Pese a esto, no solamente el cultivo permanente parece asociarse con estas identidades campesinas. Juan Carlos, otro miembro de ASODER, cuando preguntamos si una persona campesina deja de serlo al vivir en la ciudad, responde: “Yo digo que no, porque yo, por ejemplo, cada vez que puedo, voy y visito a mi familia y me pongo a trabajar, a sembrar, les ayudo a ellos” (J, Ramírez, comunicación personal, octubre 14 de 2023). Aquí podemos observar que, para él y otras personas, que luego afirmarían cosas similares, es una necesidad. Sembrar en la acera, en el balcón, al interior de la casa, en espacios gestionados de forma colectiva, en general, en cualquier lugar donde se permita la reproducción de la vida.

Lo dicho nos muestra que la conexión con la tierra se mantiene en la práctica de formas diversas, pero que existe también una necesidad de poseer para continuar siendo, como diría Carmen al escuchar la historia de Alicia: “nos faltan es oportunidades de que nos den un pedacito de tierra para volver a ser campesinos propiamente” (C. Ciro, Comunicación personal, octubre 14 de 2023). Es que las luchas por la tierra han estado siempre presentes en la historia del campesinado colombiano, e incluso, como lo discutimos en el capítulo anterior, están presentes en los orígenes del conflicto armado (Molano Bravo, 2015) y hoy aparecen relaciones entre zonas de despojo y proyectos extractivos o de “desarrollo” de diversas índoles, entre los que sobresalen las hidroeléctricas, la minería de diversos metales, la ganadería extensiva, entre otros.

A su vez, el ser campesino/a se asocia con la casa, los ambientes rurales, las prácticas comunitarias, las relaciones familiares y la alimentación. Todas estas cosas, en las memorias de

las personas con las que hablamos tienen unas particularidades. Pronto ampliaremos algunas visiones sobre las memorias, por ahora, vamos a describir un poco de lo recordado. Por ejemplo, en lo referente a la alimentación aparecen los frijoles, la mazamorra, las arepas de mote como distintivos de sus costumbres. No mencionaron el sancocho, sin embargo, como se veía en el ejemplo de la visita a la casa de Flor y en los encuentros anuales de la organización, es recurrente. Cuentan que los frijoles los preparaban con coles, con sidra o *guasquila*<sup>23</sup>, “con cebolla verde cogida de la mata picadita, con tortillas de huevo, los frijoles quedaban deliciosos” (C. Gómez, comunicación personal, octubre 14 de 2023), con pezuña, con chicharrón. En general, al remitirse a la alimentación, se pone de manifiesto la disponibilidad de alimentos en sus tierras, en contraste con la falta que enfrentaron en la ciudad:

Es horrible tener que salir de la tierra de uno por la violencia, dejar la familia, todo. Ya llega uno aquí, quién me da una librita de panela, una librita de sal, quién me colabora, ir a la Alcaldía y no le colaboran a uno (M. Arias, comunicación personal, octubre 14 de 2023)

Adicionalmente, la comida se asocia al compartir, sea esto con la familia o con la comunidad. Remite a ollas y mesas grandes donde se sentaban a comer y a realizar otras actividades, otro aspecto del que ya no disponen en sus casas ni en sus barrios, pero que en diciembre se replica en los encuentros anuales.

Otros aspectos de la vida en el campo sobresalen en las conversaciones, entre ellos la calidad del aire puro, los paisajes, las aguas, el canto de las aves o el despertar del gallo. Todo esto asociado a un goce y conexión con la naturaleza, que al vivir en las ciudades se restringen.

---

<sup>23</sup> Chayote en México.

Costumbres comunitarias como los convites<sup>24</sup> o la realización de campeonatos deportivos o fiestas veredales también se ven limitados porque ya no disponen de los lugares ni de las relaciones para hacerlos, lo que cambia las dinámicas de socialización y construcción comunitaria, por lo que formas de organización y vínculo con otros, como en el grupo de víctimas u otros grupos, el de adultos mayores o mujeres, entran a dar un poco de soporte.

Lo discutido nos lleva a identificar como recurrencia que la vida en el campo y el ser campesino/a está idealizada y se asocia con emociones positivas como la alegría, la tranquilidad y la paz; a la par que en las narrativas desaparecen o son poco visibles y relevantes las complejidades de la vida en el campo o los aspectos negativos que pudieran asociársele, posiblemente como una forma de mantener un vínculo con los ‘éramos’, una relación con un tiempo pasado que se simboliza como mejor y que permite mantener esperanzas de construir futuro, más si esto se contrasta con las emociones que aparecen con relación al ser víctimas que, como mostrábamos en apartados anteriores, son negativas. En estas formas de pensarse se revierte la ambigüedad o más precisamente se disminuyen las cargas negativas de las historias presentes.

Esto se nos hace evidente en el contexto de los talleres, cuando ante la pregunta por las formas de vida de un/a campesino/a en su territorio, nuestros/as interlocutores/as trasladan este ejercicio a las cosas que extrañan del campo, lo contrastante de la ciudad, así como en las definiciones que aportan sobre lo que es para ellas/os ser campesinos/as. Al respecto emergen significaciones como que una persona campesina es una persona feliz, arraigada, servicial, amplia, o como diría Alicia:

---

<sup>24</sup> Se trata de una forma de trabajo comunitario en el que muchas personas participan, realizando diversas actividades, con el propósito de realizar obras o resolver necesidades

Una persona super feliz, apoderada de la madre tierra, ese amor incansable de que uno siente, esa alegría tan horrible que se le olvidan hasta las enfermedades, esas ganas de uno plantar todo que nos regala el señor y que es alimento, nuestra comida y de uso medicinal, todo eso lo extrañamos mucho. (A, Loaiza, comunicación personal, octubre 14 de 2023)

Nuevamente identificamos en estos testimonios, elementos contrastantes, entre lo que significa ser campesinos/as y ser víctimas. A diferencia de lo que ocurre cuando se les consulta si se sienten identificados/as con el ser llamados/as víctimas o desplazados/as, respecto a lo cual no hay un reconocimiento de esta categoría, aunque se busque la reclamación de derechos, cuando la pregunta es por el ser campesinos/as las respuestas son casi que unánimes. Según ellos/as, aunque residan en contextos urbanos se siguen sintiendo campesinos/as. Este sentirse, como ya lo dijimos, en algunos casos está fundado en prácticas cotidianas, pero otras veces se trata precisamente de las añoranzas. No son pues sólo reproducciones sino también sentires. Lo expresado por Consuelo, nos ayuda a comprender:

Yo por ejemplo creo que sigo siendo campesina en el sentido de que yo extraño mis gallinas, que tenía bastantes gallinas y pajaritos, loritos, animales de toda clase y los quiero demasiado a los perritos, a los gaticos, pero no puedo tenerlos, ni las gallinas en la casa, pero los extraño demasiado y sigo siendo campesina en ese sentido (C, Sánchez, comunicación personal, octubre 14 de 2023).

Esto que manifiesta Consuelo está relacionado con formas de habitar y percibir el mundo que la acompañan donde esté y que en este caso se ubican en la añoranza o anhelo de lo perdido.

Ahora bien, este sentirse campesinos/as, como sucede con las identidades, puede ser reconocido o negado en medio de juegos de poder. Así, es común observar cómo el ser

campesinos/as desaparece para la institucionalidad, ante el hecho de ser víctimas del conflicto armado. En relación con esto, nos decían que, aunque este grupo de personas está conformado al menos en un 90% por personas que se definen como campesinas, nunca han sido incluidos en espacios donde se les convoque a los/as campesinos/as, así como tampoco se ha visto un ejercicio activo de quienes conforman la organización para que se les reconozca como tales. Es posible que ya sea suficientemente desgastante la lucha por sus derechos como víctimas.

Lo dicho nos devuelve al tema de los posicionamientos asumidos en torno a las identidades y cómo entran en diálogo con las políticas institucionales. Queda abierta la pregunta sobre cómo pueden ellos/as participar de dinámicas campesinas en Rionegro y si será esta una forma de reparación posible. Con respecto a este tema, lo que podemos afirmar es que los vínculos de ASODER con sus territorios y sus lugares no pueden entenderse sólo a partir de su condición de desplazados/as; es necesario pensarlo también con respecto al hecho de ser campesinos/as, un aspecto casi desaparecido por la institucionalidad y por los/as otros/as.

Mientras desde afuera pueden ser vistos/as como necesitados/as, o con pocas capacidades, otras visiones internas evidencian fortalezas no reconocidas desde afuera. Fortalezas fundadas en los saberes previos, pero también en los nuevos aprendizajes. En relación con los saberes previos, por ejemplo, Corado y Carmen resaltan que en los momentos de la pandemia por COVID 19 ellas se cuidaban con sus saberes y sufrieron menos.

Los campesinos estábamos enseñados a que nos curábamos cualquier dolor o algo así, nos curábamos con las mismas aromáticas, con las mismas cosas, lo que nos enseñaron los papás de lo que nos daban, entonces, también teníamos mucha capacidad (C, Ciro, comunicación personal, octubre 14 de 2023).

Aparece pues como reflexión que pese a las múltiples pérdidas que enfrentaron, una de las cosas que no se les arrebató fueron sus conocimientos y formas de ver el mundo: “es que lo que uno aprende en la vida, nadie se lo puede quitar, así seamos desplazados, así nos hubieran desarraigado de nuestra tierra, el conocimiento que nosotros tenemos no nos lo quitan” (C, Ciro, comunicación personal, octubre 14 de 2023).

Del mismo modo, consideran que los nuevos aprendizajes son importantes, aportan a sus desarrollos personales y se complementan con los saberes previos. Diría Corado que:

Las costumbres ya son diferentes, pero uno ya aprende a acoplarse, ya uno después de 20 años pues imposible que ya no... extraña uno todo lo del campo sí, pero ya hemos ganado mucho, pienso yo, porque yo tuve la posibilidad de estudiar y capacitarme pal' trabajo y yo trabajo con gente de diferentes estratos y yo pues los manejo y tengo liderazgo en donde quiera que llego (C, Gómez, comunicación personal, octubre 14 de 2023).

Esto enfatiza las relaciones que en principio establecíamos entre persistencias y cambios. Vemos pues expresiones de identidades campesinas que se modifican con los cambios de lugares y las trayectorias de vida y del tiempo. En este sentido, otras voces en el grupo problematizan que quienes nacieron con posterioridad a los desplazamientos ya no son campesinos/as, pues no han tenido relación con la tierra. Con respecto a este planteamiento, una de las jóvenes del grupo afirma que es afortunada porque nunca le ha tocado vivir en el campo porque no le gusta, y otra manifiesta que cree que la identidad campesina puede sostenerse en quienes, habiendo tenido una relación con el campo no la tienen ahora, pero no en quienes nunca la han tenido. Sin embargo, hay quienes creen que otros elementos de sus formas de ver el mundo aún permanecen.

Todo esto lleva a reconocer que las formas del ser campesinos/as exploradas aquí, parecen conectarse con imágenes prototípicas de lo que puede entenderse como un/a campesino/a de la región andina, y que otras formas aparecerían si se tratara de otros territorios u otros grupos de personas con mayor diversidad en sus miembros. También otros entendimientos pueden surgir si la investigación se centra en las nuevas generaciones, lo que abre nuevas líneas de investigación.

### **El sistema de lugares y sus ritmos - lo emplazado**

Empezaremos a analizar el emplazamiento y el sistema de lugares, dos formas de entender los vínculos entre la identidad y el espacio que se complementan. En principio el emplazamiento busca reconocer los modos en que las personas reconstruyen sus lugares y sus territorios, asignándoles sentidos y significaciones que enlazan distintos tiempos, construyendo una especie de cronotopo (Bajtín, 1989), es decir, una disposición espacial que se conjuga con una temporalidad específica y da como resultado formas de relacionarse con los/as otras y con el contexto. Son entonces formas de construir habitares que modifican las percepciones y el uso del tiempo.

El emplazamiento nos permite analizar cómo son vividos los cambios desde los espacios de procedencia, es decir, los territorios, veredas, casas y lugares donde desarrollaban sus vidas, hasta los que actualmente ocupan, con las nuevas dinámicas que de ello se desprenden y las reconstrucciones físicas y simbólicas que allí se producen. Comúnmente se ha partido de referentes como el desarraigo (Valderrama A., 2019; Naranjo, 2001;Castillejo, 2016) y la desterritorialización (Cruz C. , Quevedo A., & Pinzón T., 2019) para dar cuenta de estos procesos, y no es que no consideremos estas dimensiones, sino más bien que nos interesa reconocer también las formas de adaptación y apropiación, que precisamente dialogan con las pérdidas o

reconstrucciones de los vínculos con los territorios de origen, pero que toman en cuenta los procesos que se dan en los lugares de llegada o acogida.

En lógica con lo anterior, el emplazamiento puede ser entendido como un proceso no lineal, que oscila entre añoranzas y recuerdos, pero luego se ubican en el nuevo espacio para apropiarlo de simbologías y de luchas, manifestando a su vez construcciones de futuro. Estos movimientos entre la memoria y la imaginación se elaboran mutuamente (Vergara F., 2009) y fundamentan entendimientos temporales que se constituyen en bases para las configuraciones identitarias.

Finalmente, para el análisis de los emplazamientos, acudimos a pensar en lo que denominamos “sistema de lugares”. El sistema remite a la idea de elementos que están interconectados y que en este sentido guardan relaciones entre sí. También tiene que ver con una escala más pequeña que la del territorio, en donde se dan los intercambios sociales. Partimos entonces de comprender que “(...) *el lugar*, es para la mayoría de la humanidad, la forma más común y sentida de modular y vivir el *espacio* que permite fundar y habitar territorios como redes de *lugares*” (Vergara F, 2013, p. 14). Esto nos sirve de fundamento para plantear vínculos entre lugares físicos y simbólicos, que configuran un sistema en el que todos se relacionan y aportan a la construcción del territorio y el espacio. En este sentido, entendemos que lugares habitados como el cuerpo o la casa, no sólo portan las formas del espacio físico en cuanto tal, sino que son reconstruidos en un sistema que transita hacia las memorias, los recuerdos y las esperanzas. Estos lugares son diversos, cada uno cargado con las trayectorias personales.

Al tiempo los lugares reclamados tienen que ver con necesidades que emergen en las dinámicas de los sitios que ahora ocupan y en las circunstancias en que viven las personas desplazadas, partiendo de que han atravesado por hechos de violencia que generaron pérdidas de lugares, personas, relaciones, a partir de las cuales ahora se reclaman sitios en los que se pueda

rememorar, sembrar o vivir (espacios de memoria, de participación, la tierra, la casa). Así, el diálogo que establecemos con nuestras/os interlocutores/as busca reconstruir las dimensiones físicas y simbólicas de ese sistema.

### ***Los lugares habitados y reclamados***

Para continuar con esta discusión, vamos a ingresar de nuevo en la cotidianidad e intimidad de la vida de Flor y otros/as de nuestros/as interlocutores/as. Primero, en torno al análisis de los lugares de las memorias que se viven en lo cotidiano y se vinculan con reclamaciones de espacios colectivos en donde estas memorias puedan ser reconocidas, y luego con el propósito de plasmar un recorrido a otro de los lugares habitados y a su vez reclamado: su finca de Cocorná.

Valga la pena mencionar que, en la actualidad, existe en Rionegro un salón para las memorias, un lugar que fue solicitado durante muchos años a las administraciones municipales y luego de que en los últimos años se destinara un salón en una de las propiedades del municipio donde se albergan diversos programas sociales, empieza a ser apropiado por miembros de ASODER y otras personas víctimas que lo usan como lugar de encuentro, de formación y de expresión de sus memorias, aunque diste mucho de lo que ellos/as reclaman. Pero ¿qué son las memorias y por qué se reclaman espacios para ello? El siguiente apartado nos acerca un poco a esta dimensión de lo reclamado.

#### **Los lugares de las memorias.**

Ir a la casa de Flor es encontrarse siempre con alguna sorpresa, algo para recordar, para atesorar, un buen momento, una comida o una conversación. En Rionegro Flor tiene una casa pequeña, que consiguió con ayuda del estado tiempo atrás. Hace poco vendió una parte para tener

dinero con qué empezar a recuperar su finca de Cocorná. Ahora, la casa consta de un espacio a la entrada donde tiene una vitrina con productos de belleza, en ese primer espacio también almacena las plantas que vende y que trae de la finca para ir completando los pedidos que le hacen. Luego está un baño, un espacio en el que se comparten la cocina y una especie de habitación donde tiene una cama en la que solemos sentarnos quienes vamos a hacer visita y, finalmente, un balcón donde se ubican sus plantas, principalmente flores. La casa huele a aromáticas: a Sidrón, pronto alivio, a pétalos de rosa. Pero Flor también habita otros espacios, como el terreno de El Carmen en el que cultiva, las casas de sus familiares y la finca de Cocorná, que nuevamente está intentando apropiarse.

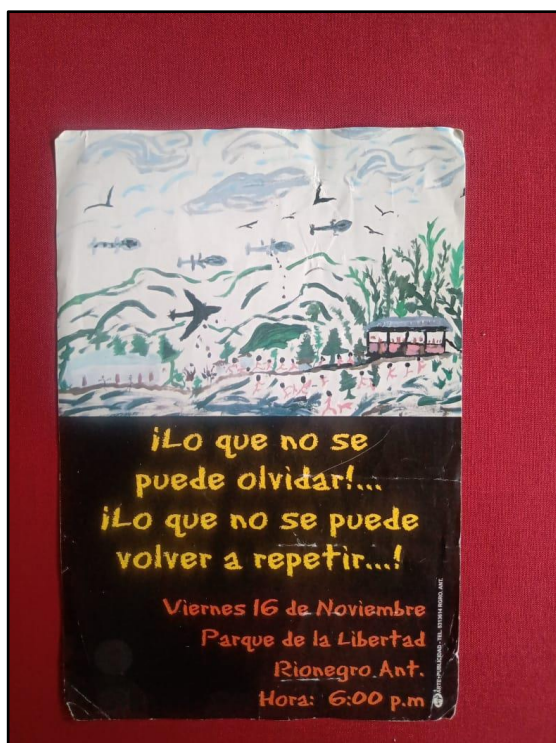
En esta oportunidad, mientras nos tomábamos un café y entre las conversaciones de los recuerdos, Flor nos compartió su álbum de fotos. Más que de un álbum se trataba de una bolsa con las imágenes que llevó consigo, junto con sus joyas de oro, en el desplazamiento. Las joyas las fue empeñando una a una para sobrevivir, pero las fotos, que para otros/as pueden carecer de valor, para ella son verdaderos tesoros, y no iba a dejarlas allá perdiendo así sus recuerdos. La mayoría de las imágenes reflejan momentos cotidianos de su pasado, fotos de la casa donde vivían, de las montañas, de la familia en diferentes momentos, de la construcción de la vía y la escuela de su comunidad; cosas estas que les enorgullecían y les hacían felices, o, al menos eso muestran las narraciones que acompañaban este momento, así como la expresión de su rostro.

Sin embargo, dentro de esa bolsa hubo dos imágenes que consideré especiales. La primera de ellas, un poster utilizado para invitar a un espacio conmemorativo, y la segunda, una foto de una niña disfrazada de coneja, en cuyo reverso se podía leer una carta. Vamos a ver ambas fotos procurando pensarlas en relación con los significados que tienen, para construir eso que llamamos “la memoria” y que en los discursos de la institucionalidad y de las víctimas del conflicto, aparece

de manera recurrente. Pero ¿de qué memoria hablamos en este caso? o ¿cuál es su importancia para la investigación que realizo? intentaremos desarrollarlo a continuación.

En principio es posible reconocer que más allá de remitir a las funciones cognitivas que se despliegan cuando los sujetos/as recuerdan u olvidan, en este caso el énfasis se pone en un proceso colectivo, en el que las memorias individuales, es decir, eso que compone sus recuerdos, se conjugan para producir un relato común, en relación con experiencias de vida en las que diferentes formas de violencia irrumpieron. Esto permite que se resalten unas cosas sobre otras, que aparezcan recuerdos y olvidos, y que lo que se considera como la memoria, entre en relación con el momento histórico en que se produce, con quiénes la crean, así como con discursos autorizados o no autorizados que entran en disputas.

Partiendo de estas ideas, podemos analizar la primera imagen que mencionaba líneas atrás.



Fotografía 1. Afiche conmemorativo. Álbum familiar

Ella muestra una escena que busca reproducir la presencia de actores gubernamentales, de la fuerza pública, representada en aviones y helicópteros que atacan a las comunidades de manera indiscriminada, desde el aire, en una acción que se supone tendría el objetivo de retomar el control de los territorios ocupados por otros grupos en conflicto, como es el caso de las guerrillas, pero que termina por afectar directamente a campesinos y campesinas en medio de fuegos cruzados.

La imagen se acompaña de las oraciones:

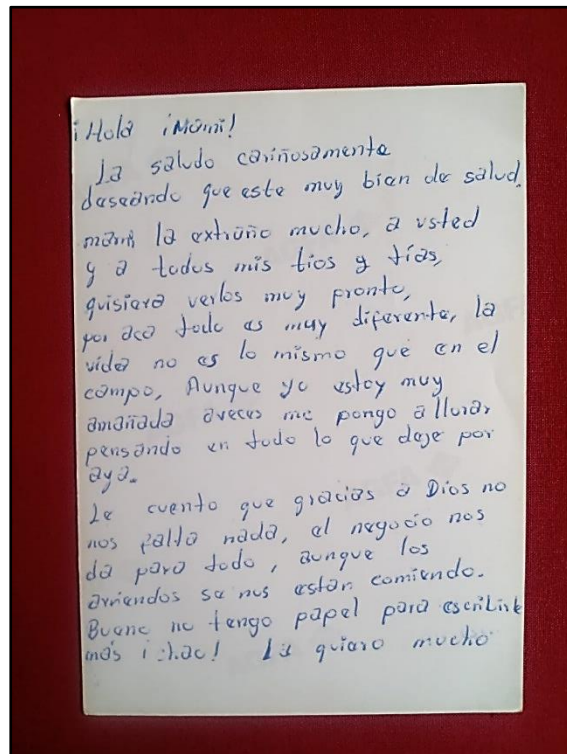
“¡Lo que no se puede olvidar!... ¡Lo que no se puede volver a repetir!”, que funciona bajo la

premisa de que aquello que no se recuerda o, más que esto, lo que no se evidencia, ni se nombra, sucederá de nuevo. Parece una respuesta ante las preguntas del por qué volver sobre historias de dolor y muerte cuando pueden revivir hechos traumáticos; por qué recordar los lugares, los hechos, identificar los actores; por qué contarles a las nuevas generaciones aquello que ocurrió, desde una perspectiva que resalte las visiones de las víctimas. Podríamos pensar que se trata, entre otras cosas, de una lucha contra el olvido. Diría Le Goff que:

Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las mayores preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva (1991, p. 134)

Desde este punto de vista, se exalta el papel de estructuras que tienen el poder de controlar aquello que permanece y lo que se borra del recuerdo colectivo, es decir, de construir versiones oficiales de la historia. Pese a esto, plantearía Foucault que no hay poder que opere sin una resistencia (2007), lo que, en este caso manifiesta que, pese a la existencia de memorias y verdades oficiales, otras memorias surgen a la par. Pueden tener menos poder, pero, al fin y al cabo, producen narraciones contrastantes, unas a las que es posible que no acceda la mayoría de la población o que se tarden en hacerlo, pero siguen allí esperando el momento para ser contadas. Ahora bien, ¿de qué hablan esas memorias?, ¿cómo acceder a ellas? y ¿qué relación guardan con el tiempo, el espacio y las identidades?

Vamos a la segunda imagen para intentar responder a estas preguntas. Ya habíamos dicho que esta carta se encontraba en una bolsa con fotos que recreaban un pasado feliz y cotidiano, uno que contrasta con las memorias violentas que veíamos anteriormente. Si lo pensamos, esa selección de fotos funciona de manera similar a las formas en que opera la memoria, es decir, hay allí un proceso que recorta la realidad y guarda una parte de ella o recupera solo una proporción de lo almacenado según aquello que tenga más fuerza en el recuerdo. Podríamos pensar que eso que se recupera, recurre a lo que



Halbwachs (1994) llama “marcos de referencia” o *Fotografía 2. Carta. Álbum familiar*

esquemas que ordenan y seleccionan recuerdos, producidos en relación con los/as otros/as. Es que, para este autor, la memoria no es individual, sino que se vincula con los contextos sociales y culturales. Según esto, para volver sobre un recuerdo, el cerebro no se devuelve en el tiempo de manera cronológica, más bien establece asociaciones con otros sucesos o momentos en los que participan de alguna manera otras personas. Pero, además de esto, esas memorias se vinculan con emotividades que activan o disminuyen los recuerdos.

Si regresamos a la foto y a las narrativas de Flor y su familia, encontramos relaciones con momentos, personas y lugares del pasado, que, en este caso, remiten a un tiempo mejor. Se establecen entonces vínculos entre esas memorias y el tiempo, que conllevan a pensar en movimientos pendulares entre el pasado, el presente y el futuro. La carta es un ejemplo de esto, empieza en el presente, luego se remite al deseo de ver a sus familiares, evento que podría

pertenecer al futuro, para moverse hacía los recuerdos de la vida en el campo y su comparación con lo que ahora le acontece, es decir, nuevamente un presente. Se lee la carga afectiva que traen la carta y sus memorias, que habla a su vez de formas de vida que transcurrían en un lugar, lo que en palabras de Candau (2002), es denominado topofilia, para referirse a la propensión de la memoria a ubicarse en un espacio, que, si nuevamente lo vinculamos con lo dicho al referirnos a las identidades campesinas, refuerza ese ejercicio recurrir a la vida del campo para reforzar las imágenes de la felicidad.

Pero este ejemplo de la familia de Flor puede decirnos también otras cosas sobre la identidad. Le Goff (1991) en sus estudios había comparado las funciones biológicas de la memoria personal, así como sus enfermedades, con la memoria colectiva. Visto de este modo, la amnesia que afecta a la personalidad se parecía a las pérdidas de memoria en lo social que afectan la identidad, de donde podríamos extraer que los ejercicios de memoria en estos grupos tienen un trasfondo que se relaciona con la necesidad de no olvidar, y ese no olvidar no sólo se refiere a los daños, sino también a los afectos, a las formas de vida, los lugares y todo aquello que es constitutivo de los “soy y somos” a partir de los “éramos”. Es por esto que la mayoría de las fotos introducidas al principio de este texto hablan de lo que eran como familia y como comunidad, cosas que se transmiten a las nuevas generaciones que ahora podrían contar, no sólo que sus familiares fueron desplazadas/os, sino también que antes jugaban, cantaban, sembraban o trabajaban y cocinaban de ciertas maneras, y posiblemente puedan relacionarlo con lo que ahora son.

Ahora bien, estas memorias parecen actualizarse a modo de ritual. Se resaltan en las conmemoraciones, se guardan en bolsitas, en cajones, salen a la luz en momentos especiales, pero también en los cotidianos, operando como una especie de abstracción del presente o, en palabras

de Eliade (1955), del tiempo profano. En este sentido, cuando Flor abre la bolsa de fotos y todos ingresamos en el tiempo de la memoria, el tiempo real se detiene y subyace el tiempo ritual, es decir, el tiempo del origen, en el que todo estaba unido, en el que un cosmos social se construyó desde lo comunitario, antes de que la condición de humanos manifiesta en un conflicto armado apareciera para destruir la magia de ese tiempo.

Efectivamente hay una ritualidad en el gesto de abrir la bolsa, como un resurgir de la palabra hablada por los desaparecidos, por los asesinados, quienes, en este momento, a manera del ritual, recuperan su agencia, interactúan otra vez con quienes hacen memoria, se plantean de nuevo sus ideas que parecen olvidadas. Del mismo modo que flor y su familia lo hacen, Carmenza tiene en su casa una agenda con fotografías y memorias de sus familiares asesinados y sus vivencias; también Jacinto me mostró la foto que conserva de su hija asesinada y recuerda como si apenas hubiera pasado. Estas fotos entonces cumplen el papel del texto que reactualiza unos tiempos y espacios míticos, pero que también restablece el reconocimiento de la humanidad de quienes miramos, porque solo reconociendo las violencias que destruyeron esa realidad y ese tiempo primigenios, reactualizamos nuestra conciencia humana y frágil.

Vemos entonces que los tiempos de la memoria y el ritual se conjugan para producir cambios en el presente, introducir elementos del pasado e idear un futuro más prometedor. Tal vez por esto, el grupo de víctimas siga pidiendo y apropiando, también con cierta ritualidad, un lugar para sus memorias; por eso la memoria no es solo un recuerdo, sino un símbolo de la resistencia.

### **La finca reclamada- una visita a Cocorná**

Cocorná tierra de mis amores/qué orgullo siento de ser de aquí/voy a escribirte este poema/quiero que sepas que soy feliz. Flor María Castaño

Cocorná es un municipio ubicado a menos de una hora desde Rionegro, la pequeña ciudad considerada centro del Oriente Antioqueño. A pesar de esta cercanía, en los periodos de mayor intensidad del conflicto se vio cercado por todos los grupos en conflicto y todas las formas de las violencias.

Flor organizó una visita a la finca de Cocorná y me invitó. También iban su hermana y su sobrino. El día anterior estuvimos conversando y me dijo que ellas iban a llevar almuerzo para todos. Salimos a las 7 de la mañana, pero el bus se retrasó y hubo un accidente en la carretera, así que llegamos a Cocorná después de las 9:30 a.m, un poco más tarde de lo que habíamos planeado. Me fui con Flor en el bus y su hermana llegó en moto. En Cocorná nos encontramos y subimos a la finca en una camioneta que nos recogió en la casa del hermano a unas dos cuadras del parque del pueblo. En el camino ella saludó a personas conocidas que le hablaban con mucho afecto, entre ellos, a su hermano. Durante todo el recorrido estuvimos conversando sobre lo que acontecía en esas montañas. Cocorná, en su geografía, está todo rodeado de montañas que lo conectan con otros municipios de la región como San Francisco, El Carmen de Viboral, San Luis, Granda y El Santuario; también sus aguas lo atraviesan por todas partes. Alrededor de estas tierras se han vivido muchas alegrías, amores, pero también conflictos y dolores.

En el camino a la finca hay una cascada que, según me contaban, cuando arriba llueve, sus aguas se desbordan, dejando la carretera oculta. Cuando vivían allá, muchas veces les tocó devolverse para el pueblo cuando iban después de jugar partidos de baloncesto, deporte en el que eran reconocidas en el municipio y que practicaban comúnmente. Me ofrecieron detenernos a tomar fotos de la cascada, como suelen hacerlo muchas personas, pero preferí que siguiéramos

para no retrasar más la llegada. Decían que a veces los visitantes también paran allí a mojarse un poco y continuar.

Viendo las montañas, Flor también me señalaba por dónde habían vivido sus papás y sus familiares, me contaba cómo trabajaban la tierra, sobre los animales que tenían, los cultivos, el trapiche, los nombres de algunas de las veredas que habían recorrido o con las que tenían vínculo y algunas de las cuales, cuenta ella, ayudaron todos ellos a conformar. Me decía que para consolidar una vereda se necesitaba que hubiera una extensión determinada de tierra, personas que vivieran allí y que tuvieran interés de conformarse. De ese modo lo hacían. Me contó algunas cosas acerca de los convites<sup>25</sup> con los que hacían todo lo que en la vereda se necesitara: hicieron la escuela, abrieron los caminos, se ayudaron entre vecinos.

Ya estábamos por el Chocó, una vereda cercana a Campo Alegre, hacia donde nos dirigíamos, cuando nos encontramos con personas de dos campañas políticas. Estas personas las reconocían como parte del territorio y las invitaban a volver a inscribir sus cédulas para votar en Cocorná. Avanzamos un poco más y en cierta parte del camino había que dejar la camioneta y seguir caminando un pequeño trayecto, pues estaban haciendo una placa huella. En parte, era esa la razón por la que Flor quería que fuéramos esa semana, ya que cuando los trabajos avanzaran tocaría dejar la camioneta más abajo y caminar un tramo más largo. En este punto había muchos hombres trabajando y el conductor también se quedó porque la comunidad debe aportar con trabajo o dinero para la realización de esta obra.

---

<sup>25</sup> Un convite es una forma de trabajo comunitario común en las veredas de Antioquia. En otros lugares este puede tener otros nombres, como juntas o mingas, en el caso de los pueblos del Cauca.

Después de unos 10 minutos llegamos al terreno de Flor e ingresamos por un alambrado.

Lo primero que hicimos fue mirar unas auyamas llenas de frutos, por lo cual mis compañeras de viaje se mostraban asombradas de que hubieran crecido tanto.

Desayunamos con lo que habían llevado para almorzar. El sobrino de Flor se fue a avistar aves, mientras nosotras tres nos fuimos a ver la antigua casa de la familia,



*Fotografía 3 Finca Cocorná y entorno*

los linderos de las tierras, a saludar a los vecinos y a comprar algo de beber durante el trabajo.

Entramos en la antigua casa. A pesar de los más de 20 años que lleva deshabitada, parte de su estructura se mantiene en pie; incluso pudimos subir a la plancha del segundo piso. La casa tiene



*Fotografía 4. Antigua casa familia Castaño*

helechos, musgos, humedades y malezas que Sara iba arrancando mientras me mostraban el lugar. Desde arriba la vista es hermosa; se divisan al frente las cadenas montañosas, pero del otro lado, en el Valle, también se puede ver la Pequeña Central Hidroeléctrica -PCH- Molinos, que produce energía con las funcionamiento después de los procesos

de desplazamiento que se vivieron en el territorio.

Antes del desplazamiento en esa casa vivían Martha con su familia, en compañía de Flor y su madre (el padre había muerto antes). La casa de Sara también estaba cerca. En la casa tenían una tienda de víveres, unos billares y un teléfono público. Era también el lugar donde muchos campesinos guardaban sus mercados y mercancías, es decir, además de ser un espacio familiar, era comunitario. Incluso ese teléfono comunitario fue utilizado por el ejército como material probatorio para inculpar a Martha de pertenecer a la guerrilla. Ya Martha antes me había contado de este episodio y cómo fue con la ayuda de Corporación Jurídica Libertad que logró salir de la cárcel, pero en esta vereda fue humillada y paseada con esposas. También en esta casa, cuenta Flor, que estuvo casi toda la vereda resguardándose cuando los combates entre la guerrilla, los paramilitares y el ejército los ponían en medio.

Además de visitar la casa, estuvimos caminando por los linderos de la finca mientras hablábamos de sus memorias y de las audiencias de la JEP en el marco del Caso 03 contra el General (r) Mario Montoya Uribe y otros militares de la Cuarta Brigada, por asesinatos y desapariciones forzadas presentados ilegítimamente como bajas en combate. Y es que la familia también se vio afectada por estos hechos. Luego visitamos la casa de los vecinos, unos que conocen de toda la vida y que ahora les ayudan con cosas de la finca. Por lo que pude escuchar, ellos resistieron al conflicto y se quedaron en estas tierras aun en los tiempos de mayor intensidad del conflicto. Ahora tienen una pequeña tienda de víveres y son apoyo para quienes regresan.

El resto de la mañana y parte de la tarde estuvimos trabajando. Sara se dedicó a limpiar su terreno y Flor y yo estuvimos en el de ella. Como cuando estuve en la finca de El Carmen, ella me dio algunas instrucciones que yo intenté seguir. En esta oportunidad me correspondió recoger romero, es decir, podarlo con unas tijeras y guardarlo en una bolsa que luego llevaríamos para que lo pudiera secar en la marquesina de El Carmen. También era necesario ir abonando cada planta

con un abono que había llevado. Este terreno ya tiene muchas aromáticas, como las que tiene en El Carmen, pero para esto primero “desmontaron”, es decir, tumbaron algunos árboles para abrirse paso a la siembra. Parece que al sobrino no le gusta mucho que hagan esto, pero Flor piensa que es necesario para poder sembrar. Ella dice que sueña con hacer allí una casita, aunque sea pequeña, pero que pueda llegar allá e incluso quedarse. También sueña con llenar su tierra de flores, árboles y distintas plantas que florezcan y ya ha empezado a plantar algunos.

Esto último me permite pensar, mientras trabajo, que la relación que Flor y Sara establecen con ese espacio es constitutiva de su identidad. Me refiero a que es, en la medida de sus emociones y de sus construcciones de sentido, un territorio del que hacen parte y en el cual construyeron su territorialidad, como diría el profesor Arturo Escobar (2015). En este sentido, este territorio que por efectos del conflicto ya no habitan, sigue en las dinámicas de su subjetividad como construcción territorial, de ahí que no lo relacionan a la simple noción de tierra, sino que está en relación con el espacio que ahora habitan lejos de allí. Me refiero, entonces, a que este territorio en el que ahora trabajamos la tierra, un territorio arrebatado y cargado de memorias, está en relación con Rionegro (en el caso de Flor y Sara) por medio de un entramado poroso de significación.

Si se lo piensa a profundidad, Flor y Sara nunca perdieron el territorio, pues lo que les fue arrebatado fue la tierra. Me explico: en las lógicas de Escobar, el territorio no es una propiedad, aunque se apropia y se defiende la idea de la propiedad colectiva. Es en sí una apropiación efectiva mediante prácticas culturales, agrícolas, ecológicas y rituales. Es por eso que, si retornamos al recuerdo de las fotografías de Flor, esta ritualidad que hay en sacar las fotografías de las bolsas, revivir a los muertos, convivir otra vez con ellos, es una apropiación que ni la guerra ni el trabajo de la violencia podrían destruir si sobreviven las personas que en el establecimiento de sus

relaciones sociales cargaron de sentido un espacio y construyeron allí sus procesos identitarios o territorialidades.

Lo último que hicimos antes de devolvernos fue pasar por la escuela que está en el camino de regreso. El profesor nos recibió y nos permitió ingresar a ver una estantería donde están las medallas y trofeos que habían conseguido en la vereda mientras ellas vivieron allí, principalmente jugando baloncesto. Sara decía que uno de esos trofeos era de ella porque cuando se los ganaban, los rifaban entre el equipo y ese le había tocado a ella. Le gustaría llevárselo, pero, por una parte, estaban encerrados en la estantería y por otra, le han dicho que para qué eso. Creo que quienes le han dicho algo así, e incluso yo, no alcanzamos a dimensionar el valor simbólico de este objeto, pero pienso que les recuerda la felicidad, porque es lo que reflejan cuando hablan de tema. Tal vez sea un reflejo de que fueron felices.

Con respecto a esto, si bien puede ser ese “reflejo” de la felicidad, creo que el trofeo es también símbolo de los procesos de apropiación y significación del territorio, y que ahora, guardado en la vitrina, permite un relato, una “narración” si lo ponemos en palabras de Rodolfo Mardones y Jorge Ulloa (2017). El trofeo carga en sí procesos de significación que develan el territorio y todo lo que allí se ha vivido, lo que se construyó, las interacciones complejas que allí se dieron y que se depositan en los objetos como el trofeo, pero también la escuela, la cascada, la montaña, etc., depositarios estos de discursos que se despliegan en el espacio.

Al despedirnos, me quedé pensando mucho en ellas como sujetos/as relacionadas con ese territorio. La vereda de Cocorná no es una simple vereda por la que se pasó una vez y el trabajo de la violencia las hizo abandonar. No. De hecho, dista mucho de eso. Ese es un espacio apropiado, pero esa apropiación es mucho más compleja que el lugar geográfico. Se trata de unos significados sociales que ellas y los demás desplazados adquirieron durante una continua interacción, es decir,

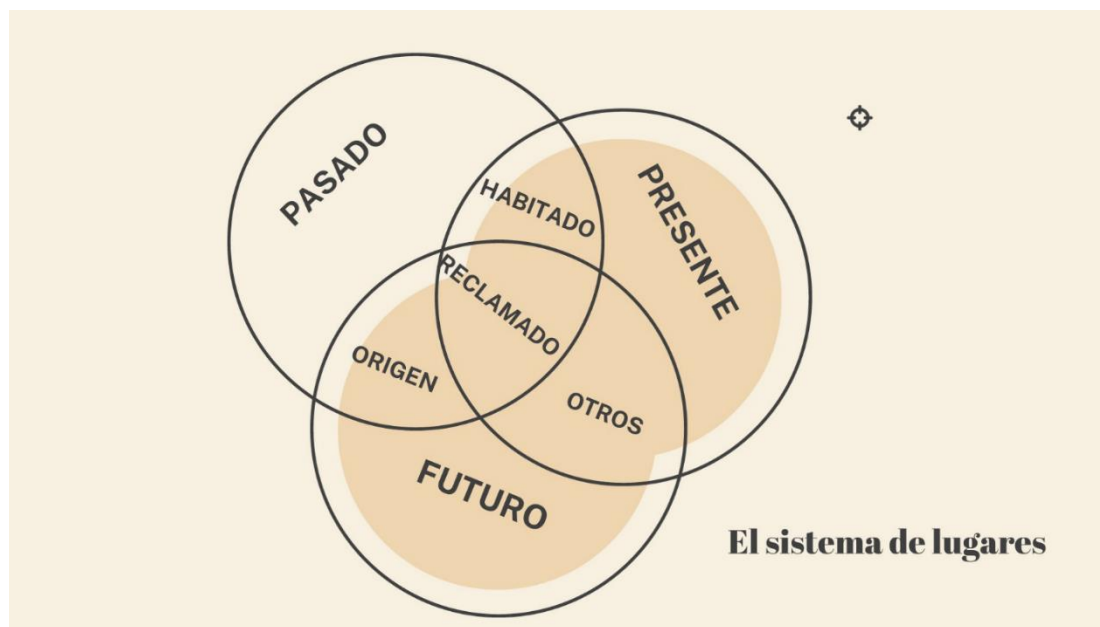
una relación semántica, experiencial y transformadora que sigue en permanente ensamblaje, como eso que llamamos identidad, por medio de las transformaciones que se dan en los símbolos y en el establecimiento de nuevas relaciones y nuevos discursos, estos últimos que se posan sobre el espacio, sobre las interacciones y, por qué no, sobre la memoria.

### **Expresiones de emplazamientos en el sistema de lugares.**

Si volvemos sobre las visitas a los lugares en los que Flor construye su vida, encontramos elementos de análisis para pensar el sistema de lugares del que hablábamos anteriormente, e incluso podríamos reconocer lo multilocalizado de sus prácticas cotidianas, en las que se encuentran vestigios de su vida pasada, pero también negociaciones, actualizaciones, nuevos aprendizajes y relacionamientos. Lo multilocalizado podría llevarnos a pensar en fragmentaciones, al tratarse de diversos espacios físicos en los que se realizan las prácticas cotidianas. A su vez, nos remite a las redes e incluso a lo tentacular en el sentido del establecimiento de conexiones.

Ya decíamos que el caso de Flor constituye un ejemplo para pensar ejercicios de resistencia en relación con formas de las identidades campesinas que se vinculan con significantes asociados al trabajo de la tierra, pero también con sus territorios, esas montañas de las que se siente parte y que están gravadas en sus recuerdos, pero también en su cuerpo y en sus canciones, lo que nos lleva a reconocer que las defensas de los lugares y los territorios, son también expresiones de bio-resistencias que en las teorías propuestas por Valenzuela Arce son formas de vivir y significar los cuerpos en franca resistencia a las imposiciones de las biopolíticas (2019, p. 93). Las resistencias no son entonces solamente las acciones de demanda directa ante el estado u otros actores responsables, sino que también tocan la vida diaria, como cuando se resiste al olvido.

En el siguiente diagrama observamos relaciones entre tiempos, espacios e identidades. Podemos ver en los círculos externos al tiempo en sus expresiones de pasado, presente y futuro. En las intersecciones están los lugares habitados y los reclamados, diferenciados de los de origen y otros en los que se desarrollan las vidas, lo que pretende evidenciar que las formas en que son construidos se mueven entre tiempos diversos y que, como lo decíamos, tienen vínculos con las añoranzas, las imaginaciones y las acciones.



*Ilustración 2. Diagrama El sistema de los lugares. Elaboración propia*

Vamos a pensar entonces este sistema con respecto a un lugar específico, como es la casa. Volviendo con Flor, la casa es tanto esa pequeña que describíamos de Rionegro, como aquella que visitamos en Cocorná, que se encuentra destruida, y la que sueña con construir. Pero es que la que tiene en Rionegro a su vez es un lugar que se ha habitado por sus saberes, las formas de cocinar, los cuadros que reflejan la casa anterior, las plantas que aprendió a sembrar, los cafés y los caldos para comer, todo esto envuelto de las memorias del pasado que se actualizan día a día. Así, el rehabetar los lugares, puede ser entendido en las lógicas del palimpsesto (Vergara F, 2018), en el

sentido que esos espacios que fueron sometidos a una borradura por el conflicto, producen “reescrituras” o lo que sería similar, nuevas construcciones sobre lo destruido, que a veces son en los mismos lugares, como pretende hacer Flor en Cocorná, pero otras veces, en otros lugares, aquellos donde es posible, como nos lo decía antes Alicia al referirse a las huertas que apropia, según le sea permitido.

Las casas a su vez poseen lugares donde se simbolizan las pertenencias, sitios que transmiten información sobre lo que somos y sentimos. Uno de ellos es el balcón. En aquellas casas que lo tienen, se convierte en el espacio privilegiado para la siembra de plantas; pareciera ser un pequeño rincón donde es posible el desarrollo de la vida. También lo es para la permitir el ingreso de aire y para secar las ropas. Para las comunidades campesinas es importante disponer de un espacio que cumpla con este objetivo. Los amplios espacios de los que se dispone en lo rural para estas funciones se reducen a unos cuantos metros que son aprovechados mientras así se los permitan, porque como nos decía Juanita, “esto está prohibido”, aun así, ella siembra en el balcón, porque además esconde un poco la imagen de la ropa extendida que tampoco está permitida.

Pero todas las casas no son vividas ni sentidas del mismo modo. Las hay que son hogar, es decir, constituyen un lugar con los sentidos del refugio. Por ejemplo, dos de las casas que visitamos son sentidas de este modo pues remiten a la tranquilidad, al estar en un lugar que se siente como seguro y propio:

Y entonces mi casa, yo no tengo lujos madre, porque yo ahorita no puedo meter ni muebles ni nada, pero sí vivo bien, tengo donde meter la cabeza, tengo donde dormir bien, si me enfermo pues estoy bien, a los muchachos nadie me los jode aquí, nadie me los está echando, si tenemos *agupanelita*, tomamos (J. Martínez, entrevista, septiembre 14 de 2023).

Como ella, Carmenza que también vive en una casa propia, encuentra que es el lugar donde llegar, su lugar, donde puede tener tranquilidad y paz, sobre todo su habitación.

Sin embargo, no todas las personas tienen ahora una casa propia, Jacinto por ejemplo pese a tantos años viviendo y trabajando en Rionegro, no lo ha logrado, porque como diría él, no tiene



Fotografía 5. La casa reclamada

al menos 10 millones en el banco para poder postularse a los subsidios. Otras como Alicia, expresan también la falta de esa casa, que se conecta con las visiones de la casa que tuvo y perdió, como puede verse en la siguiente imagen.

Es una imagen que ha sido elaborada en otros talleres, otros espacios de conversación, en fin, cada que sea posible. A veces tienen color, a veces es más grande o pequeña, pero siempre muestra la casa, los animales y la familia alrededor, como una forma de decir que la casa es también todo eso, lo que reafirma que no se

trata sólo de lo físico, sino todos los referentes de sentido que se relacionan con ella.

La casa habitada también puede ser entendida como un lugar desconocido o como una especie de jaula, un espacio que, aunque se intente no se conecta con las imágenes que se guardan del pasado, entonces es necesario salir a buscar la construcción de otros espacios donde existir.

Como con la casa, pasa con el cuerpo, con los lugares comunitarios o como decíamos con los espacios de memoria. Son todos construidos en relaciones dialógicas entre las imágenes del

pasado, del presente y del futuro. Para el caso del cuerpo, el influjo de los sucesos violentos deja marcas profundas a todos los niveles. Por ejemplo, los psiquismos están en diferentes medidas lastimados. Aparecen diversas afectaciones y formas de expresión, entre ellas la depresión, intentos suicidas, estrés postraumático, falta de deseo, en fin, una intensidad del recuerdo, de las emociones y sentires presente todavía.

En algunos casos estas afectaciones son o han sido tratadas por profesionales de la salud mental, pero en otros, sólo con las herramientas personales y las redes de apoyo que han construido. No es el propósito ahondar en las enfermedades físicas o mentales, pero sí reconocer que detrás de todas estas resistencias que nombramos anteriormente hay personas que buscan reparar y repararse de una serie de daños. De esta forma sus cuerpos son cuerpos de luchas, de fortalezas, pero también cuerpos que resultan extraños, cuerpos que se transformaron a partir de los trabajos que han tenido que desarrollar, que se han enfermado, como sucedió con Juanita:

Era duro sí, porque yo cosía y hacía empanadas, por eso me puse así (mostrando las manos), vea, vea, esos martillos. Y esos aguaceros que me caían madre, cuando yo salía de ese fogón bien agitada con esas empanadas y esos aguaceros que me caían, antes es que no me torcí del todo (J. Martínez, entrevista, septiembre 14 de 2023)

En este ejemplo se ve un cuerpo modificado por el trabajo que produce una enfermedad física, pero como lo decíamos, son muchas las referencias a padecimientos psicológicos que han sido desatendidos. Cuerpos que se ven obligados a cambiar las labores acostumbradas, los horarios de trabajo, las alimentaciones, las formas de descanso y de recreación e incluso de los afectos, y que cargan consigo los recuerdos de los eventos positivos y negativos que forman parte de sus pasados y les mantiene en un constante péndulo que se devuelve a otros tiempos.

El análisis de las diversas formas del emplazamiento, en lugares como la casa y el cuerpo, pareciera ubicarnos en una dinámica de construcciones individuales; pero lejos de esto, los emplazamientos y las configuraciones identitarias están conectados con el territorio y con los/as otros/as, de allí que, aunque se materialicen en lugares, significados, prácticas y emocionalidades personales, se refuerzan o desvirtúan en los vínculos. Es por esto que en el siguiente capítulo nos centraremos reconocer las prácticas colectivas de ASODER, a partir de la pertenencia y participación de los/as sujetos/as con quienes dialogamos.

### **Capítulo 3. La organización, sus sentidos y resistencias**

En este apartado pretendemos abordar las interacciones sociales de los miembros de ASODER, un grupo heterogéneo, con disensos en cuanto su concepción y participación desde la condición de desplazados/as, pero con amplio sentido de grupo y aspectos comunes en cuanto a sus construcciones identitarias. Así mismo analizamos formas de interacción con los otros/as que sin formar parte del grupo comparten territorio coexistiendo. Buscamos expresar posicionamientos e impactos del grupo en Rionegro, resaltando al colectivo como escenario para repensar las expresiones de las identidades.

Un elemento que expusimos fue el compartir desde sentires, experiencias y emociones, pero no exento de diferencias y rupturas, lo que anima a reflexionar que las identidades no solo se expresan en lo similar. Es tan compleja y drástica la trayectoria de quienes forman parte de ASODER que la tensión se integra a la formación del grupo, pero ello no inhibe la reproducción de significados compartidos, en prácticas, luchas y resistencias comunes.

Así, en este capítulo iniciamos con una contextualización sobre la organización ASODER, desde su proceso de constitución hasta la actualidad, procurando demarcar hitos históricos y las representaciones que la organización tiene para sus miembros. Posteriormente describimos las relaciones del colectivo con temporalidades asociadas al encuentro del grupo y procesos de memoria. En este mismo sentido, desarrollamos la construcción de lugares desde apropiación y el reclamo por lo perdido.

### **Un acercamiento a la historia de ASODER**

“No queremos que nos vean como un problema, queremos ser actores directos y permanentes en la recuperación de la tranquilidad y el desarrollo del territorio” ASODER

“Uno iba como sanando un poquito, uno era encerrado en lo de uno, pero cuando comenzamos a reunirnos nos dimos cuenta de que había otras historias peores” (F, Castaño, comunicación personal, febrero 10 de 2024)

Diecinueve años atrás, en el año 2005, algunas personas que habían llegado a Rionegro, después de ser obligadas a salir desplazadas de sus territorios, toman la decisión de juntarse. Mujeres y hombres que se encontraban en filas para reclamar almuerzos o mercados en la Pastoral Social<sup>26</sup>, empezaban a reconocerse como iguales en el sentido de estar transitando por las mismas situaciones. Se encontraban también en capacitaciones, a las que les citaban desde diferentes

---

<sup>26</sup> Organización de la iglesia católica que desarrolla acciones humanitarias.

organizaciones, principalmente de la iglesia católica; se reconocían en los lugares a los que habían llegado; empezaban a generar referencias por los municipios de procedencia de cada uno/a, en fin, comenzaron a verse y reconocerse como una comunidad que desde afuera era llamada como “los desplazados”.

El hecho de reconocerse como iguales en sus experiencias de vida, sumado a la necesidad de concretar acciones que les ayudaran a transitar por la situación que pasaban, parece ser el origen de la organización. Martha Castaño, desde su rol de fundadora y presidenta por 18 años, nos contaba: “empezamos a ir a un curso de aromáticas y nos enseñaron de organización, empezamos fue con la idea de hacer un negocito, pero cuando fuimos a registrarnos no pudimos porque valía mucho y no teníamos ni para un tinto” (M, Castaño, Comunicación personal, 2022). Desde lo narrado, fueron las ideas productivas lo que les motivó a conformarse legalmente como organización. No aparecen la reclamación de derechos ni las acciones de memoria como aspectos centrales, sin embargo, al adentrarnos en sus dinámicas salen a la luz y alcanzan un lugar muy relevante, como lo veremos luego.

Aunque en su primer intento no pudieron conformarse porque, en palabras de Martha “no tenían ni para un tinto”, buscaron asesorías en ONGs como Conciudadanía y Prodepaz para encontrar alternativas, hasta que alcanzaron su estatus legal. Según su narración en ese momento “todos anhelábamos era volver al campo, tener un proyecto de agricultura” (M, Castaño, comunicación personal, septiembre 20 de 2022), es decir que, aunque no estuvieran en sus territorios de origen querían mantener vigentes sus relaciones con la tierra y las prácticas agrícolas.

Con la creación de la asociación gestionaron 4 proyectos, pero todos fueron desarrollados en lugares prestados o alquilados por lo que no tuvieron la permanencia que esperaban. Según sus palabras “donde hubiéramos tenido una tierra, le aseguro que ahí estábamos” (M, Castaño,

comunicación personal, septiembre 20 de 2022). En esta afirmación se hace evidente la necesidad del lugar propio y de autonomía para la toma de decisiones frente a los proyectos que desarrollaban, como condiciones indispensables para continuar sus dinámicas productivas colectivas.

Tanto el surgimiento de ASODER como sus proyectos, se adelantaron por la misma temporalidad en que en el territorio se desarrolló *El segundo laboratorio de paz del Oriente Antioqueño*, un proceso para la ejecución de proyectos en las líneas de derechos humanos, paz y vida digna; gobernabilidad y participación ciudadana, y desarrollo socioeconómico, que contó con la financiación de la Unión Europea por medio de un convenio firmado con el gobierno nacional (El Tiempo, 2004). Se trataba de un momento en la historia del país en el que, como lo mencionábamos en el capítulo uno, el conflicto se había expresado en toda su intensidad y millones de personas habían sido afectadas. Eran entonces necesarios los apoyos para la reconfiguración del territorio.

Ante las destrucciones de vínculos y confianzas que suponen las violencias, organizarse para cooperar es una forma de resistir. En 2005, alrededor de 300 personas se sumaron a este propósito y ahora, 19 años después, al menos 30 de ellas se siguen reuniendo mes a mes y unas 150 se encuentran cuando se acerca el fin de año. Pueden parecer pocas personas, si se tiene presente que en Rionegro residen unas 16.000 víctimas de desplazamiento, pero, si volvemos sobre el tiempo y las complejidades de las dinámicas organizativas, esta manifestación es una respuesta a esos biopoderes que el desplazamiento y la desterritorialización han impuesto sobre ellos/as como sujetos/as y sobre la organización. La conformación como organización, no es más que el germen de procesos de resistencia presentes en todos/as los sujetos/as sometidos/as, de ahí que

juntarse les ayude a prevalecer, de cara a los procesos de subalternización a los que los/as ha sometido el conflicto armado.

Al respecto, estudios desde el Oriente Antioqueño (Cardona Berrio, Hincapié Martínez, & Ramírez Zuluaga, 2023; Ramírez Zuluaga, 2021; Valderrama Arboleda, 2019), han analizado ejercicios colectivos en torno a la reconstrucción de los territorios después del fuerte influjo del conflicto armado sobre ellos. Valderrama (2019), por ejemplo, da cuenta de prácticas campesinas como los convites, que se rompen con el desplazamiento y que las personas procuran recuperar al regresar a sus veredas. Aunque pareciera que no funcionan de la misma manera que antes, siguen teniendo presencia y trascendencia en esos procesos reconstructivos. Por otra parte, Ramírez en su investigación sobre la reactivación de las prácticas colectivas cotidianas en un contexto rural, como formas de reparación de los daños ocasionados por el conflicto armado, analiza la expresión “La Juntadera”, usada por uno de sus interlocutores al finalizar un convite en el que construyeron la escuela de la vereda en la realizaron la investigación. El análisis de esta expresión lo llevó a definirla como “la acción reiterada de juntarse para realizar trabajos colectivos” (Ramírez Zuluaga, 2021, p. 90), lo que le imprime ese carácter de permanencia y persistencia en recurrir al trabajo comunitario para reparar y repararse.

En las nombradas investigaciones hay un hilo común: los ejercicios colectivos como prácticas que median los procesos de reparación de quienes regresan o permanecen en sus territorios rurales. Esto puede darnos pistas sobre la importancia de la organización como escenario que posibilita esas prácticas, incluso en contextos como el de esta investigación en el que las relaciones por la cercanía geográfica y la construcción de los espacios comunes no tienen la fuerza que poseen la Colombia rural. Con este contexto y referentes de la historia de ASODER, ingresaremos en los sentidos que las/os participantes otorgan a la organización, aquellos que se

sostienen y los que emergen en las dinámicas de cambio, todo esto partiendo del entendimiento de la organización como una comunidad interpretativa (Vergara F., 2023) a la cual se asocian formas de comprensión y actuación.

### **Actualidad y sentidos de ASODER**

Venimos hablando de lo común entre los miembros de ASODER, sin embargo, la diferencia forma parte de este grupo y de cualquier organización. Diferencias en torno a posturas políticas, religiosas, intereses y roles de las personas que la conforman. Algunas desde ejercicios de participación, reclamación de derechos y/o representación en diferentes espacios donde se les convoca o donde, sin convocárseles, sienten necesidad de participar; otras con posturas que podrían entenderse como pasivas, en la medida en que se limitan a ir a las reuniones o incluso en algunas oportunidades a demandar a la misma organización que aporte al cumplimiento de los derechos que no les hace efectivo el estado. Son las similitudes y las diferencias las que constituyen ese conjunto organizativo y que intentaremos reconocer en sus formas de entenderse y proyectarse.

Para iniciar, son ilustrativos los diversos significados otorgados a la organización por sus miembros. Definiciones como: “ASODER es un grupo de personas donde venimos los sábados que podemos venir y hablamos de muchas cosas”; “ASODER es un grupo de personas que nos reunimos con el fin de trabajar conjuntamente y compartir ideas en beneficio de todas las personas víctimas del conflicto” o, “es una asociación de adultos mayores que hacemos reuniones y compartimos mucho” (Taller, febrero 10 de 2024), son algunos ejemplos en los que el énfasis está puesto en la reunión como factor que configura la organización. Sin embargo, estas definiciones se diferencian en los atributos de sus miembros, puesto que se habla de personas víctimas, personas en general y adultos mayores. Llama la atención que haya quien reconozca el grupo como una

reunión de adultos mayores ya que, si bien, este no es un criterio para unirse, la mayoría de quienes asisten tienen edades por encima de los 60 años, lo que le da un fundamento a esta definición y le imprime un carácter especial.

Personas de otras edades también se reúnen. Incluso niños y niñas acompañan a sus familiares en diferentes espacios, principalmente los de encuentro. Los estatutos de ASODER, definen que pueden ser miembros personas víctimas de desplazamiento mayores de 14 años de edad, pero en la práctica hay momentos en que niños y niñas de menor edad también se congregan. Al respecto de su presencia, reflexionan resaltando que es importante su inclusión por las posibilidades del reconocimiento y permanencia de sus memorias, expresado por ejemplo en la enunciación: “si se acaban los adultos ¿quién queda pues sabiendo qué pasó? o “si en la casa no les han contado nada, entonces no queda sabiendo nadie” (Taller, febrero 10 de 2024). También se cuestionan por las formas de la transmisión de las memorias y los impactos que esto pueda tener sobre ellos/as por la crudeza de las situaciones que han experimentado, lo que parece hablar de una necesidad de contar, pero con matices. En general, son entendidos/as como participantes y destinatarios/as de algunos proyectos, no como miembros activos. Al respecto de estos proyectos sobresale la siguiente experiencia:

Doña Martha gestionó un proyecto de capacitación para niños y jóvenes y compartimos nosotros los viejitos con ellos y a mí me pareció muy importante porque iban psicólogos, iba gente preparada, donde no era contar ¿usted qué vivió? y ¿usted qué sintió ahí?, sino con dibujitos y con cosas...íbamos allí a muchas capacitaciones, ya esos niños son grandes. (Taller, febrero 10 de 2024)

Por su parte, la vinculación de jóvenes y adultos jóvenes es menor, pero entre este grupo hay distintas personas con roles de liderazgo y representación en otros espacios de participación.

En mayor medida llegaron a la organización porque otros miembros de sus familias estaban vinculados/as previamente, pero en el último año parecen estar desvinculándose. Esta situación puede ser atribuible a factores como los compromisos laborales, cambios de liderazgos presentados tras la muerte de su anterior presidenta e incluso, diferencias con respecto a las proyecciones de la organización.

Ahora bien, alrededor de un 80 por ciento de quienes se congregan en ASODER son mujeres, al reflexionarlo surgen distintas posturas. Para una parte del grupo se trata de una constante que sean ellas las que participen en procesos colectivos, incluso consideran que las reuniones pueden ser aburridas para los hombres y lo ejemplifican con el acompañamiento en los procesos educativos de los/as hijos/as donde se evidencia más su presencia: “la mayoría son las mujeres que van allá a las reuniones para escuchar qué hablan de los hijos. Siempre ha sido así” (Taller, 11 de octubre de 2023). Otras personas explican las vinculaciones de más mujeres a partir de los cambios producidos por el desplazamiento y los efectos de la violencia. Por ejemplo, una de ellas dice: “somos más las viudas que nos tocó enfrentar la realidad del desplazamiento, porque casi la mayoría son viudas, les tocó venir a enfrentar la situación solas, con sus hijos” (Taller, 11 de octubre de 2023). Esta postura tiene que ver con su experiencia personal y con que, en el conflicto armado colombiano, el 91% de los casos de homicidio fueron de hombres (Comisión de la Verdad, 2022).

Quienes comparan este hecho con las formas de encontrarse y trabajar colectivamente antes del desplazamiento, opinan que son las dinámicas de vida en la ciudad las que producen una menor participación de hombres, como lo manifiesta José:

En la comunidad mía donde yo vivía en el campo, cuando habían reuniones era mitad y mitad, cuando convocaban a convites o algo así, eso era como un compartir. En la ciudad

lo que si ve uno es para un hombre que le toca ir a trabajar ya no es como en el campo que él manejaba sus horarios, sino que tiene que cumplir en una empresa y ya no puede decir – ah no voy a ir a las dos porque tengo una reunión -y ya, tiene que cumplir el horario. (Taller, 11 de octubre de 2023)

Parece ser una realidad que las dinámicas de la ciudad cambian las formas de trabajar y los usos de tiempo para los hombres, pero ¿qué pasa con las mujeres que cumplen diferentes roles, incluido el de ser trabajadoras? Es una pregunta que se hace una de las mujeres de la organización cuando piensa en sus horarios de trabajo, la hora en que se despierta, prepara la comida para toda su familia, el momento en que sale de su casa a trabajar y cuando regresa de nuevo a casa. Pasa mucho tiempo antes de que pueda volver a su casa y es poco el que le queda para los ejercicios colectivos. Incluso así, lo hace.

Sin embargo, la conformación mayoritaria de mujeres no manifiesta un activismo que piense los asuntos de género y, aunque en los enunciados anteriores se pueden identificar afectaciones diferenciales con respecto al sexo, al género, al grupo etario o con relación a sus identidades campesinas, estos temas no ocupan sus agendas.

Antes decíamos que su origen fue el desarrollo de proyectos. En otros diálogos y observaciones, ha sido posible identificar las luchas por la reclamación de derechos y de reivindicación que han emprendido y mantenido por años. En distintos espacios de participación y visibilización han llevado a la agenda pública las necesidades de las víctimas en Rionegro. Pese a esto, también han sido evidentes las diferencias y conflictividades en el relacionamiento de algunas personas de ASODER con otras organizaciones de víctimas del territorio, aspecto que puede ser generador de rupturas al interior de la organización.

A pesar de que se presentan conflictos y diferencias entre sus miembros y hacia afuera de la organización, un elemento que ha sido constante es el reconocimiento de quienes participan de ASODER como un espacio (más allá del espacio físico) que les ha permitido construir relaciones, transitar por el sufrimiento, capacitarse y reclamar sus derechos. En su momento le pregunté a Martha, cuáles eran las razones de la permanencia de ASODER, ante lo que me respondió “nos sostenemos más que todo con la ilusión que un día va a mejorar la cosa y que tendremos los derechos, pero creo que sobre todo es el encuentro” (M, Castaño, comunicación personal, septiembre 20 de 2022). Esta visión se refuerza en diferentes testimonios de sus miembros en los que le dan relevancia a los vínculos y aprendizajes construidos. Por ejemplo, ante preguntas acerca de los beneficios que han obtenido de participar, uno de sus miembros respondió:

Para mí me ha servido mucho como persona, compartir con ellos, conocer gente de otros municipios, conocer las historias que yo viví y ellos también vivieron, muy importante cuando hicimos los proyectos, cuando trabajábamos todos juntos, como persona me ha servido mucho para salir adelante. (Taller, febrero 10 de 2024)

En ambos testimonios los vínculos son determinantes, aspecto que guarda relación con las formas de vida campesina, donde los lazos de vecindad y la cooperación son fundamentales y fundantes de los territorios. En el Oriente Antioqueño muchas escuelas, caminos, espacios recreativos y casas se construyeron a partir del trabajo colectivo, también las celebraciones religiosas y festivas congregaban a la comunidad; de allí que ASODER sea una respuesta ante la necesidad de mantener relaciones que se conecten con visiones y propósitos comunes. Sixta Tulia, una mujer de 89 años que aún con impedimentos de salud llega a cada encuentro, me dijo: “si yo me muero hoy, me muero contenta porque los vi a todos” (Comunicación personal, mayo 11 de 2024), siendo también una manifestación de los lazos profundos que se construyeron.

En la actualidad la organización está en un proceso de reconfiguración. Han cambiado los liderazgos, están revisando si es necesario mantenerse registrados formalmente, analizan sus estatutos y con ellos, quiénes pueden pertenecer y bajo qué criterios, la periodicidad de las reuniones, las formas en que se realizan los encuentros, qué cosas se gestionan. Es entonces un momento que puede trazar rutas de continuidad o ruptura. Quisiéramos pensar que se tratará de lo primero, pero para ello será indispensable que se mantengan algunos elementos que les han dado cohesión mientras se producen las renovaciones. Los siguientes apartados podrían darnos algunas pistas sobre esos elementos cohesivos.

### **La Identidad en el encuentro: participación y memoria en el sistema de lugares**

En el capítulo anterior esbozamos los vínculos constitutivos entre los lugares reclamados y habitados con diferentes temporalidades y espacialidades. En estos acercamientos planteamos que aquello que se reclama recurre a las memorias de los tiempos pasados, de formas de vida que eran cotidianas en otros tiempos y espacios, pero que ahora necesitan ejercicios de reconstrucción y a su vez se actualizan en las nuevas cotidianidades. En este sentido, los lugares perdidos son reclamados, pero los lugares habitados pueden ser también una expresión de un reclamo que se materializa en las reconstrucciones de prácticas que antes les eran propias. Surgen además necesidades que reclaman un lugar que las contenga y posibilite, como pasa con las memorias, el encuentro y la participación. Incluso, más que de necesidades me atrevería a plantear que se trata de formas de resistencia.

Cuando digo que hay resistencias que reclaman un lugar, tiene que ver con el plano del espacio, pero también es una manifestación del reclamo de un lugar simbólico. Ambos aspectos, es decir la espacialidad y lo simbólico, no deberían separarse. Ahora bien, sucede que, de muchas

formas, tanto los lugares simbólicos como físicos, para el caso de las dinámicas de la organización que aquí nos ocupan, parecen restringirse a préstamos, comodatos, representaciones, recortes temporales en los cuales emergen, se espacializan y luego vuelven a superponerse otras dinámicas a modo de palimpsesto (Vergara F, 2018). Son entonces lugares que están en los márgenes, en lo subterráneo, que no tienen contornos bien definidos y aun así tienen existencia.

Un acercamiento a partir de la observación participante y del diálogo con las personas de ASODER nos permiten dimensionar de un mejor modo estos planteamientos. Para dar cabida a esta discusión, describiremos momentos y dinámicas particulares esquematizadas en torno a la memoria, la participación y las formas de encontrarse, cada una de las cuales nos acerca de nuevo a las concepciones sobre las identidades, enlazadas con las violencias, resistencias y construcción de espacialidades.

### *El asunto de la mesa*

“Yo les digo una cosa, a mí me parece tan triste, tan deprimente que la oficina de Doña Martha ande por ahí volteando y que no haya en dónde”<sup>27</sup>

“Todo lo que se ha perdido de ASODER, porque el uno se queda con esto, el otro con lo otro”<sup>28</sup>

Una mesa ocupa hoy la sala de una casa; en algún momento representó una alegría, significó que la organización poseía algunas cosas, pero hoy parece solo un estorbo. La mesa de ASODER es vieja y está en mal estado, como los demás objetos de la asociación: un computador,

---

<sup>27</sup> Participación en taller, febrero 2024

<sup>28</sup> Participación en taller, febrero 2024

un escritorio, un archivador, un juego de ollas, entre otros. Es de madera, pero no de una madera fina o valiosa; de hecho, el pino es barato y se deteriora fácilmente. Está desajustada y en la superficie un niño gravó con pintura unas figuras, lo que la hace tener la belleza de su historia, aunque los demás no puedan verla.

En muchas oportunidades, el asunto de la mesa ha ocupado las reuniones de ASODER. Amparo, su actual presidenta, ha preguntado a sus compañeros/as: ¿qué hacer con esta mesa?, ¿tal vez alguno/a se puede encargar de tenerla?, ¿y, si se vende?, ¿cuánto podría valer? Ella está intentando encontrar un lugar, principalmente para la mesa, pero también para los otros objetos; ha tocado diferentes puertas, entre las que están las de los responsables del salón de la memoria, donde, en principio, parecieron interesados/as, pero al ver el estado de las cosas se hicieron a un lado argumentando que para el espacio necesitaban cosas nuevas. Ahora ella solicita que alguna de las personas de la organización se haga cargo o que, por lo menos, ayuden a encontrar un local que sirviera como almacén, o una persona que utilice las cosas y les saque provecho. Su búsqueda ha sido infructuosa.

Cuando Martha Castaño vivía, la mesa y los demás objetos estuvieron en su casa y servían como espacio de trabajo pues, al parecer, para ella, los objetos representaban algo valioso, eran símbolo de la organización. Ante su muerte, se convirtieron en una carga y comenzaron un periplo que, si se lo mira con atención, es metáfora de los procesos de deshumanización por los que atraviesan las personas en situación de desplazamiento en Colombia y de los que no escapa este grupo, que después de años residiendo en Rionegro siguen persiguiendo el anhelo de un lugar para encontrarse, tener y ser, en el sentido de expresarse según sus visiones del mundo.

A raíz de este asunto y, cuando recorren su historia e intentan proyectarse al futuro, se actualizan conversaciones en las que manifiestan la necesidad y el deseo del lugar propio, ya no

solo haciendo alusión al lugar común sino también a la casa y la huerta: “si nos dieran una finquita podríamos sembrar” o “es que si nos dieran un salón podríamos tener las cosas” (Reunión ASODER, marzo 09 de 2024) son oraciones que se repiten. Esto se convierte en un motor de esperanza o desesperanza según sea el caso de quién lo está enunciando, su tiempo en la organización y tal vez su nivel de desgaste con proyectos anteriores. Un ejemplo constituye la enunciación de una de las asociadas cuando dice: “yo digo que desde el principio debiéramos de haber buscado un terreno, para hacer la caseta de ASODER, hace mucho tiempo (...), es que uno no necesita un lujo, ya uno lo va construyendo” (R, Muñoz, Comunicación personal, 10 de febrero de 2024), pero ella, al haber ingresado después de que se desarrollaron los proyectos antes mencionados, parece no tener claro el trasegar con este tema. Una compañera que ha participado desde el momento de la conformación complementa:

Yo sí tengo pues en mente todo lo que hemos hecho y hemos logrado tener como los espacios, pero son en vano – prestaditos-. Bueno, -esto va a ser para ASODER- entonces nos han ubicado en un sitio, arrancamos para allá con todo y cuando menos pensamos, no, que ASODER tiene que salir. (C, García, comunicación personal, 10 de febrero de 2024)

Un espacio prestado en sus palabras es “en vano”, lo que puede entenderse como inútil, en tanto representa los fracasos de procesos que podrían ser restaurativos, pero generan malestar, al no permitir la conclusión de los proyectos.

Como una opción de resolución ante la falta de lugares propios para sus prácticas organizativas, surge la idea de recurrir a presupuestos personales para lograrlo. Al respecto dicen: “nos va a tocar es que todos hagamos unos fondos personales, porque de resto no. Nosotros no estamos económicamente bien, pero sí estamos ya radicados acá en el Municipio” (C, García, comunicación personal, 10 de febrero de 2024) lo que expresa una apropiación y reconocimiento

de Rionegro como territorio en el que se desarrollan sus vidas. Pero, la realidad de sus situaciones emerge inmediatamente. “El problema es el costo”, responde otra persona y se le suma como argumento:

Ahorrar para un lotecito sería muy bueno, pero yo entiendo por qué no nos hemos hecho a él, porque uno piensa, yo tengo que *bregar*<sup>29</sup> a cubrir mis servicios públicos, las necesidades básicas de uno y después ya salgo a ver. (A, Jiménez, comunicación personal, 10 de febrero de 2024)

Es que cuando se trata de resolver los asuntos de supervivencia, otras necesidades pueden parecer secundarias, aunque por lo configurativo de sus relaciones y prácticas, el lugar propio es también esencial y por eso, tantos años después no desaparece la lucha.

Ahora bien, el reconocerse parte del territorio plantea la posibilidad de mantener gestiones ante instituciones locales o buscar alguna alianza con agentes políticos que puedan apoyar el reclamo en sus necesidades y derechos, por esto, otra de las vías que surge es continuar tocando sus puertas, con la persistencia que requieren estas reclamaciones y las molestias que genera en quién es objeto de estas.

Las personas, como la mesa, terminan por estorbar y convertirse en carga; buscan un lugar en donde puedan estar, donde se les reconozca en su integridad, incluso donde se les repare. El asunto de la mesa entonces, no nos habla de un objeto, nos habla de una situación que se repite con las personas desplazadas; remite a las búsquedas de los lugares y del territorio, reitera sus luchas y las dificultades que manifiesta no tener propiedades, también lo que significa tener cosas propias, pero no tener espacios donde albergarlas.

---

<sup>29</sup> Hace referencia a procurar, esforzarse, buscar.

### ***Hacia la comprensión de los sentidos del encuentro de ASODER***

En diciembre del año 2021 pensaba presentarme a la Maestría en Antropología Social y tenía presente la posibilidad de trabajar con ASODER-. En ese momento identificaba la necesidad de activar mis contactos con la organización y participar de su celebración de navidad, un espacio que han apropiado desde los inicios de la organización. Valga la pena recordar que mi vínculo con ellas/os inició tiempo atrás, en 2016, cuando me desempeñaba como funcionaria en la Alcaldía de Rionegro y tuve la oportunidad de participar de estos encuentros y, en cierta medida, apoyar algunos aspectos de la planeación. Por esa época tal vez lo veía desprovisto de las simbologías que posteriormente fui entendiendo, o para ser precisa, construyendo. Empecé a darle representación a sus sistemas de planeación y organización, al trabajo que significaba realizarlo, a la diversidad de actores que participaban y, sobre todo, a las cargas emotivas que se vivían. Estar allí lo entendí como una forma de vínculo con la organización, ya que las personas no asociadas que asisten son muy pocas y se reducen a algunos funcionarios, políticos o antiguos aliados. Otros, aunque les inviten no desean asistir, como sucede con figuras políticas a quienes la organización pareciera serles indiferente o más que esto, generarles malestar.

Aunque mi plan era ese, las cosas muchas veces no suceden como las planeamos. Ese fin de semana me desperté con una serie de mensajes en mi celular que me enfrentaban con una realidad que no imaginaba. Empecé a ver llamadas desde la madrugada, mensajes en WhatsApp y Facebook. Uno de los primeros que abrí decía: “Nati mataron a mi Pao, por robarle la moto, saliendo del trabajo”. Era un mensaje de la hermana de Paola, luego vendrían todos los demás confirmando este horror. Paola, quien era mi amiga, la amiga de mi hermana, la de tantos momentos, había sido asesinada. Vino el llanto, la rabia, las llamadas, las visitas, la preocupación

por sus seres queridos. Terminó siendo un fin de semana muy diferente, uno acompañado por el dolor y la reunión con amigos, pero a partir de la muerte.

Tal vez parezca que lo que narro nada tiene que ver con la investigación, sin embargo, hay elementos comunes en estas historias: la violencia que ingresa a la experiencia personal y las posibilidades de resignificación. La violencia, por una parte, irrumpe, separa, destruye, elimina lo que tiene cerca. Por otra, los afectos y las redes simbolizan, reúnen y manifiestan. Ambas cosas son relevantes, puesto que las experiencias violentas, en relación con el conflicto armado, forman parte de los elementos que dan criterio a la participación en el grupo, como lo veníamos discutiendo, pero esta experiencia por si sola difícilmente podría generar permanencias. Se necesitan entonces los vínculos, la generación de afectos, de empatías, las posibilidades de sentirse parte de algo, y esto lo posibilita la organización.

En 2022, ya en la maestría y con mi tema de estudio delimitado, viajé en el mes de diciembre desde México a Colombia para avanzar en la investigación y pude participar en un mismo día de la eucaristía y un acto simbólico por la vida de mi amiga Paola, así como de la celebración navideña de ASODER, espacio al que he denominado “el encuentro”. Estos dos momentos me permitieron reflexionar, por una parte, sobre las complejidades de las violencias, pero por otra, siendo esto lo que más me interesa desarrollar, sobre las formas en que los grupos humanos resignificamos nuestras experiencias y cómo un momento como “el encuentro” constituye una expresión de resistencias ante lo que las violencias imponen.

El encuentro como resistencia lo pienso en las lógicas de lo expuesto por Valenzuela Arce cuando argumenta que la biopolítica (concepto introducido por Foucault y desarrollado por autores como Agamben, Negri o Esposito) no puede pensarse sin un correlato que, para el autor, se denomina biorresistencias (Valenzuela Arce J. M., 2019, p. 93), es decir, respuestas de individuos

y grupos frente a las biopolíticas. Estas respuestas no necesitan ser planeadas como una acción antisistémica, pero incluso sin esa planeación terminan siéndolo. Si como lo argumentábamos las violencias separan, encontrarse con otros/as es una forma de contradecir su imposición, lo que en las lógicas del citado autor sería una bioproximidad o “procesos intensos de encuerpamiento del espacio y el territorio corporal” (Valenzuela Arce J. M., 2019, p. 104). Al trasladar estos conceptos a esta investigación, nos llevan a reconocer que los poderes que hemos venido analizando y que se han ejercido sobre las/os sujetas/os, no se alojan en cuerpos inertes, sino en unos capaces de resignificar y de reconstruir en lógicas individuales y grupales.

Con estas búsquedas en el horizonte, en diciembre de 2023, tuve la posibilidad de participar también en el encuentro de este año, lo que me permitió reconocer elementos que se repiten en los diferentes momentos, así como cambios que parecen relacionarse con transformaciones de los liderazgos ocurridos con posterioridad a la muerte de Martha Castaño, la anterior presidenta de la organización. Es a partir de estos ejercicios de observación participante, que buscamos reconocer elementos que nos acerquen a la comprensión de las dimensiones identitarias, las emosignificaciones y las construcciones de los lugares.

Dicho esto, recurrir al análisis de un momento como el encuentro, donde los ejes espacio - tiempo se entrecruzan, toma relevancia en la medida en que es posible reconocer expresiones de las identidades que tienen allí presencia. Se trata de una temporalidad que en los calendarios compartidos se vincula con celebraciones navideñas, que a su vez se asocian con ritualidades de tipo religioso, pero que trascienden a los espacios sociales y recurren a muchos otros elementos simbólicos que reúnen. En las comunidades y las familias se decoran los espacios, cambian las músicas, se preparan comidas especiales para la temporada y se programan encuentros, en fin,

sucedan cosas que transforman las dinámicas del tiempo ordinario, es decir, construyen un tiempo ritualizado.

En el caso del encuentro de ASODER, se conservan en gran medida estas dinámicas colectivas de celebración asociadas a la navidad, pero es también un momento que tiene singularidades en relación con aspectos como: quiénes son las personas que se encuentran, cómo se programan, cómo se ha mantenido en los años, dónde se realiza, entre otros. Este momento, parte entonces de construcciones simbólicas y negociaciones donde son fundamentales las voluntades de quienes forman parte de la organización y las de otras personas e instituciones que aportan o deniegan su realización o el involucramiento en este espacio.

Según lo contaba Martha Castaño el encuentro solo se vio interrumpido durante la pandemia por COVID 19 cuando, debido a las estrictas restricciones impuestas a la movilidad y las reuniones sociales, no pudo realizarse. Ella manifestaba: “teníamos mucha tristeza porque no sabíamos si nos íbamos a volver a ver. Los viejitos se estaban yendo, yo mantenía con ganas de llorar” (Castaño, M, Comunicación personal, 2022). Pero luego hubo otras oportunidades para reunirse y en 2021 volvieron a celebrar la navidad. Lo que a continuación narraremos, pretende reunir elementos de la experiencia de los encuentros desarrollados en 2022 y 2023.

### **La planeación y coordinación del encuentro**

Meses antes de este evento, algunas de las lideresas de la organización trabajan para materializarlo, se contactan con instituciones como la Alcaldía y algunas personas que históricamente les han prestado apoyos para gestionar los espacios, el sonido, las sillas, el alimento

y los regalos<sup>30</sup>. Con relación a las gestiones del evento Martha Castaño decía: “me gustaría poder darles un mercadito a todos, mucha gente no tiene ni qué comer y eso los pone muy contentos, pero ya no es como antes” (Castaño, M, Comunicación personal, 2022), haciendo referencia a que no siempre consiguen las donaciones para cubrir a todos/as los miembros de la organización, por lo que han tenido que recurrir a las rifas de regalos. En el encuentro de 2022 Martha decidió darles una cobija a las personas más antiguas de la organización y esto generó malestares en algunas que consideraban que, aunque llevaran menos tiempo merecían el regalo más que otras personas, pero el dinero no alcanzaba para todas. Es que, con el paso de los años, el apoyo a las víctimas deja de priorizarse por muchos sectores.

Las labores de coordinación de coordinación del evento están a cargo de la presidenta de la organización, pero otros/as miembros aportan. Cuando las gestiones son formales, las lideresas elaboran cartas para solicitar los apoyos, sobre todo cuando se trata de instituciones; en otros casos lo hacen por medio de llamadas o visitas a quienes en algún momento han apoyado, todo esto, presentándose ante los demás como organización, como un grupo de personas que han sufrido desplazamiento y que necesitan de otros/as para mantener sus prácticas asociativas.

Acá el discurso en relación con el ser desplazados/as adquiere relevancia, pues si bien hay un pedido a la institucionalidad, este se hace en parte apelando a reclamar derechos o a resaltar la pertenencia a un grupo con unas características específicas, entre las que se encuentran, en muchos casos, condiciones económicas precarias, que implican la cooperación de distintos actores para hacer efectiva esta celebración. Así, esta etiqueta es resaltada para fines como el evento y otras reclamaciones o búsquedas de suplir necesidades. Ya Rufer nos decía que “(...) el subalterno se

---

<sup>30</sup> Hablo de las lideresas porque son en su mayoría mujeres las que asumen las gestiones para llevar a cabo este y otros proyectos, como ya lo mencionábamos en apartados anteriores.

ve obligado a usar de forma ambivalente el lenguaje de la autoridad” (2012, p. 69), de lo que se desprende que los/as subalternos/as entienden los modos en que la “autoridad” les enuncia y juega a representarse en estos modos de enunciación, es decir hace performance, lo que al tiempo tiene que ver con lo que discutíamos en el capítulo anterior con respecto a las formas en que el ser víctima se resalta u oculta según las situaciones y los/as interlocutores/as.

Ahora bien, estos modos de enunciarse y de entenderse cambian cuando se transforman los liderazgos. Un ejemplo de esto es que históricamente un grupo de mujeres acudía a la plaza de mercado en búsqueda de donaciones de alimentos para elaborar el almuerzo del encuentro. Sin embargo, durante el último año, esta actividad fue entendida por algunas personas como una forma de pedir limosna, mientras quienes siempre lo habían hecho sintieron que esta enunciación era una ofensa hacia ellas, lo que conllevó a que no se buscaran este tipo de donaciones y se hiciera preferentemente acudiendo a las dependencias que tienen alguna responsabilidad en la garantía de derechos de las víctimas y las personas con cercanía hacia la organización, que en algunos casos se trató de sus propios miembros o familiares.

Estos elementos asociados a la planeación y la coordinación ponen en evidencia las formas de presentarse ante los/as otros/as y a su vez, las maneras en que son asimilados/as desde afuera. Al tiempo, reflejan relaciones de poder, cooperación y tensiones que se presentan al interior de la organización y hacia el exterior de esta. Es que el hacer parte de una organización no significa ausencia de diferencias y tensiones, por el contrario, en los círculos de las cercanías es muy posible evidenciarlas.

### **El lugar del encuentro, un lugar reclamado**

El espacio físico donde se realiza el encuentro no siempre es el mismo, depende de las disponibilidades o respuestas positivas de la institucionalidad que define si es o no posible el préstamo del lugar que quisieran utilizar. La organización carece de sitios propios, más bien, los apropian durante periodos específicos de tiempo, de allí que en este modelo de análisis se entienda como un lugar reclamado, a este espacio que carece de permanencia física, pero sí tiene una simbólica y que permite materializar prácticas y sentidos a su miembros/as. Es entonces un espacio que en las dinámicas cotidianas puede tener usos diversos pero que se convierte en lugar de encuentro, por un periodo de tiempo.

Para el año 2022 el encuentro se realizó en una institución educativa que les prestaron, y que está ubicada en un lugar céntrico del municipio, aunque en otros momentos lo han hecho en lugares más alejados. En esta institución se les permitió utilizar una cancha deportiva techada, con áreas verdes alrededor y la zona de los servicios sanitarios ubicados en un segundo piso.



*Fotografía 6. Lugar de encuentro 2022, por Nicolás Meneses*

En el 2023, el espacio cambió; en este caso se trató de una cancha deportiva del barrio Las Playas, a unas pocas cuadras del lugar donde se realizó el año anterior, pero no se contó con

espacios verdes y los servicios sanitarios estaban en el salón comunal ubicado al frente de esta



cancha, en un segundo piso, lo que dificulta el acceso para algunas personas que tienen movilidad reducida. Como esta cancha está al interior de un barrio, otras personas que no pertenecen a ASODER estaban en los alrededores y algunas ingresaron al evento, siendo muy llamativo un señor alcorado que iba de grupo en grupo buscando conversación. Algunas personas decían que estaba molestando y sería mejor sacarlo, pero otras, por el contrario, creían que era una persona que necesitaba de alguien que lo escuchara y se dispusieron a compartir con él.

*Fotografía 7. Fotografía 7. Los lugares de encuentro, por César Meneses J.*

Antes nos referíamos a la cancha como un lugar, esto tiene que ver con el hecho de ser simbolizado y experimentado por el grupo, de albergar procesos y distribuirse bajo unos criterios que no se corresponden con las funciones que generalmente se le asignan. Así, un espacio que normalmente es usado para jugar partidos de fútbol, en las lógicas de la construcción del lugar se convierte en una cocina temporal, en un sitio para cantar o bailar, para hacer rifas, para comer.

Aunque cada año la distribución de los espacios varía, un sitio para la preparación de los alimentos siempre se mantiene. Estas distribuciones conservan referencias de las fiestas en las

veredas, cuando en la navidad se reunían las familias y cocinaban, durante el día y la noche, diversas preparaciones. Al respecto, Rosa nos contaba “nosotros matábamos un marrano y con eso hacíamos morcilla, chicharrones, al otro día hacíamos sancocho y les dábamos a los vecinos” (Arias, R, comunicación personal, 16 de diciembre de 2023). En el encuentro, hacia un costado de la cancha se ubica un fogón de leña construido con adobes y piedras para sostener la olla enorme. Se coloca estratégicamente en un costado para mantener libre el centro de la cancha para ubicar las sillas y algunos espacios vacíos para el juego u otras actividades que varían según los acompañantes del evento.

En el encuentro de 2022 algunos adultos, niños y niñas se distribuían por los espacios verdes del lugar y jugaban con una pelota, con muñecas o entre ellos/as. Ya en 2023, se redujeron los espacios, también las personas asistieron en esta oportunidad. En las sillas dispuestas y en las gradas de la cancha, las personas se acomodaban por grupos, algunos de ellos de familias, otros/as según los afectos o donde quedaba algún espacio libre. En el ambiente del segundo evento, se percibía la ausencia de Martha Castaño, que por primera vez no estaba presente.



*Fotografía 8. Un grupo de hombres comparten, por Nicolás Meneses*

Unos pendones que estaban instalados en 2022, en 2023 ya no aparecieron. El primero de ellos de la organización, con la frase: “No queremos que nos vean como un problema, queremos ser actores directos y permanentes en la recuperación de la tranquilidad y el desarrollo del territorio”. Este pendón los/as acompaña en diferentes espacios y su foto se encuentra colgada en la página de Facebook, lo que hace pensar que buscan emitir un mensaje con relación a lo que significa pertenecer a la organización. Este mensaje contraría posturas externas que al parecer los/as juzgan y manifiesta una construcción identitaria en la que se entienden como agentes que están en capacidad de aportar a las construcciones territoriales.

El segundo pendón era de Personería, entidad encargada del acompañamiento para la garantía de derechos de distintas poblaciones. Este imprime un mensaje externo, podríamos pensar que publicitario, pero que se conecta con las relaciones que la organización ha establecido con quienes les acompañan y participan. La Personería, aparece pues como una institución aliada, que participa y visibiliza su presencia. No pasa lo mismo con la Alcaldía, que, aunque aporte dinero o materiales, reduce su participación a la persona encargada de la atención a las víctimas.

Al finalizar el evento, el grupo debe recoger las sillas, limpiar el espacio, sacar las basuras, en fin, encargarse de que todo quede lo más similar posible a como fue entregado, vuelve de nuevo a ser una cancha o un lugar apropiado por otras personas.

### **Lo central: Compartir la comida**

El humo ronda el lugar; se le puede ver y oler en el ambiente y en las ropas que quedan impregnadas de ese olor que remite a los campos. Mujeres y hombres prenden el fogón de leña y preparan los alimentos en los costados de la cancha, mientras otras personas se reúnen a conversar y a esperar.



*Fotografía 9. Una de las mujeres de ASODER mantiene el fuego, por Nicolás Meneses*

La comida es un elemento fundamental alrededor del cual se ordenan los demás momentos. Pero no se trata de cualquier comida, pues en todos los encuentros el plato elegido es el sancocho; un caldo típico de Colombia que se asocia con el campo, los paseos al río, los momentos de trabajo comunitario que llamamos “convites” o las visitas donde las abuelas. Este caldo, tiene múltiples versiones, según la zona del país en que se elabore, pero en la región andina suele tener carnes de res, cerdo y/o pollo, papas, mazorca de maíz tierno, plátanos, yucas, zanahoria y otras verduras. Las mujeres nos cuentan que deben cocinar las carnes más duras primero y que, de hecho, llevan la carne de res precocida para agilizar un poco el proceso; los demás ingredientes se los van agregando, incluyendo una buena cantidad de cebollas, tomates y cilantro picados para dar más sabor al caldo.



*Fotografía 10. Manos de mujer picando cilantro, por César Meneses J.*

Para la preparación del almuerzo distintas personas se encargan de alguna tarea. Unas prenden el fuego, otras pelan el revuelto<sup>31</sup>, otras llevan el agua, algunas hacen la ensalada y las bebidas. En la mayoría de los casos son las mujeres quienes hacen estas tareas, pero en el último encuentro, algunos compañeros del

grupo estuvieron muy activos en las distintas actividades.

Cuando el sancocho está listo para ser servido, las personas se disponen en filas para pasar a recibir la comida, cada uno/a con un plato u otro recipiente que llevaba de sus casas, pues, aunque en la logística se compran platos desechables, sólo son usados cuando alguien olvida el suyo. A algunos les llevan la comida hasta los lugares donde estén, sobre todo a los representantes de instituciones o externos que, como yo, estamos compartiendo con ellos. Pero entre los/as invitados/as hay quienes no aceptan el almuerzo argumentando que ya comieron.

Estas filas me hacen pensar en las historias de la constitución de la organización, cuando por la situación de precariedad económica, las personas tenían que ir a reclamar alimento o cuando buscan recibir alguna atención del estado y deben pasar por largas filas para recibir respuestas.

---

<sup>31</sup> Se le denomina revuelto a las legumbres y verduras que se le ponen al caldo

Pero acá no son largas y todos/as reciben un trato amable, como pasaría en una fiesta familiar o comunitaria.



*Fotografía 11. El momento de la alimentación, por Nicolás Meneses*

Las porciones de comida que se sirven son generosas. Para el año 2022 ya empezaban a preocuparse por que no alcanzara, pero todos pudieron comer sin inconvenientes. En 2023, con la inasistencia de muchas personas, la olla quedó muy llena luego de servirles a todos. Cuando se acabó el evento la olla fue guardada. Por ser la primera vez que personas diferentes a Martha Castaño se encargaban de la logística, todas asumieron que otra repartiría lo que allí había, pero no fue así. Días después, cuando recogieron la olla en el lugar donde estaba guardada, encontraron que había comida y estaba podrida. Esta olla pasó de representar la alegría de compartir a ser un factor de malestar y a dar cuenta de una cierta crisis en los roles y los liderazgos que otras situaciones también manifiestan.

De regreso a las comidas, todos los años, con excepción del 2023, se compartían otras dos preparaciones típicas de la navidad en Colombia que se sirven acompañadas: natilla y buñuelos. La primera es un dulce preparado con leche, panela<sup>32</sup> y harina de maíz y los segundos son unas

---

<sup>32</sup> Piloncillo en México.

bolitas fritas, saladas, que se preparan con queso y harinas; ambas preparaciones generan un contraste entre lo dulce y lo salado que a muchos de los colombianos parece agradarnos. Martha hacía la natilla de colores, una manera diferente a la que yo conocía y que me resultaba muy llamativa. Ese diciembre me invitó a ir a su casa para que comiera, pero yo no pude ir; no imaginaba que ese sería el último año que ella prepararía ese postre y pareciera que, con su muerte, este elemento de la alimentación pasó a un segundo plano, por lo menos en el último encuentro.

Esta centralidad de la comida en el encuentro guarda una serie de ritualidades, que parten de la reiteración de las preparaciones, las formas de conseguir los alimentos, la elaboración colaborativa, así como el modo de servirlo, que tienen que ver con los repertorios culturales de las personas que participan. Otros grupos sociales posiblemente elegirían otras preparaciones o las cambiarían, pero este grupo parece que, hasta ahora, ha encontrado en el sancocho un elemento que les remite a lo conocido, que les da permanencia, algo que en procesos de transición como los que viven las personas desplazadas, es fundamental para la reconfiguración de sus vidas. Pese a esto, es posible que con los cambios en los liderazgos también las ritualidades se modifiquen, puesto que, como lo decíamos líneas atrás, la cohesión que por mucho tiempo manifestó la organización del encuentro, en la actualidad genera algunas diferencias.

Pero las ritualidades van más allá del alimento y manifiestan expresiones de apropiación de este territorio, con los capitales y los ritmos propios. Así, organizar o participar de esta celebración dice sobre los gustos, afectos, necesidades y genera la sensación de formar parte del grupo, lo que a su vez dialoga con las percepciones y acciones de los/as otros/as, entiéndase estos como la institucionalidad, los políticos, la comunidad, entre otros/as, que podemos manifestar un reconocimiento como grupo social o por el contrario desconocer su existencia.

### **Participar como forma de reafirmar los vínculos**

En 2022, a mi llegada al encuentro salió a saludarme una de las lideresas de la organización, una mujer que se incorporó hace aproximadamente 9 años. Yo me había contactado previamente con personas que reconocía como líderes para hablarles de mi propósito de hacer la tesis con la organización y fui invitada a participar del evento. Tanto su saludo como el de las demás personas con las que luego me fui encontrando fue muy emotivo. Sentí que existía un vínculo con el grupo a pesar del tiempo en que estuve distante y esto también me fue manifestado recurrentemente, resaltando mi anterior lugar de funcionaria y las expectativas por el nuevo rol como investigadora.

No faltaron las quejas por los malos momentos que pasaron con otros funcionarios, ni el reconocimiento a la persona que recientemente ocupa el cargo en el que anteriormente me desempeñaba, en quién encontraron un apoyo a sus necesidades. Recibí muchos abrazos que son comunes entre ellos/as como formas del afecto. Para el encuentro de 2023, aunque mi presencia ya no era novedosa, las demostraciones de afecto y bienvenida volvieron a ser una constante, sobre todo de las personas con las que estuve en interacciones más directas durante las entrevistas o talleres y con quienes había trabajado más de cerca en mi anterior rol.

Pero yo no era la única externa en los encuentros. Como lo decíamos antes, otras personas que se vinculan de distintos modos con la organización asisten o envían representantes en su lugar. En 2022 entre las personas externas estaba un funcionario de la Personería que parecía perdido, dando vueltas por el espacio. La abogada de esta institución que comúnmente acompaña la organización no pudo asistir y él, que no reconocía a las personas, era muy probable que se sintiera ajeno. Luego llegaron un exfuncionario de la personería y su esposa a ofrecer un espacio musical con canciones tradicionales de la época; las personas que hasta entonces estaban sentadas en

grupos se vieron muy animadas e incluso algunos bailaron, lo que hasta ese momento no había sucedido.

Un poco más avanzado el encuentro llegó la nueva coordinadora de la oficina de víctimas. Si bien ella es funcionaria, estar allí no forma parte de sus funciones, más bien significa una priorización de su tiempo para hacerlo, lo que para las personas de la organización es muy valioso. También asistió un aspirante a la alcaldía del Municipio acompañado de su comitiva, estuvo por un corto tiempo, se fue y regresó al momento con regalos para los niños y las niñas y dulces para el resto de los/as asistentes. En su presentación decía: “siempre he acompañado a ASODER” y su discurso se veía ratificado por las/os asistentes. Es posible que este personaje encuentre en el grupo un potencial electoral, pero de forma adicional hay un reconocimiento hacia la organización, pues otros actores políticos no asisten nunca a eventos organizados por este grupo, ni siquiera a aquellos que son formales, tratándoles, como lo argumentábamos en capítulos anteriores, como una alteridad radical (Castillejo, 2016).

En 2023 no variaron muchas las presencias y ausencias. Como ha sido común, funcionarias de la Personería asistieron e hicieron algunos juegos amenizar el espacio. De nuevo la coordinadora del programa de víctimas se hizo presente y el exaspirante a la Alcaldía también regresó, aunque las elecciones ya habían finalizado y no resultó ganador. De nuevo entregó algunos regalos para los/as niños/as y pasado un momento se fue. Se sumó una funcionaria de la Procuraduría y se contó entre los ausentes al exfuncionario de la Personería que el año anterior amenizó el espacio con canciones. Él ahora tiene un rol como concejal del municipio.

Los/as otros/as reflejamos lo contrastante, los que no hacemos del todo parte pero que entramos en las dinámicas de reconocimiento, diferenciación o incluso invisibilización, escenarios en los que se reconfiguran aspectos identitarios en torno al “somos”, “no somos” en el sentido en

que actualizan sentimientos de pertenencia e incluso de rechazo. Nuestras presencias y ausencias, las formas de relacionarnos, identificarlos/as o referirnos a ellos/as son elementos que podemos observar en diferentes momentos y espacios y que se retomarán en el análisis de los siguientes apartados.

### ***Conmemorar la memoria en los márgenes de la oficialidad y las apropiaciones***

El 09 de abril de cada año, en el país se conmemora el día de la Memoria y la Solidaridad con las Víctimas, una fecha establecida oficialmente desde 2011 en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras y que tiene una carga histórica, por tratarse del día en que asesinaron al líder político Jorge Eliecer Gaitán y que se desató lo que se conoce como el Bogotazo<sup>33</sup>. Esta conmemoración parte de un reconocimiento del estado que genera obligaciones en los distintos niveles territoriales y desde su nombre invita a la recordación de hechos y circunstancias asociadas al conflicto y a la empatía hacia las víctimas. Sin embargo, las formas en que se materializa dependen, en gran medida, de los recursos, agendas y voluntades institucionales, así como del involucramiento de distintos actores.

Por lo que he observado y me han transmitido diversos/as interlocutores/as, las acciones de memoria asociadas a estas fechas en Rionegro, han estado acompañadas e incluso, en muchas oportunidades, lideradas por la organización ASODER, que por años ha mantenido a la memoria como un eje fundamental en su discurso y sus prácticas. Años atrás, en 2016, asistí por primera vez a esta conmemoración en el municipio y recuerdo haber visitado una exposición que

---

<sup>33</sup> Gaitán, quien aspiraba a la presidencia de la república, representaba una opción política de cambio. Su asesinato produjo reacciones en las gentes que depositaban su esperanza en él y que pedían justicia. El Bogotazo inició con disturbios en la ciudad con ese reclamo de justicia, pero fue e implicó mucho más que esto en las dinámicas de violencia y reivindicaciones en el país.

organizaron en un espacio que les prestaron, en lo que entonces era la Casa de la Cultura. En esa exposición resaltaban los diferentes hechos violentos que habían sufrido. Una pared llena de recortes de papel en forma de lápidas con los nombres de personas asesinadas y desaparecidas, fotografías y bloques de madera en el suelo que representaban los jóvenes asesinados en este municipio<sup>34</sup>; siluetas de personas amarradas como muestra del secuestro, platos rotos en representación de la afectaciones por minas antipersonales.

Otros lugares hablaban de la necesidad de que se les reconocieran derechos fundamentales, como lo es tener una vivienda. Para esto usaron una maqueta de una casa en construcción con el título “Un sueño”, acompañado de un texto en el que uno de sus miembros decía “son cosas muy duras uno tenerse que venir sin nada a dormir en una pieza que le entra agua. Soy una anciana de 78 años, estoy muy enferma, no puedo casi caminar” (fotografía archivo personal, exposición de memoria, 2016). Un libro también aparecía en un lugar central. Se trataba de uno de elaboración artesanal que recogía imágenes y textos contruidos en espacios de participación; hoy no se sabe del destino de ese libro. Palabras como esperanza, recuerdos, memorias; un espacio llamado sábana del amor, pendones y oraciones como “no hay armas que entierren nuestra memoria”, entre otras, también ocupaban el espacio, al que asistimos unos pocos funcionarios, personas miembros de la organización y sus amigos y aliados. La conmemoración, en ese momento, como ya lo decía, se construyó en un lugar prestado al cual se le cargó se símbolos y significaciones que luego tuvieron que ser recogidas, en el mejor de los casos guardadas, en otras botadas y que aún hoy no encuentran un asidero.

---

<sup>34</sup> Al respecto de estos asesinatos, una mujer lideresa de Rionegro a quién le asesinaron a su hijo continúa llamando la atención por la necesidad de que las memorias de lo que sucedió en Rionegro también sean contadas. Ella decía “yo necesito un lugar en donde esté el nombre de mi hijo y yo pueda ir con mi hija y mi nieto”.

Ahora bien, años después, el 09 de abril de 2024, se desarrollaron dos agendas en paralelo en el marco de esta conmemoración. Una de ellas, considerada la oficial, se llevó a cabo en coordinación entre distintas instituciones y agrupaciones, incluidas la Alcaldía, la Personería Municipal y la Mesa de Participación Efectiva de Víctimas; la otra, fue gestionada por el Movimiento Cívico del Oriente<sup>35</sup>, con el apoyo de uno de los concejales del Municipio y contó con la participación de un grupo de víctimas, la mayoría de ellas miembros de ASODER y otras no organizadas. Debido a la invitación de la presidenta de ASODER, quien se sumó a este evento, tomé la decisión de participar del segundo espacio como asistente.

Al inicio de la sesión intervino Juan David Torres, concejal que estaba liderando la invitación, haciendo referencia a que distintos actores participaron en el conflicto armado del país, entre ellos las guerrillas, los paramilitares, pero que también se le sumó el estado. Este aspecto, aunque ha sido ampliamente documentado e investigado, en muchos sectores se oculta o se niega y en Rionegro esto parece ser una constante, pero en este caso se puso en discusión en este espacio público. También hizo alusión a la normatividad nacional y énfasis en la normatividad local (Acuerdo municipal 017 de 2012) que establece, entre otras cosas, que en este día el concejo debe sesionar y que, por esta razón, aunque no hay sesiones programadas se recibió a los asistentes en el recinto. Agradeció también a los concejales que se hicieron presentes en el espacio, porque según él, era una manifestación de interés.

Con posterioridad, casi que a modo de réplica, otro de los concejales manifestó que era posible que en el conflicto se hubieran presentado “procedimientos inadecuados” por parte de la

---

<sup>35</sup> El Movimiento Cívico del Oriente es un movimiento social que nació en un contexto del territorio en el que agendas externas de “desarrollo” se imponían. Este movimiento sufrió diversas afectaciones en el marco del conflicto armado interno, es reconocido como víctima colectiva y está inmerso en un proceso de reparación. En el espacio, los miembros del movimiento presentaron los acuerdos del plan de reparación colectiva.

fuerza pública, pero que él era un “enamorado” de las instituciones, así mismo dijo: “hoy tenemos un gobierno que se ha dedicado a aplaudir a esos grupos terroristas -continuó- gracias a dios tenemos un gobernador con los pantalones bien puestos” (J.A, Ospina, comunicación personal, abril 09 de 2024) haciendo referencia, al Presidente de la República y al Gobernador de Antioquia, los cuales representan posturas políticas contrarias.

Quien ahora es el Gobernador de Antioquia, era el alcalde del municipio de Rionegro en la época en la que trabajé allí con víctimas, una persona con quien compartí poco. Yo, más que su colaboradora parecía una externa que se le había colado en la nómina y que igual que las víctimas necesitaba vigilancia. Las comunicaciones que yo escribía eran revisadas y se proponía eliminar de ellas palabras como “conflicto” o “víctimas” y tuve que argumentar en términos normativos por qué era necesario usarlas. Lo mismo sucedía cuando de desarrollar un proyecto se trataba, la principal herramienta para ello fue siempre la obligatoriedad enmarcada en la ley, que finalmente lo que lograba era el cumplimiento en estándares inferiores a lo que la capacidad financiera y técnica del municipio podrían dar. Por muchos años las víctimas solicitaron un salón para la memoria y en ese periodo se acordó que se materializaría, sin embargo, cuando decidí retirarme, el lugar con el que habíamos avanzado en diseños ya había cambiado.

Hoy, parece que ese compromiso fue cumplido con un salón en un segundo piso que, aunque alberga algunas imágenes significativas sobre el tema de desaparición forzada que fueron construidas por un grupo de víctimas en compañía de un artista de la región y que allí se desarrollan talleres, reuniones y formaciones, dista mucho de lo que un espacio para las memorias puede llegar a significar. El “salón de la memoria” tiene algunas sillas, mesas y una especie de biombo separa un rincón que hace las veces de bodega. Cuelga de la pared un telón blanco en el que algunas personas escribieron compromisos con las víctimas y ellas mismas consignaron sus mensajes, pero

más de la mitad de este telón está vacío, ¿será metáfora de las ausencias y las faltas de solidaridad? Un techo roto que no ha sido reparado y donde se vislumbran humedades, unas llaves para el ingreso que a veces no aparecen, terminan de completar esta metáfora.

Pero volvamos a la sesión del concejo. Ante las ya nombradas intervenciones y cuando se le iba a dar paso a la Personera delegada para los derechos humanos, el representante del Movimiento Cívico se pronunció diciendo que si no se respetaba la agenda se iban a retirar: “yo si la cosa sigue así no es un acto para las víctimas, si la cosa no sigue como estaba establecida, yo me retiro y me retiro con mis compañeros” (C, Ruiz, comunicación personal, abril 09 de 2024), mientras se escuchaban réplicas decir: “nosotros venimos con las víctimas, no con los victimarios”. Se dio entonces paso a la intervención del movimiento cívico llamada “Crónicas de un pueblo en lucha” a cargo de Carlos Ruiz, su representante.

En su discurso inicia recordando que el recinto donde se encuentra es un espacio público y agradece las gestiones adelantadas para su préstamo. Luego da paso a una narración histórica sobre el Movimiento Cívico, resaltando que sus bases son los ejercicios ciudadanos “por la defensa del territorio y los derechos de la ciudadanía... hoy más conocidos como los derechos humanos” (C, Ruiz, comunicación personal, abril 09 de 2024) que surgen en respuesta a las visiones de desarrollo y progreso impuestas por sectores políticos, económicos y empresariales que no fueron concertadas. En su recuento se hacen visibles los cambios en las vocaciones económicas de los municipios, en la tenencia y el uso de la tierra, en las dinámicas sociales que esto produjo y los ejercicios ciudadanos de reclamación de derechos, que en medio de estas dinámicas se originaron. Lo que vino después fueron los asesinatos, amenazas y distintas vulneraciones hacia las personas miembros de este movimiento a quienes se les estigmatizó y tildó de pertenecer a las guerrillas.

Si volvemos al primer capítulo de esta tesis podremos recordar que ya se hacían visibles los vínculos entre los “proyectos de desarrollo” impuestos, con las profundizaciones en las dinámicas del conflicto, pero también, la importancia de la organización social en el territorio, que precisamente fue y sigue siendo afectada por mecanismos de segregación que dividen los grupos sociales en categorías y emparejan todo aquello que se salga de las dinámicas neoliberales con “guerrillero” e incluso “terrorista”. En estas lógicas, las víctimas también siguen estando inmersas en esos ejercicios de polarización.

La exposición del Movimiento cívico se amplió hacia el plan de reparación colectiva que han pactado con el estado, haciendo énfasis en lo colectivo del plan. Mientras tanto, en las tribunas se escuchaban comentarios que apelaban a la necesidad de hacer también visibles las necesidades individuales de personas que aún no gozan de sus derechos. Al respecto, algunas víctimas hicieron preguntas al expositor y al auditorio, pero las respuestas no parecían resolver estas inquietudes.

Leidy Arias, lideresa y exconcejala del municipio tuvo la palabra para presentar el Acuerdo 017 de 2012, que crea el Programa de atención y reparación integral a las víctimas y el centro de memoria, paz y reconciliación en el Municipio (Concejo de Rionegro, 2012). Pese a que el acuerdo es de 2012, la lideresa argumentaba que hay mucho desconocimiento de este. En su intervención, además habló de su implicación, al ser una víctima directa por el asesinato de su hijo, desde entonces espera medidas de memoria que se concreten y permitan evidenciar que en Rionegro también se vivió el conflicto armado, aspecto que, como hemos dicho ha sido ocultado, negado o minimizado.

Posteriormente se le dio paso a Amparo Jiménez, actual presidenta de ASODER, para que realizara su intervención. Para ese momento algunos concejales se habían sumado y otras personas se habían retirado. Mientras ella hablaba, la mayoría de los concejales asistentes miraban sus

celulares, otras personas conversaban atrás; entre ellas dos mujeres que acababan de llegar y se preguntaban quién era esa señora y qué era lo que estaban haciendo ahí. Al menos en dos oportunidades a una de ellas le sonó el celular y sin reparos lo contestó al interior del recinto. Entre tanto ella expresaba agradecimientos y necesidades de las víctimas, mientras las palabras parecían salir y perderse en un ambiente de desinterés. Pero sus demás compañeras ahí estaban escuchándola y acompañándola, porque la persistencia en la búsqueda de sus derechos y los vínculos que las/os unen son más fuertes que las ausencias de respuestas.

Finalizó este espacio con la intervención del Personero Municipal que manifestó su disposición para formar parte de las comisiones que aborden el tema e invitó a los concejales asistentes para que se avancen con acciones para la materialización de los derechos de las víctimas. Así mismo, apeló a la responsabilidad y solidaridad de la sociedad, las empresas y las instituciones con las personas que han enfrentado el conflicto y a la necesidad de avanzar en la atención psicosocial. En su intervención manifestó: “es que la condición de víctima no se elimina con el tiempo” (Restrepo, J, comunicación personal, 09 de abril de 2024), haciendo referencia a conversaciones con personas víctimas en que le han dicho que, aunque el estado les ha enviado comunicaciones afirmando que sus condiciones de vulnerabilidad ya cesaron, ellos/as no se sienten reparados/as completamente y en consecuencia se siguen sintiendo víctimas.

La anterior afirmación se conecta con nuestras discusiones sobre la identidad y, de forma más precisa, sobre la categoría identitaria de víctima, que se resalta y reafirma en los relacionamientos con la institucionalidad como un modo de reclamación, dado que es a partir de la enunciación desde esta categoría como se posibilita dar paso a las solicitudes de reparación. Ahora bien, el acercamiento a este momento nos permite analizar elementos como la pertenencia y distinguibilidad. Si observamos quiénes asisten a un escenario como el descrito, podremos

concluir que se trata de los/as que se reconocen a sí mismos/as como víctimas y en este sentido se sienten convocados/as. Adicional al reconocimiento individual, se precisa de un posicionamiento ante otros/as como parte de una colectividad o de círculos de participación, es decir, no es solo el reconocimiento propio sino por parte de y frente a los/as otros/as para ser convocado/a y a su vez, sentirse interpelado/a para participar.

Ahora bien, este reconocimiento, no necesariamente está vinculado con una valoración positiva hacia el grupo, sino que puede incluso traer consigo cargas negativas. En lo que se refiere a las personas participantes de ASODER, esta valoración negativa se evidencia, por ejemplo, cuando en las oficinas se hace un juego de palabras con el nombre de la organización cambiando la S por la J, es decir, AJODER. En Colombia la palabra joder es sinónimo de molestar e incomodar, por lo que este cambio le da a la organización una característica de algo molesto. Joder en este contexto se relaciona con la persistencia de este grupo en la reclamación de sus derechos, que se convierte en molestia para los/as funcionarios/as a quienes acuden. Cuando ante la espera de respuestas se activan mecanismos como el mantenerse presentes en los diferentes espacios, esa presencia cuestiona el establecimiento y en consecuencia se traduce en una resistencia, en tanto que los derechos de muchas personas se han conquistado es a partir de estas persistencias. Persistir es mantenerse vigente y resistirse al olvido y en este sentido es también una forma de hacer memoria y manifestar la existencia individual y colectiva

### ***Un Dios presente ante las ausencias***

En la antropología colombiana del Siglo XX fueron usuales los estudios acerca de cosmovisión como hilos conductores para comprender los modos de vida de las comunidades. Es

por lo que tantos trabajos etnográficos realizados en todo el territorio nacional buscaron entender los sistemas de creencias, las festividades, las vestimentas, etc., convirtiendo la antropología en una especie de inventario cultural o del patrimonio material e inmaterial, dejando de lado la comprensión de los sistemas de significación y las complejas relaciones de poder que se dan en todos los contextos. Han sido muchas las fotografías de mujeres y niños/as arhuacos, paeces, nukak makú, entre otros, con sus trajes tradicionales, acompañados de pies de fotos que explicaban cuándo se vestían así, por qué lo hacían, cuáles eran las diferencias con los vestidos de los hombres, dónde estaban ubicados, en qué creían, cómo eran sus rituales, en fin, mecanismos de identificación que, quizá sin quererlo (o queriendo), motivaron largos procesos de racialización, estigmatización e identificaciones negativas que los pueblos originarios siguen cargando sobre sus espaldas.

De hecho, en uno de sus trabajos más importante, la profesora Nina S. de Friedemann (1984) hace referencia a una antropología de los pueblos negros partiendo de una anécdota en la que un colega le dijo que los estudios sobre negros en Colombia no eran antropología. En este sentido, no podríamos hablar de antropología si los pueblos que estudiamos no tienen una vestimenta tradicional, una lengua común, un sistema de creencias diferente y complejo, es decir, si no se trata de pueblos exóticos y lejanos a los que podamos comprender desde esa lejanía, metidos en un metafórico plato Petri en el que se puedan aislar y observar lejos de la civilización a la que el antropólogo/antropóloga pertenece.

No es mi interés caer en este dilema. Pienso hacer una lectura de los sistemas de creencias en clave de las relaciones de poder que se han dado y se siguen dando en Colombia en torno a los territorios y a la identidad. En este sentido, recorro a exponer el papel de la fe y de los mecanismos rituales de las personas con las que he realizado esta investigación, como herramienta para develar

procesos identitarios y del establecimiento de las relaciones sociales en los momentos más álgidos de los desplazamientos, y qué papel cumplieron estos rituales en la construcción de sistemas de significación colectivos y de identidad.

### **Partir con Dios como compañero**

El día en las comandancias de las FARC, dieron la orden de desalojo del corregimiento de Aquitania, en San Francisco, Carlos demoró en creerlo. No podía comprender que pudieran decidir sobre su territorio como si fueran propietarios o mejor, como si fueran Dios. Pensó que no pasaría nada mientras veía que todos se iban en los camiones que el municipio envió para el desalojo, como si se tratara del éxodo bíblico: el gran poder había dado la orden de abandonar las casas, los campos, a los muertos del cementerio, los animales, etc. El mayor temor de Carlos eran sus animales, pues los había conseguido con mucho trabajo y los mantenía bien, aunque él sabe que en realidad eran ellos los que lo mantenían a él, quizá, como cree, por providencia divina. Su otro temor eran su mamá, su hermano menor (que era un niño) y sus hermanas.

Habló con Dios todo el día mientras veía el éxodo. Sus oraciones, cargadas de miedo y esperanzadas por momentos, le dieron cierta calma y una seguridad que lo indujo por un momento a quedarse. Sin embargo, entrada la tarde y ante una vereda casi abandonada, un miedo se apoderó de él y de su familia cuando el último camión llegó con el mensaje de que la alcaldía no enviaría más carros para abandonar las veredas y que si no se iban era su responsabilidad, o como dijo el comandante guerrillero que trajo el mensaje: “el que no se vaya se atiene a morir entre una guerra”. Ahora él cree que fue Dios quien le dio la fuerza para decirles a su mamá y a sus hermanos que se

fueran, que no importaba nada, que dejaran todo y que se largaran a Rionegro, “Dios proveerá”, que qué pesar de los animales y de la finca, pero que la vida valía más que eso.

Yo me pregunto ahora qué es Dios. ¿Una fuerza vital?, ¿un presentimiento?, un ser sobrenatural que todo lo sabe?, ¿una presencia? Cuando se lo pregunto a Carlos él me dice que no, que nada de eso, que Dios existe y que los acompañó en el viaje, que lo sintió a su lado todo el tiempo, pues cuando tenía miedo y lo llamaba, sentía que se tranquilizaba y que el miedo se le iba. Que era él quien le ayudaba a conseguir café y pan para darle a su hermano en el parque de Rionegro, y que fue él quien se puso en el corazón del hombre que decidió ayudarlos a conseguir una casa de interés social en el pueblo. Entonces Dios es más que la poderosa idea del cristianismo: es un compañero de viaje.

Juanita habla con él como si fuera un padre. No me refiero al sacerdote, que en Colombia se le dice padre, sino un padre amoroso que la cuida y que la ama, que nunca la ha dejado sola. Es un ser que provee y que protege, que abraza. En una de nuestras conversaciones, ella hace referencia a un sueño en el que Dios le habla:

Ay, yo tuve un sueño, cuando llegué para acá, que me fui pues a trabajar como ama de casa y vi a papito Dios que venía con tres ovejitos y tenía un ovejito negro y vendió ese ovejito negro y me dijo hija, estos ovejitos se venden a 100 pesos, pero esos 100 pesos se multiplican, yo tuve un sueño, entonces mi hermanito me llamó y me dijo, hija nos vamos a trabajar, y yo me levanté y me fui, a los 8 días que vine de trabajar me fui para el Perpetuo Socorro que queda en el Campo Santander, igualito que lo soñé estaba ahí, sí, y cuando yo llegaba con la olla de empanadas eso era mágico, eso era una bendición de Dios, todos los jugadores en esos partidos, ay no, eso era una belleza madre, eso era una belleza. Es que papá diosito ha cuidado de mí, eh ave maría.

Según el relato de Juanita, la presencia de Dios es real, lo que me hace pensar en el ritual y la manera como este actualiza el tiempo de Dios y lo ajusta al nuestro. En lo que nos dice, ella encuentra a un Dios que se manifiesta en el sueño y que luego lo hace en la realidad por medio del milagro de la abundante venta, que no es más que una muestra de su presencia real y de sus cuidados. Entonces la idea de “magia” actualiza la presencia de Dios en la vida de Juanita, al igual que lo carga de sentidos semánticos complejos como Dios proveedor, Dios amor, Dios abundancia, Dios multiplicador. Este último sentido se asocia con la construcción bíblica de la multiplicación de los panes y los peces, es decir, un evento que se reactualiza en la medida que Dios padre cuida de quienes lo aman. Se trata de uno de los milagros de Jesús que fue narrado por los cuatro evangelistas de dos maneras: en la primera, cinco mil hombres fueron alimentados con cinco panes y dos peces, mientras que en la segunda, Mateo y Marcos dicen que cuatro mil hombres se alimentaron de siete panes y unos cuantos pescados. Dios proveedor/cuidador es capaz de alimentar a muchos con unos pocos panes y unos cuantos peces, en el caso de Juanita con el evento mágico de sus ventas: un Dios que no abandona.

Si se lo piensa, tanto Carlos como Juanita creen en un Dios que se acerca al del cristianismo, pero este es el resultado de construcciones sociales e individuales, de ahí que este cargue algunos atributos cercanos a las propias construcciones identitarias de los sujetos. En este sentido, el hombre/mujer religiosos, Juanita y Carlos, construyen un modelo de lo divino según lo que ellos son o lo que ellos hacen de sí mismos, pero traducen su construcción en gestos divinos que develan los procesos míticos con los que la historia los ha aprovisionado. Esto se explica en el sueño de Juanita, en el que Dios multiplica, o en el éxodo de Carlos en el que Dios acompaña y guía, como acompañó y guio al pueblo de Israel en el desierto. Según lo anterior, podemos acercarnos a la idea de *Imitatio Dei* de Mircea Eliade (1973, p. 89), en la que los sujetos se acercan a Dios y se

parecen a él, lo que les carga de una gran responsabilidad. El hombre/mujer religiosos repiten los acontecimientos de la vida de Dios, incluso repiten sus sacrificios o aceptan las dificultades de la vida como la muerte o el sufrimiento que padeció Dios. En el caso de Carlos, el exilio se acepta en la medida que el pueblo de Dios sufrió el destierro. Siguiendo las palabras de Eliade, se aceptan estos sufrimientos cuando se intenta construir un pueblo, un templo o una casa, lo que implica, en el caso de los desplazados en el Oriente antioqueño, la construcción de un nuevo lugar para vivir, de una nueva forma de agruparse, de unas nuevas identificaciones.

Las vidas religiosas, entonces, son conmemoración y rememoración. El destierro de los desplazados, en términos religiosos, reactualiza los sufrimientos del pueblo de dios en el desierto, pero el encuentro de una casa, la ayuda de alguien, reactualiza a su vez la gloriosa llegada a la tierra prometida, lo que supone que ese hilo temporal en el que Dios protege, cuida, brinda el alimento no pueda ser olvidado. Esta idea del no-olvido me lleva a pensar en las conmemoraciones y reuniones de ASODER, siempre acompañadas por la religión. Quiero decir, en estas siempre hay espacios para la oración y, en tanto sea un evento especial, para una misa.

Como sabemos, una misa es un ritual. En ella se hace presente Cristo por medio de la consagración del pan y del vino, los cuales se convierten en cuerpo y sangre. Es una conmemoración: una negación al olvido del sacrificio de Jesús en la Cruz, lo que a su vez trae el mensaje del perdón por medio del sacrificio, y de la redención por medio del padecimiento. Esto es, no se puede encontrar la gracia de la salvación sin atravesar por el sufrimiento. Al pensarlo en clave de las personas víctimas del conflicto, esta conmemoración actualiza sus propios sufrimientos, sus propios destierros y supone un espacio para reconciliación con los causantes del daño. El ritual que hace presente a Dios también es útil para apaciguar rencores y para comprender el “quiénes somos ahora”, después del desplazamiento, después de la violencia, después de los

dolores. En la misa todos son semejantes a Dios en el sentido que él perdona, él libera y permite que cada uno decida qué hacer y cómo hacerlo, como expresa Amparo en una conversación: “Dios acaso es un viejo rencoroso como es uno, no, él nos da libertad, entonces usted escoge qué hacer, esos hombres escogieron hacer lo malo”. Ese Dios que se hace presente, que congrega y que ofrece esperanzas, además de constituirse en referente de lo que son como personas y de las formas en que significan los acontecimientos, contrasta con las ausencias.

En la conmemoración del día de memoria y del día de la desaparición forzada, las naves de la iglesia estaban vacías. Quiénes allí se encontraban, de nuevo, eran quiénes se sentían convocados/as como víctimas, algunos/as responsables de la institucionalidad y otros creyentes que estaban allí sin reconocer el motivo de la conmemoración.

Para concluir este aparte, aunque es muy difícil definir una cosmovisión en las personas de ASODER, pues son agentes en constante cambio, que construyen sus formas de pensar y ver el mundo en las dinámicas de occidente y con los procesos de socialización del campo colombiano, sí es posible develar cómo sus sistemas de creencias permiten comprender algunos de sus procesos identitarios y sus interacciones. Sin embargo, no podríamos equipararlo con una identidad campesina, pues las relaciones con la religión católica, sus rituales y lenguajes permean gran parte de la sociedad antioqueña. La presencia de Dios, parece ser, explicativa, apaciguadora y un lenguaje común.

## **Conclusiones**

Con el interés de comprender las configuraciones identitarias rurales espacializadas en las personas desplazadas que conforman la organización ASODER, adelantamos un proceso

investigativo que partió de una vinculación colaborativa con el grupo, a partir de la cual fue posible un acercamiento a sus dinámicas colectivas, sus sistemas de significados y prácticas. Esta investigación nos permitió alcanzar algunas reflexiones y conclusiones vinculadas con la metodología y aspectos del orden epistemológico que desarrollaremos a continuación, en búsqueda de elementos que puedan ser considerados para otras investigaciones.

A partir de los acercamientos teóricos y los hallazgos de campo en torno las identidades podemos reconocer que las investigaciones sobre el tema han estado fundamentadas en diferentes paradigmas (Cuche, 2002), de los cuales dependen las formas de análisis, comprensión y, en este sentido, los énfasis que se les otorga a algunos elementos. Si bien, es un concepto que como lo refería Hall (2003) está sometido a revisión o borradura, en contextos como los de desplazamiento forzado en donde se introduce una serie de cambios en todos los niveles de la vida de las/os sujetas/os, se precisa identificar factores de cohesión, elementos que favorezcan la reconstrucción de las dinámicas cotidianas, de los lugares, las búsquedas comunes y, el concepto de identidad, o en este caso identidades, permite el diálogo entre cambios y persistencias, mediados por relaciones de poder y desigualdad, de donde se reafirma su importancia y se reconoce como un tema fundamental en otros estudios que tengan que ver con procesos de desarraigo, aspecto que puede brindar elementos significativos para la construcción de políticas públicas y proyectos en los que se tome en cuenta el arraigo cultural de las personas como alternativa necesaria y válida para alcanzar verdaderas integraciones en los nuevos territorios y reparación de los daños acaecidos sobre las/os sujetos. Dicho esto, si bien este estudio se planteó en un contexto cultural, político y social específico, los hallazgos pueden generar reflexiones que se extrapolen a otros contextos con situaciones similares.

Aunque el tema del desplazamiento forzado sea más profundamente analizado en vínculo con las nombradas pérdidas, denominadas como desterritorializaciones o desarraigos, el reconocimiento de las identidades potencia los entendimientos sobre las causas, consecuencias y reconstrucciones devenidas a partir de los eventos violentos. No pretendemos decir con esto que abordar las identidades va a resolver todos estos interrogantes, pero ofrece alternativas de comprensión.

Para estudiar las identidades desde esta óptica, como en general sucede con los demás temas en los estudios antropológicos, no basta con ubicarse en el nivel descriptivo de las prácticas culturales, ni en sus elementos simbólicos, aspectos que se privilegian en algunos enfoques. Se hace necesario abrir otras capas de significado como son las subjetivaciones y las relaciones de poder que se gestan en los procesos configurativos de las identidades, reconociendo que, como también lo afirmamos con las construcciones territoriales, estos se dan en dinámicas en las que las perspectivas sobre una misma situación son diversas, lo que conlleva a que se requieran negociaciones y resistencias.

Así las cosas, con la investigación pretendimos reconocer la dimensión política de quienes forman parte del proceso identitario, refiriendo prácticas y acciones singulares, no a manera de ejemplo representativo de esencias, sino como elementos que permitieron conectar la espacialidad en un sistema llevado a la escala del territorio y los lugares, siendo estos fundamentales para el entendimiento de las interacciones y las subjetividades. En este sentido, las identidades son constructos abiertos, no neutros, ya que influyen los referentes circunstanciales y experienciales, donde lo aparentemente establecido remite a intersecciones entre los autorreconocimientos y heterorreconocimientos, de aquí que, la noción de identidad rural, en un contexto urbano, donde el pasado y presente campesino, así como el valor y vínculo con la tierra, formalmente tendrían un

sentido espacial lejano, pero desde el ámbito subjetivo se presentan como el sustrato para establecer nuevos vínculos y reconstrucciones de las cotidianidades.

Dado que las identidades pensadas desde la óptica de los estudios culturales (Valenzuela Arce J., 2013) plantean la necesidad de reconocer los contextos donde se producen, su inserción en relaciones de poder y los entramados de significaciones en los que se desarrollan y a su vez las producen, en la investigación y, partiendo del modelo de análisis propuesto, ubicamos aspectos contextuales, es decir, relacionados con el espacio y el tiempo. En este ejercicio, encontramos que las/os interlocutoras/es de la investigación han experimentado diversas violencias en tanto hay expresiones estructurales que trascienden lo evidente del conflicto armado e intervienen en los diferentes ámbitos de la vida, transformando las interacciones con otros/as y con los espacios vitales.

Este reconocimiento de violencias estructurales manifiesta unas relaciones de poder y de dominación que se reproducen sobre este grupo de personas, en diferentes situaciones y que inciden directamente en las formas en que se reconocen a sí mismos/as, cómo interactúan y cómo se posicionan ante los demás. En este sentido, fue relevante pensar lo estratégico (Hall S. , 2003) y táctico (De Certeau, 2000) de las identidades, es decir las formas en que unos atributos se resaltan u ocultan de acuerdo con los interlocutores y/o los lugares desde los que se estén enunciando. En torno al tema, analizamos los desplazamientos como una experiencia situada, refiriéndonos a que si bien aparecen elementos compartido, se diferencia en las formas en que es sentido y significado por distintas personas y de construir estrategias, “no sólo para sobrevivir, sino también para reconstruir la vida en diferentes dimensiones, entre ellas en relación con las identidades”. Sin embargo, las violencias no son las únicas experiencias que configuran las identidades, sino que se recurre a costumbres, recuerdos, prácticas y sentidos que recobran valor, de aquí que podamos

identificar que se presentan persistencias que dan el sentido de unidad, pero las diferencias y cambios también son una constante.

Para entender las identidades en este grupo de personas, fueron relevantes las formas en que ha sido comprendido el conflicto, las violencias, el territorio y el desarrollo por parte de diversos actores, en la medida en que las identidades precisan de un entramado de relaciones y significaciones, así como de auto y heterorreconocimientos. Esto nos permitió evidenciar que las percepciones acerca de los/as otros/as: desplazados/as y víctimas que se crean en el territorio, manifiestan construcciones que en muchos casos les han otorgado, al vincularlos a categorías de lo sospechoso, incómodo e incluso indiferenciados/as de los actores del conflicto. Otras formas, conectan con las solidaridades, por lo que podemos ver que ser víctima, en cuanto construcción social, da cuenta de diversos sentidos que aparecen a partir de distintos lugares de enunciación y a su vez entran en vínculo con distintas formas de relacionarse.

Los modos en que los/as sujetos/as se nombran y son nombrados por otros, son actos políticos y de enunciación que se conectan con las configuraciones identitarias. Para este análisis discutimos dos categorías principales: la de víctimas – desplazados/as y la de campesinos/as que nos permitieron extraer conclusiones sobre los posicionamientos y estrategias que se ponen en juego en su uso u ocultamiento y las situaciones que los ocasionan. Con relación al ser nombrados/as como víctimas o desplazados/as, las/os interlocutores muestran posiciones diversas, pero en la mayoría de los casos parecen no sentirse identificadas con este calificativo. En sus argumentaciones aparece que esta categoría no representa su ser y que les gustaría ser nombrados de otros modos. Pese a esto, es a partir del reconocimiento como tal que se conformaron como grupo y surgieron relaciones de larga data. Del mismo modo, aunque ser llamados como víctimas y/o desplazados sea visto como negativo, reconocen que hay unas afectaciones sobre sus vidas y

las de otras personas que requieren ser reparadas y es a partir de esta categoría como pueden reclamar estos derechos.

Ahora bien, desde el planteamiento de la investigación nos propusimos indagar por identidades rurales espacializadas, sin embargo, en lo que respecta a lo rural, el avance del proceso nos permitió comprender que no nos encontrábamos ante la expresión de identidades rurales sino campesinas, siendo los/as campesinos/as uno de los grupos humanos que habitan las ruralidades, pero que manifiestan unos repertorios culturales diferentes, como diferentes son sus luchas identitarias y por los territorios con respecto a otros grupos, como las poblaciones afrodescendientes o indígenas. En Colombia, las diferenciaciones entre estos grupos, han acarreado políticas en las que los derechos de los campesinos se ha ocultado, al no poseer unos repertorios culturales homogéneos, como sucede con los otros grupos mencionados. Con respecto a este tema, Hoffman (2016 ) ha argumentado que las políticas multiculturalistas implementadas en Colombia, si bien han aportado a reivindicaciones de algunos grupos sociales, no han tenido presente las relaciones territoriales preexistentes, de ahí que cuando se reconoce algunos grupos, se han segregado otros. Las luchas campesinas han buscado entonces el reconocimiento de derechos sobre la tierra, los territorios y sobre sus identidades campesinas, por lo que no es menor, esta distinción en la investigación.

En vínculo con este tema, al indagar por las construcciones identitarias en relación con el ser campesinos/as, pudimos encontrar que están directamente vinculadas con el territorio, la experiencia de vida y las emotividades, pero a su vez están atravesadas por idealizaciones sobre el bien y el bienestar asociados al campo, restando fuerza a las dificultades que pudieran experimentarse en una ruralidad como la colombiana, donde el acceso a los derechos es inequitativo. Así, son recurrentes las narraciones sobre unidad, grupos familiares amplios, alegría,

abundancia, multiplicidad de alimentos, trabajos comunitarios, personas trabajadoras y bondadosas, elementos a partir de los cuales el grupo reconoce lo campesino, al tiempo que se reconocen a sí mismos, puesto que la mayoría de los participantes de la organización consideran que continúan siendo campesinos/as, pese a la ausencia de la tierra y habitar en el contexto del despojo y de la modernidad desigual.

Son factores determinantes para ese reconocimiento las añoranzas del tiempo pasado y la necesidad de reactivación o reconstrucción de formas de vida asociadas con lo campesino en los nuevos lugares. En estas lógicas, sus resistencias se relacionan con ejercicios cotidianos como la siembra, las prácticas asociativas, las formas de encontrarse o de alimentarse, así como la conservación de memorias, todas ellas resaltadas como atributos campesinos, pero que podrían ser también el resultado de la conjugación de estos, con las nuevas experiencias y posicionamientos.

Los análisis sobre las identidades no dejan de lado las relaciones construidas con el espacio, que para este caso definimos como emplazamientos, refiriéndonos a la confluencia de aspectos simbólico y políticos a los que recurren los/as sujetos/as en las formas del habitar e imaginar el territorio y los lugares. Así las cosas, el acercamiento desde las dinámicas de emplazamiento, nos ofreció fundamentos desde lo teórico y lo metodológico que facilitaron las observaciones de dinámicas y prácticas que se espacializan y temporalizan. Un ejemplo se presenta con las casas, donde es posible acceder a un universo de simbolismos y prácticas que en sí mismas aportan elementos sobre las identidades y sobre el proceso mismo de emplazarse o, dicho de otro modo, de apropiarse de los espacios.

Por esto, el estudio del espacio en las escalas del territorio y los lugares, estos últimos, pensados como un sistema entre habitados y reclamados, expresan diálogos con el pasado, el presente y el futuro. Al tratarse de un sistema, los lugares son configurativos de las visiones del

territorio y a su vez manifiestan una búsqueda por el reconocimiento de lo propio, en el sentido de la tenencia y de la apropiación de los espacios que habitan y son cargados con expresiones de resistencias ante los efectos de las violencias en sus vidas. Dentro de este sistema resaltamos la casa, el cuerpo donde se condensan significaciones y prácticas individuales y cotidianas. La casa habitada, por ejemplo, porta las significaciones de la casa perdida y la deseada, produciendo diferentes relaciones y significaciones. Estos lugares entran en vínculo con los de memoria y encuentro que condensan tanto las prácticas individuales como lo colectivas.

Un elemento que permitió conectar el tema de los espacios con las resistencias fue la consideración de los lugares prestados, que reflejan las ausencias de propiedad, en oportunidades a nivel individual, pero con un énfasis profundo en lo colectivo. Las ausencias de lugares para las memorias y la participación, con las búsquedas constantes de espacios para materializar prácticas y necesidades como las de construcción de las memorias, manifiestan unas resistencias que se dan en los órdenes del pedido al estado y sus referentes, pero también de la apropiación de aquellos sitios que se convierten en lugares, aunque sea de manera temporal, cuando son habitados y se les carga de simbolismos.

Vinculado a lo dicho, en esta tesis argumentamos que las resistencias no son sólo demandas u oposiciones, sino hechos cotidianos que acá hemos llamado persistencias, haciendo referencia a una actualización permanente, a modo de ritual, de actos que conectan con las formas de vida campesina y con las memorias. Al respecto de este tema discutimos el ejemplo de las memorias de Flor guardadas en bolsas, de los ejercicios de siembra en espacios prestados o de los actos de reunirse y encontrarse, todos ellos manifestando una actualización en el tiempo presente de sentires y recorridos que se conjugan con el pasado y el futuro. Las resistencias acá nombradas, se acercan entonces a los planteamientos de Valenzuela Arce (2019), sobre *la bioproxemia y las*

*biորresistencias* que tienen que ver con las formas de encuerpar y simbolizar, que son contrarias a las imposiciones de los biopoderes. Con este referente, concluimos que la generación de vínculos entre las personas de la organización y frente a otros/as, contrarían los ejercicios violentos que se ha ejercido sobre ellos/as y que pretenden dividir y segregar.

En el acercamiento con ASODER encontramos que sus miembros, además de recurrir a la búsqueda de derechos por medio de la asociación, centran su participación en ejercicios de pertenencia, en términos de reconocerse como iguales ante el sufrimiento, las necesidades y las visiones del mundo, a partir de dinámicas campesinas. Esto último, lo entendemos como la pertenencia a comunidades interpretativas (2023), que posibilitan ciertas formas de entendimiento de los hechos y con esto, formas de actuación. En sus orígenes la organización les permitió el desarrollo de proyectos y la construcción de vínculos y en la actualidad mantiene dinámicas relacionales y prácticas como las reuniones, los ejercicios conmemorativos, los encuentros anuales que les mantienen cohesionados, Pese a esto, en la actualidad su horizonte es poco claro puesto que algunos de sus referentes se están transformando, con posterioridad a la muerte de su líder.

Ahora bien, un elemento transversal en las configuraciones de las identidades, los espacios y los ejercicios de resistencia, son las cargas emosignificativas que se le asocian y el influjo del tiempo en las lógicas de su construcción social. Sobre las cargas emosignificativas reconocimos la persistencia de emociones como el miedo, la tristeza o la rabia generadas por los hechos violentos, aunque el tiempo cronológico haya pasado. Si bien estas emociones, se asocian con aspectos negativos, también pueden resultar movilizadoras de los ejercicios de resistencia y con estrategias utilizadas para la protección de sus vidas. Estas emotividades se ponen en dialogo con la esperanza, y las solidaridades que plantean posibilidades de futuro para el grupo.

A partir de esta investigación se identificaron otros temas y necesidades a los que no se le dio alcance. Una de ellas tiene que ver con la salud mental, en la medida en que se evidencian fuertes afectaciones que no han sido tramitadas, también resulta necesario profundizar en las indagaciones con un amplio componente interseccional, aspecto que como argumentamos fue tomado en cuenta, pero no se logró profundizar. Así mismo es necesario continuar proponiendo discusiones que reconozcan a las personas que sufren violencias más allá de la categoría de víctimas, es decir, teniendo presente sus identidades y construcciones del mundo anteriores a los hechos victimizantes, presentes y futuras.

Para finalizar es relevante reconocer que tanto la definición del modelo de análisis, como las diversas metodologías utilizadas, sumadas a las relaciones previas de confianza con el grupo, nos permitieron ingresar a sus espacios íntimos y cotidianos, lo que contribuyó a tener un acercamiento a sus sistemas de significación y a sus prácticas. Esto genera a su vez un compromiso con las personas, con sus emocionalidades e intimidad que debe ser tomado en cuenta.

## Bibliografía

- Agier, M. (2000). La antropología de las identidades en las tensiones contemporáneas. *Revista colombiana de antropología*, 7-19.
- Augé, M., & Colleyn, J.-P. (2005). *¿Qué es la antropología?* Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Bajtín, M. (1989). Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica. En M. Bajtin, *Teoría y estética de la novela* (págs. 237-409). Madrid: Taurus.
- Bauman, Z. (2001). Tiempo y clase. En Z. Bauman, *La globalización, Consecuencias humanas* (págs. 13-38). México: FCE.
- Bello, M. N. (2004). Identidad y desplazamiento forzado. *Aportes andinos*, 1-11. Obtenido de <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/629/1/RAA-08-Bello-Identidad%20y%20desplazamiento%20forzado.pdf>
- Beriain, J. (1997). El triunfo del tiempo. Representaciones culturales de temporalidades sociales. En *Sociología y política, Nueva época* (págs. 8-41). México: Universidad Iberoamericana.
- BID. (23 de marzo de 2023). *Banco Interamericano de Desarrollo*. Obtenido de <https://www.iadb.org/es/desarrollo-urbano-y-vivienda/programa-ciudades-emergentes-y-sostenibles>
- Blair, E. (2005). La violencia frente a los nuevos lugares y/o "los otros" de la cultura . *Nueva antropología*, 20(65), 13-28. Obtenido de [https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/6075/1/Blairlsa\\_2005\\_ViolenciaFrenteNuevos.pdf](https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/6075/1/Blairlsa_2005_ViolenciaFrenteNuevos.pdf)
- Candau, J. (2002). Memoria y razón práctica . En J. Candau, *Antropología de la memoria* (págs. 36-55). Buenos Aires : Nueva Visión.
- Cardona Berrio , N. A., Hincapié Martínez , V., & Ramírez Zuluaga , L. A. (2023). *Volver a la montaña. Procesos de reparación y formas de recuperación de comunidades campesinas en el Oriente antioqueño*. Medellín : Universidad Nacional de Colombia.
- Castillejo, A. (2016). *Poética de lo otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Castro Neira, Y. (2012). Antropología de la violencia. Entre estudios del sufrimiento social y la antropología de la paz. En L. G. Sánchez, *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia* (págs. 17-27). México D.F: Universidad Iberoamericana.

- Castro, S. (2002). *La trama del tiempo*. Salamanca : editorial San Esteban.
- CCOA, C. d. (03 de 25 de 2022). *Cámara de Comercio del Oriente Antioqueño*. Obtenido de <https://ccoa.org.co/wp-content/uploads/2022/02/Concepto-Economico-2021-1.pdf>
- CNMH. (2015). *Una nación desplazada: informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: CNMH -UARIV.
- CODHES. (2022). *Desplazamiento forzado en Colombia: recrudecimiento en 2021*. Obtenido de <https://codhes.files.wordpress.com/2021/12/aumenta-el-desplazamiento-forzado-en-colombia-1-1.pdf>
- Comisión de la Verdad. (11 de 07 de 2022). Cifras de la Comisión de la Verdad presentadas junto con el Informe Final. Obtenido de <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/principales-cifras-comision-de-la-verdad-informe-final#:~:text=Homicidio%3A%2091%25%20de%20las%20v%C3%ADctimas,30%25%2C%20de%20sexo%20femenino>.
- Concejo de Rionegro. (2012). *Acuerdo 017 "Por el cual se crea el programa de atención y reparación integral a las víctimas de la violencia y el centro de memoria, paz y reconciliación, en la Ciudad Santiado de Arma de Rionegro"*. Rionegro.
- Congreso de Colombia. (10 de 06 de 2011). Ley 1448 de 2011. Bogotá. Obtenido de <https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/ley-1448-de-2011.pdf>
- Crenshaw, K. W. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, 1241-1299.
- Cruz C. , A. L., Quevedo A., L. P., & Pinzón T., F. (2019). Afectaciones socioterritoriales, daños, desterritorialización y multiterritorialidad en el conflicto armado. *Revista de la Universidad de La Salle*, 39-58.
- Cuche, D. (2002). Cultura e identidad. En D. Cuche, *a noción de la cultura en las ciencias sociales* (2da ed., págs. 105-122). Buenos Aires: Nueva Visión.
- da Silva Catela , L. (2004). Conocer el silencio. Entrevistas y estrategias de conocimiento de situaciones límites . *Oficios Terrestres* , 1-24.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. México D.F: Universidad Iberoamericana .
- El Colombiano. (09 de 10 de 2017). Por toma de las FARC a Granada, Antioquia, condenan a la nación. *El Colombiano*. Obtenido de <https://www.elcolombiano.com/colombia/paz-y-derechos-humanos/por-toma-de-las-farc-a-granada-antioquia-condenan-a-la-nacion-MH7458608>

- El Tiempo. (04 de Febrero de 2004). Despegó el laboratorio de paz en el Oriente Antioqueño. Medellín, Antioquia, Colombia. Recuperado el 23 de Agosto de 2022, de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1519911>
- Eliade, M. (1955). *Imágenes y símbolos*. Madrid : Planeta - Agostini.
- Eliade, M. (1973). *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Guadarrama.
- Elias, N. (1995). *La sociedad cortesana* . México : Fondo de Cultura Económica.
- Escobar, A. (2015). Territorios de diferencia: la ontología política de los "derechos al territorio". *Cuadernos de Antropología Social*, 25-38. Obtenido de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1850-275X2015000100002&script=sci\\_arttext&tlng=](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1850-275X2015000100002&script=sci_arttext&tlng=)
- Ferrández M. , F., & Feixa P., C. (2004). Una mirada antropológica sobre las violencias. *Alteridades* , 159-174.
- Foucault, M. (1978). Espacios otros: utopías y heterotopías. *Carrer dela Ciutat*(1).
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica* . Buenos Aires : Fondo de cultura económica.
- Friedemann, N. S. (1984). Estudios de negros en la antropología colombiana. En N. S. Friedemann, & J. Arocha, *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. (págs. 507-572). Bogotá: Etno.
- García, C. I. (2007). Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la Violencia. *Controversia* , 129-145. Recuperado el 2022 de 09 de 21, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100920014712/art5Controversia>
- García, C. I. (2007). Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la Violencia. *Controversia*, 189, 130-145. Obtenido de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100920014712/art5Controversi>
- García, C. I., & Aramburo, C. I. (2011). Oriente antioqueño: espacio, historia y reconfiguraciones . En C. I. García, & C. I. Aramburo, *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008* (págs. 43-53). Colombia: Editorial Códice Ltda.
- García, R. (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona, España: Editorial Gedisa S.A.
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*, 9(18), 9-28.
- GMH. (2011). *San Carlos: Memorias del éxodo en la guerra*. Bogotá : Ediciones Semana .
- GMH. (2013). *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional .

- Guerrero A., P. (2002). *La cultura. Estrategias conceptuales para entender la identidad, la alteridad, la diversidad y la diferencia*. Quito: Abya-Yala.
- Halbwach, M. (1994). *Los marcos sociales de la memoria* . París: Anthropos .
- Hall, E. T. (1990). *El lenguaje silencioso* . México: CNCA, Alianza Editorial Mexicana.
- Hall, S. ([1992] 2010 ). La cuestión de la identidad cultural . En S. Hall, *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán/Lima/Quito: Envión Editores/IEP/Instituto Pensar/Universidad Andina Simón Bolívar.
- Hall, S. ([1996] 2003). Introducción: ¿Quién necesita ‘identidad’? En S. Hall, & P. d. Gray, *Cuestiones de identidad* . Buenos Aires : Amorrortu Editores .
- Hall, S. (2003). Introducción: ¿Quién necesita "identidad"? En S. Hall, & P. d. Gay, *Cuestiones de identidad Cultural* (pp. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- Haraway, D. J. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reíntención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Hoffmann, O. (2016 ). Divergencias construidas, convergencias por construir. Identidad, territorio y gobierno en la ruralidad colombiana. *Revista colombiana de antropología*, 52(1), 17-39.
- Holloway, J. (2005). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy* . Caracas: Vadell Hermanos Editores, C.A.
- HRDAG. (2023). *Statisticians for human rights*. Obtenido de <https://hrdag.org/rionegro-es/>
- LaHaus. (29 de 03 de 2023). Obtenido de <https://www.lahaus.com/ed/rionegro/urbanizacion-cipres-casagrande-apartamentos>
- Le Goff, J. (1991). El tiempo como imaginario. En J. Le Goff, *El orden de la memoria* (págs. 184-226). Barcelona: Paidós.
- Leach, E. (1961). Dos ensayos sobre la representación simbólica del tiempo . En E. Leach, *Replanteamiento de la antropología* (p. 192-211). Barcelona: Seix Barral .
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swing Libros.
- Levine, R. (2006). *Una geografía del tiempo*. Argentina: Siglo XXI editores .
- Licon Valencia, E. (2015). La Etnografía de los “otros” cercanos: la implicación antropológica en las metrópolis. *Graffylia, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras BUAP*(20), 65-75.
- Lins Ribeiro, G. (2007). Poder, redes e ideología en el campo del desarrollo. *Tabula Rasa* , 173-193.

- Mardones, R. E., & Ulloa, J. (2017). Construcción subjetiva del territorio: Experiencias del habitar la provincia del Bio Bio, Chile. *Estudios de Psicología*, vol. 22, núm. 4, , 422-431.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva vida cotidiana y democracia*. México : COLMEX.
- Méndez Sastoque, M. J. (2012). El neorruralismo como práctica configurante de dinámicas sociales alternativas: un estudio de caso. *Luna Azul*, 113-130.
- Meneses J, C., & Agudelo L, V. (2018). La polifonía del silencio: una mirada al papel del silencio en los acontecimientos de violencia en Cristales-San Roque entre 1996 y 2006. *Kogoró*, 77-89.
- Molano Bravo, A. (2015). *Fragments de la historia del conflicto armado (1920-2010)*. Espacio Crítico. Obtenido de <https://podion.org/apc-aa-files/3ae8193eec5593e17a1b4bd8d2f13fbb/chcv-alfredo-molano-2-.pdf>
- Mora N, H. (2010). El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación mutitécnica. *Forum: Qualitative Social Research*, 1-31.
- Naranjo, G. G. (2001). El desplazamiento forzado en Colombia. Reinención de la identidad e implicaciones en las culturas locales y nacional. *Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Obtenido de <https://www.ub.edu/geocrit/sn-94-37.htm>
- Negri, A. (2009). El monstruo político. Vida desnuda y potencia. En G. G. Rodríguez, *Ensayos sobre biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Orientese. (02 de 04 de 2016). El Oriente Antioqueño, región prospera y con desarrollo. Colombia.
- Osorio P, F. E. (2014). Identidades rurales en perspectiva territorial. Dinámicas cambiantes en tiempos de crisis. *Veredas* 28, 559-596.
- Ospina V., A. M. (2012). *Del Movimiento cívico del Oriente al Proceso Estratégico Regional - PER. Reseña histórica de las experiencias de articulación en el Oriente Antioqueño (1979-2012)*. PRODEPAZ.
- PNUD. (2010). *Oriente antioqueño: análisis de la conflictividad*. Impresol.
- Portal, M. A. (26 de 07 de 2003). La construcción de la identidad urbana: la experiencia de la pérdida como evidencia social. *Alteridades*, 13, 45-55.
- Ramírez Zuluaga, L. A. (2021). La Juntadera: recuperación de prácticas comunitarias cotidianas como forma de reparación en Palmirita, Municipio de Cocorná, Antioquia. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 45, 79-100. doi:<https://doi.org/10.7440/antipoda45.2021.04>
- Reguillo Cruz, R. (2021). *Necromáquina: Cuando morir no es suficiente*. Guadalajara, México : NED, ITESO.

- Restrepo, E. (2014). Sujeto e identidad. En E. Restrepo, *Stuart Hall desde el sur: legados y apropiaciones* (pp. 97-118). Buenos Aires, Argentina : CLACSO.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Envión editores.
- Reygadas, L. (2019). La desigualdad siempre es política . *Encartes*, 48-57.
- Ribeiro, D. (2020). *Lugar de enunciación*. Sao Pablo : Ambulantes.
- Rincón García, J. (2020). La lucha por el reconocimiento del campesinado. Una discusión a propósito del concepto de la comisión de expertos. En M. Saade Granados, *Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición* (pp. 57-102). Bogotá : Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Rionegro, A. d. (22 de marzo de 2023). *Alcaldía de Rioengro - ¡Juntos avanzamos más!*  
Obtenido de <https://rionegro.gov.co/mision-y-vision/>
- Rufer, M. (2012). El habla, la escucha y la escritura. Subalternidad y horizontalidad desde la crítica poscolonial. En S. Corona Berkin, & O. Kaltmeier, *En diálogo. Metodologías horizontales en Ciencias Sociales y Culturales* (pp. 55-81). Barcelona: Gedisa S.A.
- Salgado, C., & Prada , E. (2000). *Campesinado y protesta social en Colombia 1980 - 1995*. Bogotá: CINEP.
- Schuttenberg, M. (2011). IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. *identidades y configuraciones identitarias. Apuntes para un aporte teórico en la investigación de la matriz "nacional y popular"* (pp. 1-22). Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires.
- Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Cultura Libre.
- Scott, J. W. (2001). Experiencia. *Revista de estudios de género: La ventana*, 2(13), 42-73.  
Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5202178>
- Ther Ríos, F. (2012 ). Antropología de territorio. *Polis. Revista Latinoamericana* , 1-17.
- Tiempo, E. (04 de Febrero de 2004). Despegó el laboratorio de paz en el Oriente Antioqueño. Medellín, Antioquia, Colombia. Recuperado el 23 de Agosto de 2022, de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1519911>
- Tocancipá-Falla, J. (2005). El retorno de lo campesino. Una revisión sobre los esencialismos y heterogeneidades en la antropología. *Revista Colombiana de Antropología*, 7-41.
- Turner, v. (1980). *La selva de los símbolos*. México: Siglo XXI.
- UARIV. (2022). *Registro Único de Víctimas*. Obtenido de <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>
- UBPD. (2023). *UNIDAD DE BÚSQUEDA DE PERSONAS DADAS POR DESAPARECIDAS* .  
Obtenido de <https://ubpdbusquedadesaparecidos.co/actualidad/antioquia-cocorna-primera-intervencion-cementerio-2023/>

- UdeA, & IPC (Dirección). (2023). *No había nacido pero escuché la bomba* [Película].
- Valderrama A. , M. (2019). *Caminos de Vuelta. Historias de desarraigos, trabajos y movimientos campesinos en San Francisco (Antioquia, Colombia)*. Medellín .
- Valderrama Arboleda , M. (2019). *Caminos de vuelta. Historias de (des) arraigos, trabajos y movimientos campesinos en San Francisco (Antioquia, Colombia)*. Medellín: Universidad de Antioquia \_ INER.
- Valenzuela Arce, J. (2013). *Los estudios culturales en México*. México: Conacultura - FCE.
- Valenzuela Arce, J. M. (2019). *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en America Latina*. Guadalajara: CALAS.
- Velasco, H., & Díaz de Rada, Á. (2006). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- VerdadAbierta. (19 de 10 de 2009). Vicente Castaño llevó las Accu al Oriente antioqueño. *Verdad Abierta*. Obtenido de <https://verdadabierta.com/vicente-castano-llevo-las-accu-al-oriente-antioqueno/>
- Vergara F, A. (2013). *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. México D.F: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Vergara F, A. (2017). Del espacio al territorio y al lugar y viceversa, apuntes teóricos y metodológicos. En A. Vergara Figueroa, *Estudios sobre el territorio: métodos y teoría. Conflictos, actores, emosignificaciones. Estéticas y simbolismos* (págs. 17-52). Perú: Press.
- Vergara F, A. (2018). *Palimpsestos. Aspectos teóricos, territorio, patrimonio, cuerpo y humor*. Ciudad de México: Ediciones Navarra.
- Vergara F, A. (2019). *Emosignificaciones. Antropología de los sentidos de las emociones*. Ayacucho: Producciones estratégicas.
- Vergara F, A. (2023). *Antropología del Covid -19: Espacio, tiempo, territorio y lugar en la crisis sindémica*. Perú : Fondo Editorial de la UNSCH.

